

**Actuel
Marx**

Dirección:
Jacques Bidet

MARX 2000

LAS NUEVAS

RELACIONES

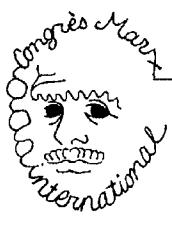
DE CLASE



Congreso Marx Internacional II
Sociología - Economía
Volumen II

jk&vai
Kohen
&
Asociados
Internacional

EDICION ARGENTINA
Alberto Kohen



MARX 2000

**LAS NUEVAS
REALACIONES DE CLASE
CONGRESO MARX INTERNACIONAL II**
Sociología - Economía
Volúmen II

Edición Argentina: **K&ai Ediciones**
Kohen & Asociados Internacional
E-mail: albertokohen@ciudad.com.ar

Ilustración de tapa: Beatrice Tabah

Eustache KOUVELAKIS, en su presentación de MARX 2000 en la edición original de ACTUEL MARX de marzo de este año al señalar la potencialidad de la renovación y desplazamiento de las anteriores claves de interpretación afirma que, estaría tentado de decir que la situación de búsqueda se encuentra expresada en el Marx cubista que Béatrice Tabah escogió como tapa de dicho volumen. El cubismo, conducido con gran rigor, fue un emprendimiento para recomponer en una suerte de totalidad abierta, en constante ruptura con las pautas establecidas, la percepción fragmentada de la realidad, desde una visión moderna.

"Es sin duda este tipo de mirada cubista, tan característica de esta sed de totalidad, propia al modernismo, que falta hoy en la conciencia de si del marxismo..."

Diagramación: Ricardo Souza

Traducción: Dora Ivnisky

Impreso en Argentina - Pritend in Argentine

Distribuye: Tesis 11 Grupo Editor
Av. de Mayo 1370 - piso 14 - Of. 355/56
(1362) Buenos Aires
Tel/fax: 00-54-11-4383-4777
E-mail: tesis11@yahoo.com

ISBN: 987-99737-8-X
Impreso y hecho en Argentina
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

R. Castel - M. Verret - L. Chauvel
P. Bouffartigue - M. Oberti - L. Mucchielli
J. Lojkine - P. Boccará - C. Mendoza

MARX 2000
**LAS NUEVAS
RELACIONES
DE CLASES**

CONGRESO MARX INTERNACIONAL II
SOCIOLOGÍA - ECONOMÍA

Publicado en París, Francia por PUF - Presses Universitaires de France con el auspicio del Centro Nacional del Libro de la Universidad de París X - Nanterre y del Instituto Italiano de Estudios Filosóficos (1999)

Edición argentina en español por **K&ai**
(Kohen & Asociados Internacional)

Buenos Aires, 2000

De próxima aparición:

MARX 2000
LA HEGEMONIA
AMERICANA

Congreso Marx Internacional II

Volumen III

De un siglo americano al otro: entre hegemonía y dominación
Gilbert ACHCAR

Fuerza, derecho y credibilidad
Noam CHOMSKY

Los fundamentos estructurales y morales de la hegemonía americana
Larry PORTIS

Hegemonía americana y mercado mundial
Giovanni ARRIGHI

El régimen Dólar-Wall Street de hegemonía mundial
Peter GOWAN

Notas sobre la mundialización como problema filosófico
Fredric JAMESON

La «latinización» de los Estados Unidos
James COHEN

La ONU y la OTAN, el derecho y la moral
Jaques Bidet

*El volumen se completará con aportes
latinoamericanos y nacionales*



CONGRESO MARX INTERNACIONAL II

Sociología - Economía

Las nuevas relaciones de clases

PRESENTACION

El primer volumen de **ACTUEL MARX Edición Argentina** del 2000 fué dedicado a presentar algunas contribuciones filosóficas, económicas y políticas debatidas en el **Congreso Marx Internacional II**. El presente número, el segundo de este año, abarca un conjunto de textos sociológicos y económicos dedicados al análisis de las nuevas condiciones de las relaciones de las clases sociales existentes.

Así como en el volumen anterior, los textos del Congreso fueron complementados por trabajos presentados en el Seminario organizado por el Centro de Estudios Alfredo L. Palacios, en éste se incorpora un material de Carlos Mendoza expuesto en el Segundo Encuentro del Nuevo Pensamiento organizado por la CTA, Central de Trabajadores Argentinos que prepara para este año su tercer Encuentro.

El próximo número de la Edición Argentina de **ACTUEL MARX** versará sobre **La Hegemonía Americana** completando nuestra publicación de las actas del Congreso pasado y preparando las bases de nuestra participación en el **Congreso Marx Internacional III** a realizarse en París el 2001.

La tradición marxista, durante largo tiempo, despreció hasta el oprobio el empirismo sociológico, es decir la “sociología burguesa”, en tanto ésta rechazaba toda referencia a la lucha de clases, desde un dogmatismo anti-científico.

Los artículos que componen este volumen son a menudo divergentes, cuando no contradictorios, pero todos testimonian la voluntad de aprehender la realidad de las relaciones de clases hoy, y deconstruir las teorizaciones invalidadas por la evolución de nuestras sociedades capitalistas, se trate de la polarización en dos clases, dos bloques antagónicos (clase obrera – burguesía), o de la tesis inversa de la “medianización” de la sociedad, del fin de las clases y de las luchas de clases.

Roberto Castel intenta comprender porqué el asalariado obrero ha perdido su hegemonía: él habría sido reatrulado en el sistema, por el desarrollo espectacular de las clase medias durante los años treinta, luego desestabilizado por la precarización de numerosas categorías asalariadas, sobre todo obreras, lo que habría terminado por quebrar las antiguas solidaridades intercategoriales y suscitar una ola de individualización y atomización. Al mismo tiempo no excluye, que no obstante, las nuevas formas de re-colectivización conduzcan nuevamente a superar esta individualización, como fue el caso, en los comienzos de la industrialización.

Michel Verret, si bien no trata de hacer un balance, por lo menos intenta esbozar una visión global de la evolución mundial del sistema de clases. El anota a la vez, las constantes (dinámica capitalista de dominación y de explotación, economías-mundo, oposiciones centro-periferia) y las mutaciones (difusión capilar general del intercambio monetario, retroceso de las resistencias y de las alternativas, precarización obrera mundial, ampliación de las capas asalariadas intermedias); y aquí llama a orientar pacientemente los primeros pasos hacia las nuevas movilizaciones colectivas de todos los asalariados a escala mundial.

Louis Chauvel demuestra, apoyándose en estadísticas, como las tesis sociológicas del fin de las clases sociales que habrían parecido confirmarse en los años treinta, son cada vez menos pertinentes para los períodos recientes: la movilidad ascendente, la expansión rápida de los cuadros y profesiones intermedias que caracterizan de menos en menos a las generaciones nacidas después de 1950 y, sobre todo, después de los años 60-70; de los nuevos ensambles sociales que aparecen y que es menester analizar demandándose si no son portadores de nuevos conflictos de clases.

Es el caso, especialmente para la categoría de los cuadros, como lo analiza **Paul Bouffartigue**, dejada de lado, en tanto tal, por la sociología académica que abandonó la problemática de clases de los años 60-70 en favor de la sociología de las profesiones, aquella categoría ha sido, no obstante, objeto de numerosos estudios empíricos. La síntesis que propone Bouffartigue permite establecer una verdadera “crisis de un asalariado de confianza” al mismo tiempo que un hervidero de viejas contraposiciones cuadros-no cuadros, en favor de un despliegue de posiciones sociales entre asalariado de ejecución y asalariado intermedio.

Los dos artículos siguientes van al encuentro de una tesis muy extendida según la cual la destructuración de la clase obrera habría puesto fin a toda conciencia de clase, donde sea que se forje, en las ciudades, o en los alrededores.

Marco Oberti muestra como junto a la atomización e individualización de los jóvenes de las “galeras”, en el habitat del submundo de la exclusión del capitalismo globalizado, emerge otra juventud (especialmente muchachas) investidas en el sistema escolar y la vida asociativa, pero que debe contemporizar con un sistema institucional burocrático, para tomar en cuenta las formas nuevas de vida ciudadana. Se trata para él de formas nuevas de conciencia social, o sea de movimientos sociales, pero que reposan sobre otras lógicas, que las definidas por la sociología que impregnan los seguidores de A.Tourain.

Para **Laurent Mucchielli**, las violencias urbanas de los jóvenes de las ciudades relegadas revelan una “representación política de clase” que no pueden explicar, ni el conflicto marxista entre dos clases antagonicas, ni el conflicto “tourainiano” centrado sobre el sistema industrial. L.Mucchielli, en lugar de concluir de ahí una ausencia de movimiento social, ve allí por el contrario, una acción política que cuestiona “la ausencia de un “estatus” ciudadano, fabricado en una parte de la juventud por un sistema socio – económico, una tradición histórica xenófoba y un sistema político ciego.” El subraya el déficit de repuestas políticas de los partidos de izquierda frente a prácticas que testimonian a la vez, una real integración cultural, y una ausencia de integración social y política.

Jean Lojkine intenta, en fin, de enlazar la novedad de los movimientos sociales

que emergen en Francia (búsqueda de alternativas concretas, batallas por la conquista de la opinión pública, base social amplia y diversificada) con las transformaciones objetivas y subjetivas de las relaciones de clase. A la polarización clase obrera – burguesía, suceden en los nuevos movimientos sociales coaliciones de clase más complejas, menos delegatarias, sin grupo hegemónico. Hoy, con una ubicación central por el movimiento sindical: asociar los cuadros a las luchas reivindicativas, lo que supone una verdadera ruptura con la antigua cultura, puramente contestataria, en favor de un enfoque ciertamente conflictual, pero anclado en propuestas concretas, sobre todo en el campo económico.

A todas estos trabajos que conforman el “dossier” coordinado por Jean Lojkine, agregamos un artículo de **Paul Boccaro** utilizado como base de discusión en el taller dirigido por el autor en el Congreso Marx Internacional II donde se refiere a las anticipaciones que se encuentran ya en el “Manifiesto del Partido Comunista” para la abolición del proletariado capitalista, a las grandes fases históricas que aportaron críticas a su doctrina, que desembocan en los desafíos de la crisis sistémica mundial en curso, marcada por la explosión del capital financiero, así como del desempleo masivo y la precariedad, a escala mundial.

No desconocemos el carácter eurocentrista de muchos enfoques de los trabajos publicados, pero pensamos que constituyen avanzadas en la investigación de los nuevos fenómenos y procesos, como el de las nuevas relaciones de clases, y que son útiles para un estudio de nuestras propias realidades, efectuados con criterios propios.

En la presente Edición Argentina de ACTUEL MARX incorporamos también el trabajo de **Carlos Mendoza** donde se analiza con una visión más propia de nuestro país y de Latinoamérica, los cambios en las clases sociales, en el marco de la globalización y la revolución informacional. En este enfoque, el autor encara el sujeto social, considerando que ya no resulta posible identificar las clases sociales y el sujeto portador del cambio, con los criterios y categorías que fueran herramientas tradicionales de los marxistas hasta hace apenas una o dos décadas.

Carlos Mendoza coordinó este volumen que presentamos, y precede su trabajo con una interpretación de los artículos publicados.

Introducción

**A modo de introducción a este volúmen,
publicamos la exposición que hicimos
en la presentación
del número anterior, MARX 2000.**

LA HISTORIA DE ACTUEL MARX EN LA ARGENTINA:

En 1990 y luego en 1991, organizados por Actuel Marx y el Instituto Italiano de Estudios Filosóficos, en La Sorbona, se realizaron: un Coloquio Internacional sobre “Fin del comunismo. Actualidad del marxismo? y el otro, sobre “La idea del socialismo, tiene porvenir?”. Este dió lugar al primer número de Actuel Marx entre nosotros: “El futuro del socialismo”, que sirvió de base para el Encuentro Internacional de Rosario sobre el mismo tema auspiciado por la Escuela de Historia y la Facultad de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario, junto con Cuadernos del Sur y Actuel Marx, la que participó y aseguró la presencia de muchos científicos europeos y latinoamericanos, entre ellos J. Bidet, J. Texier, G. Labica, G. Prestipino, N. Tertulian entre otros, este evento marcó un hito. Reactivó el debate ideológico.

Era un momento difícil, hace ocho años, en pleno derrumbe político de la izquierda, de incertidumbre en el pensamiento socialista y marxista, y de decepción en la militancia progresista.

Actuel Marx se vincula esencialmente a un intento de recuperación y búsqueda.

El sentido de este volúmen:

Se trata de abrir el debate sobre las lecturas de Marx al comenzar los 2000, y el nuevo momento en el pensamiento socialista y progresista.

Por supuesto vinculado a: comprender mejor el mundo de hoy y nuestra inserción en él y hallar en el plano teórico las nuevas plataformas de lanzamiento de los proyectos renovadores y transformadores de ese mundo y de nuestra realidad.

Se trata también de descubrir la lógica del cuestionamiento del sistema establecido, frente al cual todos los intentos de adaptación como “centro izquierda” o “tercera vía” sólo generaron decepción (por debilidad de la izquierda) y respuestas, alternativamente de izquierda y de derecha, mostrando estas últimas los graves peligros que nos acechan ante esas frustraciones, como en las elecciones europeas capitalizadas por la derecha: el caso de Austria, o las elecciones españolas e italianas, y no hablamos en nuestra región, y en nuestro propio país.

3. Los próximos volúmenes de *Actuel Marx* en castellano:

El N° 2/2000: Nuevas relaciones de clase . Coordinado por Carlos Mendoza. Está proyectado para julio o agosto de este año

Y es el que estamos presentando.

El N° 3/2000 (si logramos sacarlo a principios de diciembre) ó 1/2001 (en este caso saldría en marzo): "La hegemonía americana", que ambicionamos establezca conexiones latinoamericanas y argentinas, a nivel académico, teórico y político, con vistas a la participación en el **CONGRESO MARX INTERNATIONAL III** a realizarse en París en setiembre de 2001 y a la realización de un amplio foro de debate, en nuestro país con el mismo sentido, antes o después del Congreso de París.

3. ENCUENTROS, CONGRESOS Y DOCUMENTOS:

En el N.1/2000 publicamos información sobre el **Encuentro Internacional de Espace Marx International**, a realizarse en París del 30 de noviembre al 2 de diciembre de este año sobre "Mundialización y emancipación humana";

Hoy presentamos el llamado de *Actuel Marx* al **Congreso Marx International III**, a realizarse en París del 26 al 29 de setiembre de 2001, sobre **El Capital y la Humanidad**.

Finalmente este volumen se presenta como una contribución al Tercer Encuentro Nacional para un Nuevo Pensamiento convocado por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) sobre el tema "Movimiento Social y Representación Política.

4. De los Coloquios a los Congresos.

Se comenzó con *Actuel Marx* cuando una página de la historia daba vuelta, y no se podía continuar sin retomar toda la historia, y sin establecer que es lo que se había derrumbado, y si entre los escombros habría sobrevivido el pensamiento de Marx, en su autenticidad marxiana, y/o en sus interpretaciones marxistas. O si por el contrario, había muerto, como lo anuncian los triunfadores, proclamando en su funeral, "el fin de la historia".

Y después de los funerales, ¿porqué el exorcismo en un proclamado "retorno", o "redescubrimiento" de Marx?

La presencia espectral de Marx, en su muerte como en su resurrección, muestra el vigor de su pensamiento, cuyo námen reside en el propio carácter de su **teoría crítica**. A la vez, como dijo Fredric Jameson en 1995, "el marxismo no podría comprenderse más que como ciencia de las contradicciones inherentes al capitalismo".

Después de los coloquios consagrados a los problemas derivados de la caída de los mitos, para realzar el valor de la teoría, las tareas de los Congresos Marx International se han dedicado al análisis del capitalismo contemporáneo, la meneada globalización

y mundialización, críticas, resistencias, alternativas.

Como lo señala Eustache KOUVELAKIS, en la presentación del volúmen “Marx 2000” en su edición francesa, todo ello no significa para nada que se considere clausurada la confrontación del marxismo con su propia historia, y menos aún, que se haya abandonado el trabajo reflexivo sobre los conceptos que están en el corazón de esa herencia sin testamento de Marx y del marxismo.

Es justamente lo contrario.

El momento de la reflexión y de la búsqueda ha cambiado, ha llegado una nueva generación después del reflujo que hace más exigente esta tarea, al mismo tiempo que le aporta la frescura de su pensamiento desprejuiciado y despojado de los mitos del pasado, la mayor parte de los casos, confiriéndole otra potencialidad.

Nuestra intención es contribuir a esta fuerza de renovación y desplazamiento de “claves” anteriores en una medida difícil aún de mensurar.

Nos alienta el eco que encontramos en todo el país (desde Misiones hasta el sur, en las Univ. De Cuyo, Córdoba, Rosario, Comahue,) y **varios países de América Latina** (México, Chile, Brasil, Ecuador), con sólo la información del volúmen que presentamos: “MARX 2000. Claves de la teoría crítica”.

Todo ello no hace más que valorar doblemente la contribución de todos ustedes, Tesis XI organizador de esta presentación, los panelistas, los concurrentes y los que por distintos motivos no han podido concurrir.

En la presentación del próximo volúmen sobre “La Hegemonía Americana”, se señala que al analizar el mundo moderno y enfocar el capitalismo en su conjunto, no pueden verse sólo naciones yuxtapuestas, susceptibles cada una por sí, de una “crítica de clase”. Desde su origen, presenta la forma de un **sistema mundo**, en el cual un centro más o menos unificado, domina las “periferias”, hoy se trata de los Estados Unidos, como ayer de Inglaterra o anteayer de Holanda u otros países centrales. Ello coloca la cuestión de los fundamentos y de la forma de su “**hegemonía**”. Esta noción tomó con Weber y Gramsci un contenido bien definido. Designa aquello que en la dominación política excede la mera coerción, o sea el conjunto de condiciones institucionales y culturales, que por un lado la contradicen y la contrarrestan, pero sin las cuales no sabría ejercerse, y forman un cuerpo con ella. **La hegemonía, en este sentido atraviesa el conjunto del sistema-mundo**. Toma en el centro la forma de alianza entre el “líder supremo” y sus asociados o adherentes subalternos. En la periferia, y sobre todo en las zonas refractarias, tiene la mano pesada y el brazo armado.

Estamos atravesando la nueva era informacional. Entramos poco a poco en una nueva revolución, la de la genética.

Todo en medio de problemas en el eco-sistema de una calidad y magnitud casi desconocidas.

La globalización y mundialización capitalistas, bajo el signo “neo-liberal” coloca a nuestra América Latina en condiciones aún más subalternas que las anteriores, bajo la hegemonía americana del siglo XX.

En el siglo XXI podremos ver, tal vez, el subcontinente convertido, junto con otras regiones de África y parte de Asia, en reservorios de recursos naturales y humanos en

extinción.

Actores sociales y movimientos hasta ayer desconocidos en su verdadera fuerza están entrando en el escenario: el zapatismo en México, las fuerzas indígenas – campesinas en Ecuador y Bolivia, los Sín Tierra en Brasil, y otros, en síntesis, expresiones de los marginados y excluidos, de los sin trabajo, sin vivienda, sin tierra, sin protección social, los parias de la tierra. En una palabra "los sin nada".

Es un desafío para el pensamiento progresista y socialista desentrañar el lugar y el papel de nuestra América en el nuevo sistema-mundo, bajo la hegemonía neo-liberal y norte-americana; realizar su crítica, las resistencias, y las nuevas potencialidades de los nuevos actores sociales.

Alberto Kohen

¿Por qué la clase obrera perdió la partida?

Robert CASTEL

El título de este artículo puede parecer un tanto provocador. Pero no es ésa mi intención. Lo que intento es proponer una hipótesis para comprender la relativa desaparición de la clase obrera en la estructura social actual a partir del análisis sociohistórico de las transformaciones *internas* del asalariado.

Todo el mundo (o casi todo) estará de acuerdo en un punto: la clase obrera ya no ocupa la posición central que ha ocupado en la historia social desde hace más de un siglo. Desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX aproximadamente, el accionar político y social, al menos en Francia y en Europa occidental, se desarrollaba principalmente en torno al lugar que debía ocupar esta clase en la sociedad, a partir de la posibilidad que tenía, o parecía tener, de promover una transformación completa del orden social. Este diagnóstico era compartido por aquéllos que exaltaban esta posibilidad –es la opción revolucionaria, susceptible por otra parte de diversas variantes– y por aquéllos que la temían como suprema amenaza y hacían todo por conjugar el riesgo de la subversión. De modo que la cuestión social era esencialmente la cuestión obrera. Esto significa que lo esencial de la conflictividad social estaba basado en el enfrentamiento de dos bloques antagónicos cuya formulación más radical ha sido dada por Marx, pero que repercutió en diferentes niveles de la lucha social y política: ¿conservación o subversión del orden social? ¿Reforma o revolución?

Nos guste o no (a algunos les alegra y otros lo lamentan) hoy ya no estamos en el marco de esa problemática. La clase obrera ya no aparece como portadora de una alternativa *global* de organización social. Esto no quiere decir que no exista más, ni que ya no tenga importancia social y política, y habrá que discutir su tipo de existencia y el papel que desempeña hoy día. Esta comprobación significa solamente –pero, al mismo tiempo, es mucho– que esta clase sufre un retroceso social y político decisivo que ha desactivado la potencialidad subversiva que parecía poseer.

¿Por qué? Evidentemente hay múltiples razones que pueden contribuir a la comprensión de semejante cambio, y no tengo la pretensión de desplegarlas aquí. Sólo tiraré de un hilo de explicación, que no es el único posible, pero que me parece muy esclarecedor. La clase obrera, al menos en Francia y en el siglo XX, no ha sido vencida en el marco de un enfrentamiento *político* directo, como pudieron serlo por ejemplo los obreros parisienses en 1848. Mi hipótesis es que esta clase ha sido minada, rodeada, desbordada, por una transformación *sociológica* profunda de la estructura del asa-

lariado. Ha sido asimismo desposeída, "doblada" si me atrevo a decirlo, por la generalización y la diversificación del asalariado y por la promoción de categorías salariales que la han relegado a una posición subordinada, ya no central, en la configuración del asalariado.

Quisiera mostrar –o mejor, en los límites de esta contribución, sugerir– que esta desposesión ha pasado por dos etapas principales. La primera marca lo que se podría llamar el pasaje de la sociedad industrial a la sociedad salarial. La segunda, en la que nos hallamos hoy, es el efecto del sacudimiento de esa sociedad salarial, cuyas consecuencias empezaron a hacerse sentir a partir de mediados de la década del setenta. De suerte que una de las maneras de interrogarse sobre lo que sucede hoy con la clase obrera, su consistencia, su impacto social y político, sería considerar su posición en la historia del asalariado y, en particular, hoy día, tomar en cuenta seriamente las transformaciones más recientes introducidas en la organización del trabajo.

-I-

Partamos entonces de la época en que, en la sociedad industrial, la clase obrera parecía representar un bloque portador de una alternativa global de organización de la sociedad. Se podría tomar como punto de referencia el año 1936, cuando la clase obrera aparece en Francia consciente de su fuerza, dotada de una ideología propia, y apoyada sobre sus propios aparatos, partidos y sindicatos. Al mismo tiempo, permanece socialmente subordinada, privada de las principales posiciones que dan acceso a la riqueza, el prestigio y el poder, incluso a pesar de mostrarse como la principal productora de la riqueza social. Es en el contexto de la *lucha de clases*, portadora de la esperanza, o del temor, donde podría cambiar la situación, y donde los que han sido desposeídos del fruto de su trabajo podrían invertir el proceso y tomar el mando de la sociedad.

Esa representación de la clase obrera se apoya sobre la composición sociológica del conjunto de asalariados de la época. El asalariado obrero representaba entonces el 60% de los asalariados, y casi el 75% si se agregan los obreros agrícolas. El conjunto de los asalariados no obreros era entonces netamente minoritario, y se componía sobre todo de pequeños empleados cuyo status era también modesto, apenas superior al de los obreros. Los obreros constituyen, pues, la gran mayoría del conjunto de los asalariados, a partir de la cual está pensada y representada la categoría general de trabajador asalariado. Por cierto que esa mayoría no es completamente homogénea, ni sociológica ni ideológicamente; por otra parte, es sabido que nunca lo fue. Pero reúne a lo esencial de las fuerzas productivas de la sociedad industrial en una sociedad que todavía está industrializada a medias, puesto que en los años treinta los asalariados representan apenas la mitad de la población activa.

Si tomamos ahora la situación en 1975, cuantitativamente, el número de obreros no ha cambiado mucho, incluso ha aumentado ligeramente. Pero cualitativamente se ha producido una transformación decisiva en la estructura del mismo. El asalariado obrero ha perdido su hegemonía y ha sido atrapado por el desarrollo espectacular de categorías de "profesiones intermedias", y de personal jerárquico medio y superior, es

decir, estratos profesionales cuyo ingreso y status son superiores a los del asalariado obrero. De aquí en adelante, estas categorías desempeñan, para utilizar una palabra que Luc Boltanski aplicó antes al personal jerárquico, un papel “*atrayente*” para el conjunto de los asalariados¹. Es en este sentido que yo decía que la clase obrera se ha hecho “*doblar*”. Incluso independientemente de las transformaciones internas ocurridas en su seno –y que evidentemente habría que analizar–, ha sido sobrepasada y se ha encontrado aplastada bajo el peso de un conjunto de asalariados de más alto rango. El asalariado obrero –desplegado él mismo en diferentes categorías– en lugar de estar en el centro se encuentra en la parte más baja de la escala, cada vez más diferenciado del conjunto de los asalariados, tanto más cuanto que el asalariado agrícola, cuyo status era inferior al suyo, prácticamente ha desaparecido.

Esta estructura es la de la *sociedad salarial*: un continuum diferenciado de posiciones vinculadas por las características comunes de la condición salarial, en particular el derecho laboral y la protección social. Pero este continuum resulta muy estratificado y mantiene grandes desigualdades. Este modelo de sociedad salarial no entraña, entonces, una homogeneización social. Tampoco implica una sociedad apaciguada, el fin de la conflictividad social. Impone, en cambio, una redistribución de esta conflictividad, que ya no se cristaliza alrededor de dos bloques antagónicos, obreros y burgueses, trabajo y capital, sino que se distribuye sobre la escala salarial y se desarrolla en buena parte a través de la concurrencia entre los diferentes estratos salariales. De ahí la forma que toma la negociación entre los “*participantes sociales*”. Negociación conflictiva, podría decirse, a través de la cual cada categoría reivindica la “*participación en los beneficios*” del crecimiento, piensa que nunca recibe bastante, pero también puede pensar que en el futuro obtendrá más. Y efectivamente se observa que durante el período que siguió al fin de la segunda guerra mundial, cada categoría socio-profesional ha visto mejorar su situación, al tiempo que las disparidades entre las categorías permanecían casi sin cambios.

La cuestión socio-política esencial que se plantea en este contexto ya no es la de la revolución, sino de la redistribución más equitativa de la riqueza social, o la reducción de las desigualdades. Ya no se trata tampoco del cambio del lugar que ocupa la clase obrera como tal en la sociedad, sino más bien de la mejora de la condición salarial en general. Para resumir ese desplazamiento se podría decir que la clase obrera ha dejado de servir como referente hegemónico a la vez para la lucha política y para el análisis sociológico de la sociedad. La gama de posiciones salariales que la ha sustituido parcialmente es más amplia, más diferenciada, menos dividida ideológicamente y socialmente, sin que por eso esté más armoniosamente unificada.

Así expresado, este análisis resulta demasiado esquemático. Habría que precisar y matizar algunos puntos. En particular sobre la cronología. Al tratarse de un proceso, es difícil determinar el momento del vuelco. Esta generalización –diferenciación de los asalariados que no pertenecen al proletariado obrero– se inicia en los años treinta, se hace más notable después de la segunda guerra mundial, y comienza a imponerse en los años sesenta (el debate de entonces sobre la “*nueva clase obrera*” lo señala). Pero incluso después de que, desde un punto de vista sociológico, la clase obrera hubiera perdido su hegemonía entre los asalariados, la referencia a un mesianismo obrero logró mantenerse en el plano político y en las luchas sociales, sostenido por el Partido

comunista y la CGT. Fue quizás, paradójicamente, alrededor de 1968 cuando se hizo visible la pérdida de la posición central por parte de la clase obrera. Paradójicamente, porque mayo del 68 marcó “la huelga más grande” del movimiento social, y se obtuvieron ciertas reivindicaciones concernientes en primer lugar a los obreros, como el relevamiento sustancial del SMIC. Pero no por ello se puede hablar de una victoria de la clase obrera como tal. Mayo del 68 realizó más bien un aggiornamento de la sociedad salarial, o si se prefiere, una etapa importante en el proceso de modernización de la sociedad francesa en la cual la clase obrera no fue ni el desencadenante (como se sabe, fueron los estudiantes quienes asumieron este papel), ni el actor privilegiado, ni el beneficiario principal. Con respecto a la tensión entre reformismo y revolución, que atravesaba desde hacía más de un siglo la historia social (y el movimiento obrero mismo), el fin de los años sesenta parece marcar la victoria del reformismo. Esta victoria significa que la clase obrera puede continuar sacando beneficios de los cambios sociales que parecen encaminados en la vía del progreso social, pero que ya no es más el centro de gravedad de este proceso histórico.

-II-

Si yo hubiera intentado este análisis a fines de los años sesenta o principios de los setenta, me hubiese quedado ahí. O más bien hubiese invitado a interrogarnos sobre el lugar que podría ocupar la clase obrera en una sociedad que parecía empeñada en una transformación de tipo social-demócrata: cierta reducción de las desigualdades, una consolidación del derecho laboral y a la protección social, el refuerzo del papel de la negociación social, una representación más democrática de la importancia de los diferentes “*partenaires sociaux*”, etc. En este contexto, ¿hubiera mantenido la clase obrera cierta unidad y cierta especificidad? ¿o bien se hubiera fundido en una especie de gran clase media, como lo soñaban en los años sesenta ciertos ideólogos del fin de la lucha de clases, como Jean Fourastié? Me parece que las cosas no eran tan sencillas, y que alguna reducción de las desigualdades y de las injusticias sociales no significa necesariamente una homogeneización de las condiciones de existencia y una unificación de los modos de vida.

Pero de todas maneras, no es en estos términos que se plantea hoy el problema. Desde mediados de los años setenta (a partir de lo que se llama la “crisis” pero que es mucho más que un episodio transitorio), se produjo una bifurcación en el proceso de transformación de la sociedad salarial. La trayectoria ascendente de la consolidación del grupo salarial se interrumpió, reabriéndose la cuestión de la asociación creciente del trabajo y de las protecciones que el progreso social parecía promover. La consecuencia fue, a mi entender, una agravación muy profunda del proceso de subordinación y de disociación de la clase obrera iniciado cuando el pasaje de la sociedad industrial a la sociedad salarial.

En efecto, si el desarrollo de la sociedad salarial implicaba necesariamente, a mi juicio, la pérdida de la posición central del asalariado obrero en la estructura social, esta subordinación no entrañaba sin embargo una degradación del status de las categorías salariales que componen la clase obrera. Incluso se produjo lo contrario. Las cate-

gorías obreras también se habían beneficiado de la mejora general de la condición salarial, tanto en términos de ingresos como de derechos sociales. Con grandes disparidades, evidentemente, y la suerte de los OS (categoría salarial baja), por ejemplo, no tenía nada de envidiable (por otra parte, no es casual que las grandes luchas sociales de principios de los años setenta se relacionaran sobre todo con los OS). Sin embargo, tratándose del período llamado, de una manera por otra parte discutible, “los treinta gloriosos”, se puede hacer una doble observación:

- una mejora general de la suerte de las diferentes categorías obreras en relación a su situación en la sociedad industrial, y sobre todo en relación a los inicios de la industrialización.

- y una relativa cohesión de *cada una de esas categorías* cuyo status es relativamente homogéneo y relativamente estable. Esto es cierto, me parece, incluso para los asalariados menos provistos, pagados por el SMIG (salario mínimo). Si el SMIG no tiene, por cierto, nada de maravilloso, representa al menos el primer estrato de la inscripción en la sociedad salarial, que, además del salario, implica la participación en el sistema de derechos sociales (derecho laboral, convenciones colectivas, protección social ...). De manera que, en un período de quasi-pleno empleo, cuando el acceso al trabajo parece asimismo quasi-asegurado, se hubiera podido hablar de una especie de *estatus social mínimo garantizado*, que comprende incluso las categorías inferiores del grupo asalariado (en este contexto aquéllos que están ubicados por debajo de ese umbral están también en lo esencial fuera del mundo del trabajo regular, y forman un “cuarto mundo” residual).

Esta es la cuestión que parece hoy replantearse por la degradación del status de numerosas categorías salariales. Por una parte, se observa la multiplicación de situaciones de trabajo por debajo de ese “estatus social mínimo garantizado”². Por otra parte, y de modo más general, se observa una pulverización de la estabilidad de numerosas categorías salariales. Los asalariados de un mismo estatus dejan de estar “cubiertos” de manera homogénea y pueden tener un destino social completamente diferente. Este es el efecto de dos riesgos importantes que han aparecido, o al menos que se han agravado considerablemente, el riesgo desempleo y el riesgo precariedad, y que tienen consecuencias particularmente desestructurantes sobre las categorías obreras, y ello de dos maneras.

Por una parte, se sabe que el desempleo y la precariedad afectan de diferente manera a las distintas categorías sociales según un orden que sigue, grosso modo, la estratificación social (así la proporción de personal jerárquico desempleado es claramente menor que la de obreros desempleados, y entre los obreros, los obreros no calificados están desempleados mucho más a menudo que los obreros calificados). La nueva coyuntura del empleo ahonda así las disparidades *entre* las diferentes categorías de asalariados, en detrimento de los estratos inferiores del grupo salarial. Se puede decir también que, a partir de “la crisis”, se han abierto *nuevas desigualdades* al lado de las desigualdades “clásicas”, como las desigualdades de ingresos, que se mantienen³. Al golpear con más fuerza a las categorías ya ubicadas “abajo de la escala social”, acrecienta aún más su subordinación.

Pero el desempleo y la precariedad producen otros efectos destructivos que, aunque no tan inmediatamente visibles, son por lo menos igualmente graves, porque quie-

bran las *homogeneidades* Sea, por ejemplo, dos obreros de la *misma* calificación (ya sean más o menos calificados). Siendo todo lo demás igual, habrá enormes disparidades entre la trayectoria de aquél que conserve su empleo y su estatuto profesional toda su vida (felizmente) y el destino social del que se convierta en desempleado de larga duración, o que alterne períodos de empleo con períodos de inactividad. Esta desigualdad masiva entre asalariados del mismo status rompe las *solidaridades intracategoriales* que se basaban en la organización colectiva del trabajo y la homogeneidad de condiciones compartidas por grandes conjuntos de trabajadores. Esta transformación parece poner en tela de juicio la noción misma de “clase”, en cuanto ella entraña una *des-colectivización* de las condiciones de trabajo y de los modos de organización de los trabajadores.

En efecto, la concepción clásica de la clase obrera se basa en último análisis en la existencia de colectivos obreros que tienen su raíz en una determinada comunidad de condiciones y una determinada comunidad de intereses. Siempre se supo (y Marx el primero en tener conciencia de ello) que esta identidad nunca fue totalmente realizada, y que la clase obrera nunca representó una unidad absoluta, ni desde el punto de vista de las condiciones de existencia ni desde el punto de vista ideológico o político. Sin embargo, no se podría hablar de “clase” sin plantear *cierta preponderancia de lo colectivo sobre lo individual*.

Esta preponderancia es lo que hoy se debe interrogar. El mundo obrero (en tanto haya existido como “mundo”, en todo caso lo era sobre la base y en la medida de esta preponderancia de lo colectivo) ¿no ha sido minado por un proceso de *individualización* que disuelve sus capacidades de existir como colectivo? ¿No solamente como un colectivo global (la clase obrera con C mayúscula), sino también como un conglomerado de colectivos correspondientes a diferentes formas de condiciones relativamente homogéneas capaces de unificarse en torno a objetivos comunes? (Una gran huelga, una “avanzada social” importante siempre han correspondido a una cristalización de colectivos particulares en un colectivo más amplio). De tal manera, las transformaciones más recientes de la organización del trabajo no se traducen solamente en el desempleo masivo y la creciente precariedad de las condiciones de trabajo. Ellas transforman también profundamente las relaciones de trabajo. En un mercado de trabajo cada vez más competitivo, los asalariados están sometidos a presiones demasiado fuertes para ser móviles, adaptables, flexibles. Bajo la amenaza del desempleo (y sin duda también porque muchos, de grado o por fuerza, se pliegan a la ideología empresarial que exalta la flexibilidad y el espíritu de iniciativa) entran en concurrencia y se ven llevados a jugar el juego de la competencia. Se asiste así a un desarrollo de la *concurrencia entre iguales*, es decir entre trabajadores del mismo estatus ⁴. Éstos se ven conducidos a *poner en juego sus diferencias*, antes que a apoyarse sobre lo que tienen en común. Hay también una correspondencia profunda entre lo que Ulrich Beck llama “la desestandarización del trabajo” ⁵ y el recurso a estrategias individuales, antes que a estrategias colectivas, para afrontar esas situaciones nuevas. Por una parte, el mundo del trabajo se divide con el desarrollo de la sub-remuneración, la multiplicación de formas “atípicas” de empleo, el trabajo parcial, el trabajo intermitente, las nuevas formas de trabajo “independiente”, etc. Faltan entonces los puntos de apoyo para la organización y la acción colectivas, cuyo modelo fue representado por la gran empresa. La

consecuencia de estos cambios “objetivos” es que el trabajador como persona, cada vez más, queda librado a sí mismo, y debe movilizarse para tratar de hacer frente él mismo a esas situaciones. Al parecer, cuanto más precarias son las condiciones de trabajo, más los trabajadores se ven obligados a desenvolverse, hacer de todo, tratar de salir del paso mal que bien. En estas condiciones, ¿se puede hablar de “clases” de individuos, o de individuos atomizados, de alguna manera condenados a ser individuos, individuos por defecto? Cabe recordar aquí las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo a comienzos de la industrialización, analizadas entre otros por Marx. También entonces el trabajador era tratado como un individuo “libre” y sin protección, y se sabe cuánto le costó. Fue al inscribirse en colectivos, colectivos de trabajo, colectivos sindicales, regulaciones colectivas del derecho laboral y de la protección social, como se liberó de las formas negativas de la libertad de un individuo que no es más que un individuo. ¿Qué le sucede al individuo, y qué puede hacer, cuando es desarticulado de los colectivos protectores? La historia de la clase obrera muestra que los individuos trabajadores han podido acceder a cierta independencia sobre la base de organizaciones colectivas y de su inscripción en colectivos. El análisis de la reestructuración actual de las relaciones muestra que es un proceso inverso el que domina las recomposiciones en curso.

La descolectivización actual de las relaciones de trabajo representa así un nuevo trato susceptible de replantear la noción misma de clase tal como fue construida históricamente. Ella desestabiliza las formas clásicas de organización del trabajo que dieron las bases de la unificación de los trabajadores y de su capacidad de resistencia, aunque a menudo bajo formas muy costosas y “alienantes”, como en el caso de la organización tayloriana del trabajo. Pero la eclosión de esas formas colectivas corre el riesgo de acrecentar la subordinación y profundizar la desigualdad de condiciones de las clases populares. El reverso de la descolectivización del trabajo es, en efecto, su reindividualización, que deposita en el trabajador la responsabilidad principal de asumir él mismo los avatares de su trayectoria profesional. En tal sentido, los diferentes grupos sociales están desigualmente preparados para enfrentar esas exigencias nuevas. Los menos calificados, los que más carecen de “capitales”, no sólo económicos, sino también culturales y sociales, son también los que más padecen cuando un modelo de individualización de las relaciones de trabajo sustituye a uno de colectivización. Los trabajadores menos calificados, los más precarios, son también los que parecen más desprovistos de los recursos necesarios para estructurar colectivos emancipadores.

Estas afirmaciones parecerían quizás exageradamente pesimistas. Sin embargo, no queda excluido que pueda haber nuevas formas de organización que correspondan a esas nuevas formas de desestructuración de los antiguos colectivos. Es también, sin duda, el principal desafío por afrontar hoy: llegar a recolectivizar situaciones que, cada vez más, se desarrollan bajo la forma de una individualización desregulada. Fue, por otra parte, el desafío que recogió la historia social el que permitió la constitución del grupo asalariado obrero como clase a partir de la situación atomizada del proletariado de comienzos de la industrialización. Entonces, no es imposible a priori que hoy se pueda recoger un desafío análogo. ¿Pero cómo, en qué condiciones, movilizando qué recursos, y con qué probabilidades de éxito?

No soy profeta. Me guardaré, pues, de responder a estas preguntas. Pero pienso

que en todo caso las posibilidades de promover un futuro mejor deben partir de un diagnóstico sin complacencias sobre el presente. Éste nos muestra que la unidad relativa de la clase obrera está deshecha; que su desestructuración corre el riesgo de dejar que se asiente en sus márgenes un flujo cada vez mayor de trabajadores y ex-trabajadores abandonados a sí mismos, cuya situación recuerda a la los primeros proletarios; que la dinámica más poderosa del capitalismo contemporáneo activada por la ideología neo-liberal, trabaja por la desestructuración de los sistemas de regulaciones colectivas que habían estabilizado la condición salarial; y que los contrapoderes necesarios para dominar esos factores de individualización negativa, y que no pueden ser sino colectivos, todavía están por encontrarse.

¹ Luc Boltanski, *Les cadres*, Paris, Editions de Minuit, 1982.

² Se trata del desarrollo de una especie de segundo mercado de trabajo, o de un submercado de trabajo que prolifera por debajo del SMIC y procura un status inferior al del asalariado completo, tanto en términos de ingresos como de derechos. Estas formas de subempleo no se desarrollan solamente en el marco de las prácticas del capitalismo salvaje, como por ejemplo en ciertos sectores como la sub-contratación. Las medidas públicas de "tratamiento social del desempleo" contribuyen también a la constitución de un infra-asalariado (cf. por ejemplo el estatus de los CES y de diferentes formas de "empleos asistidos").

³ Cf. también Jean-Paul Fitoussi, Pierre Rosanvallon, *Le nouvel âge des inégalités*, Paris, Le Seuil, 1997.

⁴ Cf. Dominique Goux, Eric Maurin, *La nouvelle condition ouvrière*. Nota de la Fondation Saint-Simon, Paris, octubre 1998.

⁵ Ulrich Beck, *Risk Society*, London, Sage Publication, 1992.

Sobre el sistema de clases en la mundialización*

Michel VERRET

Las reflexiones que siguen no pueden, lamentablemente, ayudarse con un cuadro descriptivo de la evolución cuantitativa de las clases sociales en el mundo, por la sencilla razón de que tal cuadro no existe. Lo que se ha intentado hacer en ese sentido en algunas encuestas internacionales (B. I. T. por ejemplo¹) consiste en aproximaciones tan sincréticas, hechas sobre datos estadísticos tan dudosos y comparaciones tan inciertas, que apenas si dan indicaciones de tendencias sobre las clases más analizables (asalariadas ante todo) ... La antropología nos brinda, por su lado, en pacientes investigaciones sobre terrenos específicos, (India² ...) estudios cualitativos con esbozos de tipos, pero no pasa de la comparación tipológica.

El desarrollo, tanto en la faz teórica como metodológica, de estos enfoques choca contra realidades tanto más difíciles de conocer cuanto que ellas mismas tienden, cada vez más, a escabullirse de la observación. Invisibilidad, clandestinidad: secreto bancario, fraude fiscal, movimientos enmascarados, de un lado – trabajo no declarado, declaraciones ficticias, migraciones ilegales, del otro ... detrás de la economía formal, tantas economías informales, paralelas, criminales...

Por lo tanto, nos atendremos a simples datos indiciales, recogidos en torno de la economía, el derecho, la historia, la geografía, tanto como de la sociología, en algunas situaciones problemáticas, donde se anunciarían las grandes tendencias de la reestructuración del sistema de clases en la mundialización.

SOBRE EL CAPITAL

El dinamismo histórico del Capital como potencia del “movimiento vivo” del dinero, concentrado “en las alturas”³ con su concentración de saberes, poderes, voluntades, para la explotación de los desniveles a escala mundial, no ha cambiado de naturaleza hoy en día...

1. Conoce solamente algunas mutaciones decisivas, cuya combinación más o menos perfecta transforma su eficacia y su impacto histórico⁴.

Mutación en la movilidad de las mercancías, de la moneda, de las informaciones: de las mercancías por las revoluciones de la velocidad y de la logística de los transportes;

de la moneda por la bancarización de los cambios, su instrumentación, su codificación.

de las informaciones por su informatización y su circulación “en tiempo real”.

Mutación en las áreas jurídico-estatales, de apertura a la libre circulación comercial en comunidades interestatales: Intercomunidades, Comunidad Mundial ...

Mutación en el área de explotación, de apertura a los desniveles entre espacios de producción mercantil y no mercantil, formal e informal, legal o criminal ...

Mutación de los límites y resistencias ofrecidas a esas mutaciones mismas, por la caída y la rendición incondicional de las sociedades alternativas (o que lo parecen) al modelo capitalista:

modelos alternativos socialistas, para la apropiación social del Capital privado acumulado y la planificación de la producción: el mantenimiento o retorno de las categorías mercantiles en las economías socialistas, el tributo percibido por sus élites burocráticas sobre el sobreproducto, la conversión de éste en fondos de acumulación primitiva recuperada para todas las predaciones de capitalismos salvajes o “reensalvajados”;

modelos alternativos “no capitalistas”, para la reapropiación de las economías coloniales por los Estados surgidos de las luchas anti-imperialistas y su desarrollo autónomo planificado: los imperios coloniales provenientes de la caída de los Estados imperialistas han sido rápidamente recuperados por los imperios económicos del Capital mundializado ...

Doble caída que produce por sí misma una inmensa área nueva de desnivel general, de la que se desprenden otras en cascada indefinida.

2. El conjunto de esas mutaciones ha producido una reestructuración a nivel mundial del área propia del Capital por la recomposición de las jerarquías móviles de dominación ? dirigencia ? entre:

Cima del Capital, el Capital financiero, y cima de las cimas, el Capital especulativo;

el Capital comercial, dominado a su vez por el gran negocio, bancariamente financiado;

el Capital industrial, ahora dominado por la firma global, inversora, productora, negociante a escala mundial, dominador a su vez de las industrias de sub-contratación, que a su vez dominan a artesanos cautivos.

Todo ello forma una red en que el “Capital nómada” domina sobre el “Capital sedentario”⁵, éste sobre la pequeña producción mercantil, ésta sobre la producción no mercantil (para lo que queda de ella, especialmente en la economía doméstica) ...

3 . Estas redes recuerdan formalmente las de las “Economías-Mundos”⁶, donde se cumple, en intersticios urbanos de las sociedades rurales, la primera acumulación predadora del sobreproducto agrícola – o aún las de los “Imperios-Mundos”, donde se cumple la primera “toma” colonial del Mundo por los primeros Estados-Naciones nacidos de, y en, la primera acumulación⁷.

Se diferencian sin embargo fundamentalmente por la difusión capilar general del intercambio monetario y de la cultura del Dinero en todo el conjunto del área mundial,

hasta en los espacios más retirados. La explotación de los desniveles se efectúa menos desde las economías mercantiles a las no mercantiles, que de las economías capitalistas a las economías mercantiles en general; de su concentración nacen instancias que disponen, en asociaciones recíprocas de los Estados con los Bancos y con las Firmas, de los monopolios acumulados que les confieren el Imperio del mundo:

monopolio financiero de la circulación del Diner;

monopolio del saber de las altas tecnologías;

monopolio militar de los ejércitos sapientes;

monopolio de las energías de base mundiales;

monopolio de las bases alimentarias mundiales;

monopolio de las bases de información mundial⁸.

Donde se reconocerá, bajo la dominación de los Estados Unidos, la dominación por ahora no compartida de los Estados del Capital Unido sobre el Mundo ...

SOBRE LAS CLASES OBRERAS

Este plural de clase se entiende, sobre el área mundial de sus condiciones de clase, como:

antiguas clases de los Centros de proyección europea: Europa, Estados Unidos, Dominios, Japón;

nuevas clases de proyección de los Centros hacia las periferias asiáticas, americanas, africanas;

clases del Margen, europeo o no, de acumulación socialista reappropriada por los Centros.

Tríada demasiado simple, pues el desarrollo capitalista mundial ha creado ya Centros en las metrópolis periféricas, Periferias en las metrópolis centrales – pero el enfoque ternario, de todos modos muy aproximativo, resulta más modulado que descalificado...

1. Las primeras clases conocen, por un doble proceso endógeno (relativamente independiente de los procesos externos), de Sustitución Hombre-Máquina y de sustitución del Hombre sapiente o instruido al que no lo es o lo es menos⁹, un triple proceso:

de exclusión productiva del trabajo simple (o solamente menos instruido y menos sapiente), en el desempleo, el retiro anticipado, la matriculación diferida indefinidamente;

de retracción sobre un núcleo obrero-técnico de lo que se podría llamar la “producción en base a signos”;

de reducción del “trabajo de cosas” sobre un núcleo descalificado, mujeres, inmigrados.

2. Las segundas conocen, al contrario:

un rápido desarrollo del trabajo simple, o del trabajo semi-complejo introducido en los Centros, bajo la dirección conjunta, aunque jerarquizada, del Capital central

externo y del Capital periférico aliado.

en ese movimiento general, una promoción relativa de la parte más instruida y más estabilizada de los obreros autóctonos hacia una calificación técnica propia.

3. Las terceras conocen, bajo los efectos conjugados de la concurrencia mundial nueva y de la predación capitalista externa e interna de los fondos de acumulación socialista:

una caída cuantitativa masiva

una sobreexplotación por el Capital externo e interno, asimilable a la de las clases obreras periféricas, según el nivel de instrucción.

4. Si la combinación mundial de ese triple proceso no crea todavía las condiciones de movilidad general de lo que sería un mercado mundial del trabajo, análogo al mercado mundial del capital, produce ya:

por el desnivel concurrencial de los costos salariales de producción entre (3) y (2) por un lado, (1) del otro, junto con la presión del desempleo en (1), una precarización obrera general de (1);

por la presión de la reserva de mano de obra ex-campesina en (2) y (3), la precarización obrera de (2) y (3);

por esta precarización obrera mundial, una presión mundial a la emigración obrera, menos en (1), donde las emigraciones internas se agotan, que de (2) (actualmente) y (3) (virtualmente) hacia (1) (emigración de las Periferias a los Centros) así como de (2) a (2) y de (3) a (3) (emigraciones intraperiféricas o intramarginales...) ¹⁰

SOBRE LOS CAMPESINADOS

Este plural –los campesinados– no se entiende solamente por su diversidad geográfica, indefinidamente modulada por la conjugación desde los tipos de propiedad terrateniente a los tipos de modos culturales, sino también por las jerarquías de clases o estratos que atraviesan cada una de ellas, según el modo de explotación del trabajo agrícola...

1. En este abanico, que va, desde arriba, de todo tipo de propiedad latifundista a todo tipo de explotación agrícola capitalista extensiva o intensiva – hasta abajo, de todo tipo de campesino sujeto o endeudado (cuasi-esclavos, cuasi-siervos) a todo asalariado, dispersos o concentrados – pasando por todo tipo de campesinado independiente, que representaría lo que Marx llama “las antiguas clases medias”, se retendrá aquí:

la desaparición en los Centros de la pequeña y mediana explotación campesina, eliminadas por la concentración capitalista y la transformación del campesino en agricultor-empresario-negociante (a veces especulador);

en las Periferias, la autoeliminación de la tierra de los campesinos minifundistas bajo la presión de las relaciones mercantiles y la situación de dependencia financiera y tecnológica de los campesinados modernizados, cooperativos o no, bajo la presión

del gran negocio internacional, dueño de los precios y del acceso a la agricultoras sapiente;

en los Márgenes post-socialistas, la expulsión de la tierra de la mano de obra convertida en excedente por la reprivatización de las agriculturas socializadas o colectivizadas.

2. El conjunto de este proceso induce:

un inmenso éxodo agrícola y rural hacia las megalópolis de la pobreza en los Márgenes y Periferias, incluso en parte hacia los Centros;

una inmensa demanda de salarización, sedentaria o nómada, en la ciudad o en el campo, en las tres zonas;

la precarización, si no la desaparición, en las tres zonas por igual, de la reserva campesina de repliegue para el obrero en crisis. El mundo obrero se había convertido a menudo, por el flujo regular del salario-dinero, en la reserva del mundo campesino en crisis. La crisis de uno y otro los conduce a ambos a los extremos de la pobreza, migrante o no.

¿Reserva universal de la miseria? No del todo, pues hay un asalariado mediano o superior, el cual, si no forma reserva de respaldo, constituiría un espacio eventual de promoción para una salida de las clases bajas hacia arriba.

SOBRE LAS CLASES SALARIALES LLAMADAS MEDIAS O SUPERIORES

El plural designa en estas clases, nacidas y crecidas de las inmensas ganancias de productividad de la industria y de la agricultura capitalistas, la diversidad que introduce en ellas:

1) la naturaleza del trabajo efectuado en aval de la producción: trabajo de realización del producto (comercio, banca, seguros), trabajo de administración, estatal o no, trabajo de circulación de los signos (información, comunicación), trabajo de servicio (cada vez más socializado) de las personas;

2) la naturaleza de las jerarquías reales y/o simbólicas que en ellos se despliegan.

1. Estas clases han constituido en los Centros, y en menor grado, en los Márgenes y Periferias, un espacio de acogimiento, y por una parte de promoción, en escalera, del campesinado migrante y de las élites obreras o sus descendientes hacia el mundo salarial empleado, de éste al grupo asalariado medio, de éste también a un grupo asalariado superior intelectualizado, a menudo asociado por delegación a las funciones de dirección, organización y control del Gran Capital...

2. Estas clases comienzan sin embargo a sufrir, en cascada inversa, un movimiento de precarización general, que ya:

ha desclasado a un mundo empleado, hasta hace poco ubicado sobre el mundo obrero, y hoy reducido a padecer como grupo asalariado ejecutivo, que sufre las mismas tensiones de presión del trabajo, las mismas sustituciones mecánicas en el trabajo,

y las mismas perspectivas de exclusión (desempleo, tiempo parcial...);

si no desclasado, al menos ha devaluado a un grupo asalariado medio, en presión concurrencial de precarización;

si no devaluado, ha desestabilizado a un grupo asalariado superior, donde las delegaciones de poder reales o formales del Capital ocultan cada vez menos la crudeza de las relaciones de servicio obligado que le conciernen.

3. La clausura en cadena de las reservas, de una capa a otra, las pone así a todas, tanto a cada una como entre ellas, en situación crítica generalizada.

SOBRE LA AMORTIGUACIÓN DE CLASE A PARTIR DE SITUACIONES CRÍTICAS

1. Aparte de la respuesta clásica a toda situación de crisis (movilización masculina suplementaria de trabajo asalariado o no – aporte femenino de un segundo salario o de recursos asociados), las clases asalariadas de los Centros se benefician generalmente de la reducción del tiempo de trabajo necesario para su propio sustento, por el hecho del consumo a menores costos de los productos alimentarios y de indumentaria así como de los equipos domésticos y culturales, fabricados en las Periferias y los Márge-nes por una mano de obra mal pagada, no protegida, no organizada. Paradoja de un enriquecimiento del consumo salarial central sobre la baja producción periférica o marginal...

2. Esta microparticipación salarial en la renta histórica de situación del Capital de los Centros en la desigualdad del desarrollo (“aristocracia obrera” decía Lenin), se enriquece hoy con formas inéditas de “autoexplotación” ¹¹:

por la participación salarial, impuesta o consentida, en un grupo de micro-accio-nistas de empresas, cuando no pago de primas o de una parte del salario en acciones;

de manera más general –pues esta vez es a la escala de toda la clase– por la inver-sión de tipo capitalista de fondos de pensión y de retiro, pública o privadamente suscriptos, cuya remuneración bursátil está vinculada con las ganancias de productivi-dad de las empresas.

Nueva paradoja de un enriquecimiento asalariado de edad, basado en la explota-ción del grupo asalariado joven por un grupo asalariado de más edad o por un grupo de antiguos asalariados...

3. Estas micro-ventajas de la autoexplotación rentística pueden llegar en las capas salariales altas a las ventajas de la explotación directa por el empleo personal de un “neo-asalariado doméstico” ¹² en sustitución del trabajo gratuito de la esposa-madre, ahora asalariada.

Situación nueva del asalariado-empleador, que con frecuencia explota, y a veces sobre-exploita, en trabajo mal pagado y no declarado, a las mujeres de servicio domés-tico en apuros, a los inmigrados en estado de inferioridad étnica, etc.

4. La situación de este conjunto de micro-rentistas venidos a menos basta para hacer aparecer al grupo asalariado central como un grupo asalariado privilegiado a los ojos de los grupos asalariados periféricos y marginales, que focalizarán sobre él sus aspiraciones migratorias. No por ello deja de mostrarse, incluso en los propios Centros, como un conjunto frágil, de ventajas tanto más precarias cuanto más se desciende en la jerarquía salarial, en que la exclusión salarial no garantiza el beneficio temporario de aquellas ventajas, más que en las magras ventajas de un parasitismo de asistencia.... él mismo relevado, en sus extremos, por esta forma ultraparasitaria de renta, que sería el pequeño parasitismo criminal (del tráfico de productos, de mujeres, de niños...), él mismo en dependencia clientelista del gran parasitismo mafioso de empresa y/o de Estado.

5. La super-precarización, a que conduce o reconduce la crisis al bajo asalariado de las Periferias y los Márgenes, no dejándole ya, a él también, más que los últimos recursos de una alternativa entre economía informal en migajas y micro-economía criminal, es al conjunto del mundo salarial al que la mundialización del Capital pone, real o idealmente, en situación de implosión real o virtual.

El Estado en la lucha de clases

De esos atolladeros concurrenceles surge una situación general de antagonismos, que hace repercutir a través del mundo, y en toda la gama de violencias civiles y guerreras, la lógica–xenófoba, racista, fanática– de echar culpas al “chivo emisario”, en la que se expresa una lucha de clases ciega y desesperada...

En tanto se avenga a mantenerse al nivel político (entendiendo por tal el nivel de una lucha de clases organizada para el ejercicio de –o la influencia sobre– el poder del Estado, como estructura orgánica de dominación de clases que dispone del monopolio de la violencia armada y de la fuerza legal), la lucha de clases política tiende a reestructurarse mundialmente sobre un desafío de Estado bipolar.

Del lado del Gran Capital y de sus clases “viciarias” o “delegadas” (Veblen¹³, Poulantzas¹⁴):

La mundialización no ha debilitado de ninguna manera el rol de los Estados como fundamentos de poder de la dominación del Gran Capital.

En los Centros, donde los Estados Unidos de América desempeñan más que nunca el papel de garante armado del Orden Mundial del Capital Unido (y de la Unidad del Orden, si se llegara a desunir), cada uno de los Estados de dicho Orden sigue (S. de Brunhoff¹⁵):

enunciando y sosteniendo los principios del Derecho, confeso o implícito, a la propiedad privada, bajo el cual el Capital realiza sus movimientos de acumulación privativa;

regulando el curso de las monedas, comunitarias o no;
estableciendo impuestos;

más nuevo aún, garantizando sobre fondos públicos –por lo tanto fiscales– todos los riesgos empresarios o bancarios de un Gran Capital, que queda así casi insumergible; sosteniendo el total de sus tribunales, policías y prisiones –pues el Estado es y sigue siendo ante todo una espada.

En las Periferias, todos los procesos de recuperación respecto de los Centros por los países emergentes (y de superación de las crisis dentro de esa recuperación) se han apoyado en las políticas intervencionistas de los Estados despóticos, muchas veces tiránicos, cuando no terroristas, bajo las fachadas de la decoración de una democracia de opereta. La crisis los reforzaría o restituiría en ese rol, si por casualidad se hubieran debilitado.

En los Márgenes post-socialistas, el retorno al capitalismo sólo se efectuó por una imposición estatal, lograda o no (URSS), de la así llamada economía de mercado, cuando no lo fue por la absorción pura y simple de un Estado por otro (Alemania).

2. Si el rol de los Estados se debilitó durante el período, fue solamente en la redistribución de las ganancias de productividad y de las rentas de desnivelación que aseguraron en un momento dado, en contrafuego con el socialismo, en protecciones sociales diversas contra los riesgos salariales, tanto menos cubiertos ahora por los Estados cuanto que ahora cubren más bien los riesgos del Capital.

3. A lo cual se agregaría la intervención activa de los más Grandes Estados del más Gran Capital:

para descentralizar los Estados cuya centralización podría oponer obstáculos o resistencia a su Imperio: estallido de los Estados Unitarios o Federales y diseminación micro-estatal generalizada de las Periferias y los Márgenes (antigua URSS, Yugoslavia, África, India, Oceanía);

a veces también, para restituir a su propio seno, por autonomizaciones regionales, zonas de desnivel internas, explotables por toda firma mundializada.

Esos estallidos estatales y dispersiones regionales tienen además, para el Imperio del Capital, la ventaja política, premeditada o no, de estructurar concurrencialmente, en analogía política a la concurrencia mercantil generalizada, rivalidades nacionalistas, étnicas, regionalistas, localistas, que harían desviar, no solamente de una lucha de clases mundial internacionalizada en todos los Estados-Naciones, sino también, en cada Estado-Nación, de una lucha de clases estatalmente polarizada....

Del lado de las clases salariales y de las capas sociales aliadas:

Desafíos opuestos a lo anterior:

Desafíos económicos de reconstitución de una lucha de clases ampliada del asalariado obrero solo al conjunto de los asalariados de ejecución (obreros y empleados), y aún de éstos a los asalariados medios o superiores precarizados;

Desafíos jurídicos de defensa de los derechos estatales del trabajo, de promoción de nuevos derechos inter-estatales, de reivindicación de un derecho mundial pan-estatal;

Desafíos políticos de intervenciones estatales por la defensa y extensión de las protecciones sociales y de los servicios públicos, la planificación concertada de inversiones útiles a largo plazo, el amortiguamiento redistributivo, en cada Estado y entre Estados de las rentas de desnivelación entre naciones, reconducidas y ampliadas por la mundialización de la explotación capitalista;

Desafíos sociales de movilización coordinada de las masas afectadas, en todas las zonas de la explotación capitalista, en su derecho, no ya de vivir, sino de sobrevivir.

Lucha demasiado desigual, se dirá, entre un Capital que es todo o casi todo, y asalariados que, frente a él, no son nada o casi nada. Pero los asalariados no eran nada o casi nada cuando se constituyeron en los Estados-Naciones de los Centros, a partir de las dispersiones regionales y locales. Luego se hicieron suficientes para afectar las políticas de esos Estados, a veces incluso hasta apoderarse del poder, así fuera para perderse en él y perderlo...

Es el camino desde la nada hacia algo, si no todo; el nuevo Milenio propone-impone a todos los asalariados del mundo encontrar ese camino: sobre las experiencias repensadas de las luchas pasadas, la circulación mundial (¡no mercantil!) de los ejemplos de lucha actuales, la reorganización crítica de las organizaciones de clase nacionales e internacionales, la prospectiva de la reflexión teórica internacional que permitiría repensar las bases universales de una socialización no explotadora de las prácticas mundiales.

Las luchas y reflexiones actuales ¿pueden parecer hoy premisas inciertas? ...
“El viaje de diez mil pasos comienza siempre por un paso”, decía el sabio taoísta...

* El autor agradece a Hélène Desbrousses, Bernard Peloille, y el Centro de Sociología Histórica, por haber iniciado este texto, y haberlo enriquecido con sus observaciones críticas, en la discusión del taller “Mundialización ...” del Congreso Marx Internacional, que siguió a su enunciado el 10 de octubre 1998.

¹ Hemos intentado una interrogación de estos datos en “La classe ouvrière à l’épreuve de la mondialisation”, Innovations, nº 2, octubre 1995, p.117-134.

² Heuze Gérard, Ouvriers d’un autre monde, Paris, Editions de l’Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 1989.

³ Braudel Fernand, Grammaire des civilisations, París, Artaud-Flammarion, 1987.

⁴ Giraud Pierre Noël, L’inégalité du monde. Economie du monde contemporain, Paris, Gallimard-Folio, 1996.

⁵ Ibid.

⁶ Braudel Fernand, *Civilisation matérielle. Économie et capitalisme*. Paris, Armand Colin, 1979.

⁷ Wallerstein Immanuel, *Le capitalisme historique*, Paris, La Découverte, 1985.

⁸ Amin Samir, *Les défis de la mondialisation*, Paris, L'Harmattan, 1993.

⁹ Naville Pierre, *Vers l'automatisme social*, Paris, Gallimard, 1963.

¹⁰ Hobsbawm Eric, *L'ère du capital.*, y *L'ère des Empires*, Paris, Fayard, 1987, subraya sus premisas históricas.

¹¹ Naville Pierre, *Le nouveau Léviathan*, Paris, Anthropos, tome I a IV. Hemos tratado de seguir la sistematicidad de la obra de este autor en "Homenaje a Pierre Naville", *L'année sociologique*, 1994, tome 44, p.385-399

¹² Gorz André. *Métamorphosis du travail. Quête du sens. Critique de la raison économique*. Paris, Galilée-Débats, 1988.

¹³ Veblen Thorstein, *Théorie de la classe de loisir*, Paris, Gallimard

¹⁴ La obra más olvidada de Nikos Poulantzias propone principios de análisis de clase muy operativos por la distinción, entre otras, de las clases unidas, clases aliadas, clases de apoyo. Cf. *Pouvoir politique et classes sociales*. Paris, Maspéro.

¹⁵ El interés del Capital en dominar los Estados no induce el interés en sustituirlos: la demostración de Suzanne de Brunhoff en *Etat et Capital* (Paris, Maspéro, 1976) continúa en pie.

CLASES Y GENERACIONES

La insuficiencia de las hipótesis

de la teoría del fin

de las clases sociales¹

Louis CHAUVEL

Un espectro frecuenta a la sociedad: el espectro de las clases sociales. Aunque numerosos sociólogos las dan por muertas, vienen a veces a visitar al mundo contemporáneo. En Francia, son pocas las obras, artículos, intervenciones sociológicas en que aparece el término “clase social”, salvo en la producción de la sociología histórica o en el análisis de los grandes fundadores de la sociología. De modo que el sintagma “clase social” se ha convertido en una de esas “palabras fuertes”, que se usan raramente, a no ser de manera muy circunspecta. El hecho no se limita sólo a la sociología². Son muy pocos los que piensan que la noción de “clase social” podría ser útil todavía para comprender el mundo contemporáneo. La idea según la cual el poder “explicativo” de la clase declina, es general. En todo caso, esta idea está mucho más difundida que la hipótesis inversa, es decir, la de su refirmación. Es necesario entonces interrogarse sobre la validez de esta idea, políticamente no neutra, sociológicamente esencial y socialmente determinante, para comprender los cambios de nuestro tiempo. Yo propondré ante todo una lectura de la aparición de esta hipótesis en las ideas sociológicas y las representaciones comunes, presentaré sus argumentos fundamentales, y mostraré luego en qué las pruebas de su validez son cada vez menos probatorias desde hace al menos unos quince años.

LOS ARGUMENTOS DEL FIN DE LAS CLASES

Antes que aceptar esta idea de “fin de las clases sociales” como indiscutible, sin más examen, hace falta volver sobre los argumentos que la fundan. La fuente original parece hallarse en California, en los años cincuenta. Robert Nisbet publicaba entonces en la “*Pacific Sociological Review*” un artículo titulado “La declinación y caída de las clases sociales”³, primera tentativa de rechazo de la noción de clase fundada sobre una argumentación empírica que apela de manera casi sistemática a los cambios macrosociológicos en curso en las sociedades industriales avanzadas.

Para Nisbet, el fin de las clases proviene (o provendría): (1) en la esfera política, de la difusión del poder en el seno del conjunto de las categorías de la población, y de la desestructuración de las conductas políticas según los estratos sociales (p.11); (2) en la esfera económica, del aumento del sector terciario, cuyos empleos no corresponden en

su mayor parte a ningún sistema de clase perfectamente claro (p. 15); (3) de la elevación del nivel de vida y de consumo que conduce a la desaparición de estratos de consumo netamente marcados, lo que hace poco verosímil la intensificación de la lucha de clases (p. 16). Este no era, en definitiva, más que el primer ejercicio de un género que prosigue aún en nuestros días: Clark y Lipset ⁴ retoman esas ideas de manera casi idéntica treinta años después, en "Are Social Classes Dying?". En resumen, después de decenios, no terminan de agonizar ... Desde Nisbet, los desarrollos sobre la "muerte de las clases" se fundan más o menos sobre los mismos argumentos, aunque ciertos autores han podido agregar algunos elementos ⁵.

Lo esencial de la argumentación se puede resumir en una línea simple, y hasta simplista: disminución de las desigualdades económicas y educativas, debilitamiento de las fronteras sociales en términos de acceso al consumo y a las referencias culturales, pero también aumento de la movilidad, menor estructuración de las clases en grupos definidos, marcados, identificados y opuestos, menor conflictualidad de las clases y conciencia de clase debilitada. El esquema general es casi siempre una línea causal simple que va de la baja de las desigualdades económicas a la de la conciencia de clase.

HECHOS EMPÍRICOS DE AYER

La hipótesis del fin de las clases sociales ha hallado cierta audiencia en el público y en los sociólogos por una razón esencial: aunque teóricamente sus argumentos sean mediocres, los hechos sobre los que se asienta esta hipótesis son justos, al menos en parte. Por cierto la inmovilidad social ha declinado, las desigualdades económicas se han reducido, el poder de compra obrero se ha acrecentado.

En una perspectiva de largo plazo, a través del medio siglo transcurrido, es una evidencia. Como en toda evidencia, conviene determinar sus límites, so pena de perder el sentido de lo que le es pertinente. En Francia, conocemos los cambios de nivel de vida de la clase obrera, y de modo más general, de la clase media de la población, entre los años cincuenta y nuestros días. Antes, la mitad del presupuesto obrero se destinaba a alimentar a la familia, al menos en los años cincuenta; se vivía generalmente en un barrio bajo o un "coron" exiguo, situación que las políticas activas de construcción de viviendas sociales de los años sesenta atenuó, al menos por algún tiempo; la cocina no contaba con electrodomésticos; la televisión, el auto, el teléfono, eran objetos de lujo superfluos.

Hoy, la alimentación representa un sexto del presupuesto del obrero medio, incluidos los desempleados, la vivienda posee calefacción, agua corriente, sanitarios interiores, los estadísticos han tenido que modificar las normas de superpoblación para marcar todavía la estrechez en los hogares, y el equipamiento doméstico, en relación a las posibilidades de adquisición de los obreros de la posguerra, ha transformado la vivienda obrera en la cueva de Alí Babá, salvando las distancias. En Francia, el nivel de vida del obrero medio ha alcanzado, y luego sobrepasado, con varias décadas de retraso, el del obrero de las fábricas de automóviles norteamericanas de fines de los años veinte, tal como lo describía Halbwachs ⁶.

RUPTURA DE RITMO E INTERRUPCIÓN DEL CAMBIO SOCIAL

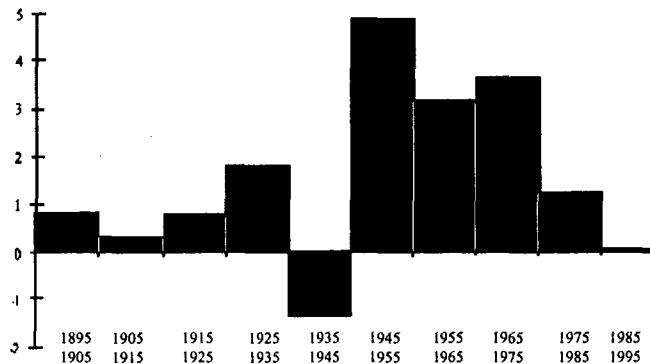
Los cambios de largo plazo disimulan temporalidades específicas. Aunque la evolución entre dos puntos –ayer en 1950 y hoy en 1998– pueda dar cuenta de un cambio pertinente, la manera en que se produjo ese cambio influye en su interpretación: las conclusiones pueden ser radicalmente diferentes según que el cambio haya sido progresivo, lineal y continuo, o la consecuencia de una aceleración extraordinaria hasta 1975 seguida luego de un estancamiento. En el primer caso, vivimos un solo y mismo período histórico, y las consecuencias de las observaciones del ayer o del hoy son necesariamente similares. En el segundo, al existir un claro cambio de la dinámica de la historia social, deducir de lo que sucedió anteayer alguna consecuencia para ayer, hoy y mañana, es un error de razonamiento. Al pago como en perspectiva, actuar así lleva a quedarse en lo superficial.

Sin exagerar el valor de los datos de la estadística económica y social, hay que rendirse a la evidencia de que la sociedad de desarrollo económico rápido que siguió a la segunda guerra mundial ha representado un camino rápido hacia la abundancia, una integración de la clase obrera en la sociedad de consumo, una elevación extraordinaria e históricamente inesperada de los niveles de vida. Desde este punto de vista, la argumentación de Nisbet y sus seguidores no carece de fundamentos: el salario neto medio del obrero de 1945 era del orden de 2000 francos nuestros, aproximadamente el salario mínimo, y de 6500 para el de 1975. Mientras que el poder adquisitivo había variado relativamente poco de 1885 a 1945 (un crecimiento de un cuarto), en los treinta años siguientes (1945 a 1975), a un crecimiento de 3,5 % corresponde un poder adquisitivo tres veces mayor. Es la distancia económica que separa al obrero de villa miseria o barrio bajo del de vivienda mutualizada y pabellones, del obrero a pie al obrero en automóvil, del obrero cuya esperanza de vida es de 50 años al de 68 años, etc.

Tal es el bello cuento de hadas que nos cuentan los que sostienen el fin de las clases sociales: el de la sociedad que abre al mundo obrero, y al conjunto de la clase popular, un mundo distinto al de ayer, el de la sociedad del siglo XIX. Por lo tanto, los Treinta gloriosos (1945-1975) y el período de crecimiento retardado (1975-?) están marcados por dinámicas totalmente diferentes: desde hace más de veinte años a esta parte, el salario neto obrero a tiempo completo ha cesado casi de crecer; desde hace más de diez años, el enriquecimiento es casi nulo.

El período de crecimiento lento es un período de ruptura en relación a los Treinta gloriosos, que sigue siendo sin embargo el período de referencia general de las teorías sobre el fin de las clases sociales. Los últimos diez años marcan un período netamente menos favorable en el que, pese a un crecimiento fijado por la estadística económica en el 15% del PIB, el crecimiento del poder adquisitivo obrero fue de 0,06 %. Sabiendo las dificultades para moderar la inflación, hablar todavía para el mundo de hoy de un enriquecimiento de los obreros es cosa de mala fe. La dinámica actual ya no es la de ayer.

Gráfico: *Tasa de crecimiento anual medio del poder adquisitivo del salario neto medio obrero (%)*



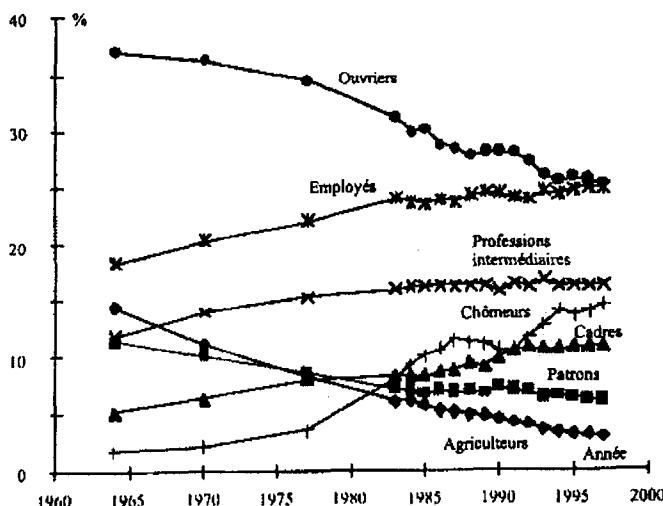
Fuente: A. Bayet, 1997. "Deux siècles d'évolution des salaires en France", document de travail INSEE série verte, n° 97-02,

Nota: en el curso del periodo 1945-1975, el salario real neto medio de los obreros ha crecido en alrededor del 3,5 o 4% por año. Es un periodo visiblemente excepcional en la historia de los ultimos 170 años. Si se excluyen los periodos de guerra, los ultimos 10 años son claramente los peores del siglo.

COHORTE Y ESTRUCTURA SOCIAL

A parte del argumento del enriquecimiento, el más clásico, cuya escasa pertinencia para el periodo más reciente acabamos de ver, los argumentos de Nisbet y sus sucesores son los de la elevación de la población en la escala social, especialmente por una movilidad ascendente intergeneracional, según la cual el joven obrero puede esperar hacerse capataz, su hijo técnico y su nieto politécnico. Si las fronteras sociales son más abiertas, los padres pueden proyectarse en otras clases sociales a través de la trayectoria ulterior de sus hijos. Esta es la hipótesis del ascensor social, en su versión ascendente. Es importante, entonces, situar el grado en que las trayectorias intergeneracionales (de padres a hijos) ascendentes se han desarrollado en el curso del siglo XX.

Gráfico: *Evolución de los GSP en la población activa por año, desocupados por separado.*



Fuente: compilación FQP-Emploie

Campo: población activa hombres y mujeres de 20 a 59 años.

Antes que analizar el sistema escolar, propongo aquí observar los resultados mismos: por un lado, la proporción de las categorías medias y superiores de la sociedad dentro de las cohortes ⁷ sucesivas; y por otro lado, la proporción de los trayectos de ascenso y de desclasamiento sociales en el seno de cada una de ellas. Estas oportunidades de conocer una movilidad ascendente dependen evidentemente de los cambios de la estructura social: si la proporción de los empleos jerárquicos y de las profesiones intermedias no cesa de crecer, habrá que recurrir a los hijos de obreros y de empleados para proveer las nuevas plazas, a falta de suficientes hijos de empleados jerárquicos y de profesionales intermedios para ocupar los puestos vacantes.

Antes de 1975, la categoría tanto de los empleos jerárquicos, como de las profesiones intermedias, conocía una dinámica floreciente. Los empleados, que corresponden a los puestos de ejecución de servicios, cuyas condiciones de trabajo son por cierto menos físicas que las de los obreros, pero que carecen de experiencia y poder de decisión, no pueden ser vistos como en una situación social más elevada que la de los obreros, y para éstos, el ascenso a la categoría de empleados tampoco puede ser considerada como una movilidad social ascendente. Por lo tanto, el crecimiento vivo de la proporción de empleos jerárquicos y profesiones intermedias podía ser considerado como propicio a la elevación social. Después de 1975, el aumento de los empleos jerárquicos (cuadros) y sobre todo de las profesiones intermedias, es menor, lo que implica así menos ocasiones de movilidad ascendente. Evidentemente, el surgimiento del desempleo masivo después de 1975, implica otra estructuración, donde los "desempleados crónicos", procedentes en su mayoría de las categorías populares, son la vanguardia de un nuevo *lumpen proletariat*.

Por consiguiente, las mutaciones de la estructura social no son progresivas, sino típicamente vinculadas a fases históricas, donde los años situados alrededor de 1975 aparecen claramente como una bisagra. Esta historicidad del cambio social, marcada

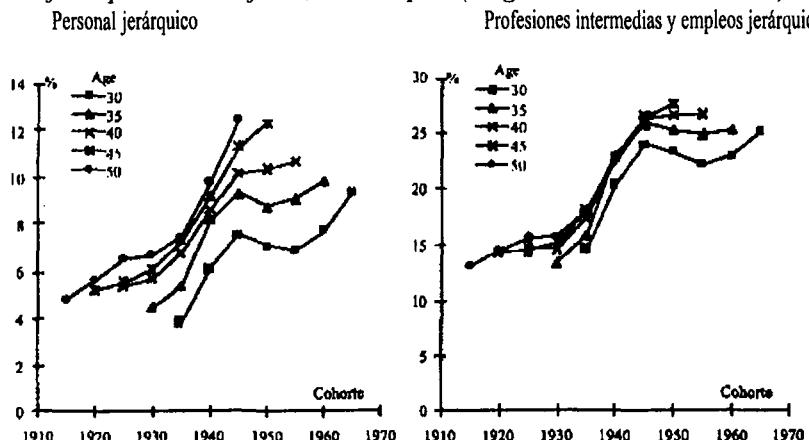
por fases específicas y no por un cambio lineal y unívoco, debe ser subrayada.

Más aún –y es aquí donde aparece la cohorte en el proceso de formación de la estructura social, y por fuerza en las mutaciones del sistema de clases– no hay ninguna razón para que esos cambios estén uniforme ni linealmente repartidos según el año de nacimiento. Estas discontinuidades del tiempo social por cohorte aparecen como esenciales para analizar esa “medianización” de la sociedad, la expansión de la movilidad ascendente, y por consiguiente la disolución de las clases sociales.

El examen de la proporción de empleos jerárquicos y profesiones intermedias por año de nacimiento permite comprender que el argumento de la expansión de las categorías medias y superiores del personal asalariado es un tema más acotado a un período de lo que parece. El argumento según el cual el ascensor social está detenido, en cambio, está mejor establecido para las cohortes más recientes.

En efecto, la expansión del empleo asalariado medio y superior, sobre el conjunto de la población activa, no tiene ninguna razón para estar perfectamente repartido según las cohortes. El desarrollo de esas categorías medias y superiores es concebido generalmente como un cambio a largo plazo, repartido de manera aproximadamente similar e igual entre las diferentes cohortes. De hecho, no es así. Para las cohortes nacidas antes de 1935-40, a la edad de 40 años, el personal asalariado superior (jerárquico) representaba alrededor del 5 o 6% de la población total de esas cohortes, y el personal asalariado medio y superior (profesiones intermedias y empleos jerárquicos en conjunto) alrededor del 14%. Para las cohortes nacidas en 1945-1950 y posteriores, esas proporciones pasaron a 10 y 26%. El desarrollo de las categorías medias y superiores de la población no es, entonces, un crecimiento progresivo, lineal y continuo, sino más bien “en marcha de escalera”, y la famosa “medianización” como “aspiración a ascender” no es un movimiento continuo.

Gráfico: *Proporción de empleos jerárquicos solos y de profesiones intermedias y empleos jerárquicos en conjunto, en el empleo (diagrama en base a cohortes)*

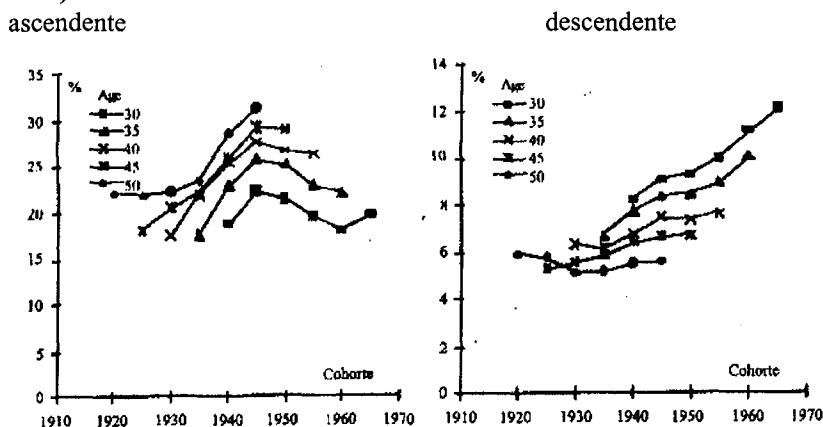


Esta dinámica por cohorte no es neutra: las cohortes que han conocido esa apertura fantástica de la estructura social (una duplicación de oportunidades de acceso al grupo

asalariado medio y superior) han visto tasas de movilidad ascendente excepcionales. En efecto, en razón de la distancia media de treinta años entre el padre y sus hijos, las cohortes nacidas en los años cuarenta con los hijos de la cohorte de alrededor de 1910, que contaba con dos veces menos de empleos jerárquicos y profesiones intermedias. Para esta cohorte llegada a la edad adulta entre 1965 y 1975, las ocasiones de movilidad ascendente, resultantes de esa duplicación de las plazas, se han desarrollado de manera inesperada. Para las cohortes siguientes, nacidas en los años cincuenta y sesenta, la estructura social ha interrumpido su desarrollo hacia arriba: cuando el nivel de capacitación de esas cohortes sigue aumentando, progresivamente, cuando los hijos nacidos en los años sesenta son más frecuentemente hijos de personal jerárquico, sus oportunidades de acceder a las categorías medias y superiores se estanca, lo que origina un desarrollo de los desclasamientos sociales.

Si nos representamos el componente jerárquico de la estructura social de los asalariados solos como una pirámide en cuya cima se encuentran los empleados jerárquicos, las profesiones intermedias en el corredor de pasaje, y en la base los dos componentes populares que son los empleados y los obreros, es posible establecer una "tasa de movilidad ascendente" como la proporción de aquéllos que se sitúan en un grado superior de la pirámide en relación a su padre. La "tasa de movilidad descendente" se calcula sobre los que siguen el camino inverso.

Gráfico: *Tasas de movilidad ascendente y descendente (diagramas en base a cohortes)*



Esas tasas pueden ser seguidas por edad y cohorte. El resultado es claro: la tasa de movilidad ascendente es siempre más elevada que la tasa de movilidad descendente: para toda cohorte, la tasa de movilidad ascendente aumenta con la edad, mientras que la tasa de movilidad descendente disminuye, al menos hasta los cincuenta años. Además, y este es el argumento central, de cohorte en cohorte, esas tasas cambian claramente para una edad dada: las oportunidades de ascender en relación al padre a la edad de 30 años, pero también a cualquier otra edad, han culminado para la cohorte de 1945. La movilidad ascendente aparece así como el reflujo de una ola a partir de una cima alcanzada por las cohortes nacidas antes de mediados del siglo XX.

De hecho, las cohortes nacidas en el transcurso de los años setenta podrían conocer una situación más difícil todavía, porque, en relación a las cohortes nacidas a principios de los años sesenta, tendrá una proporción doble de diplomados de nivel superior, pero también una proporción doble de hijos de personal jerárquico y profesiones intermedias. A menos que, de la cohorte de nacimiento 1960 a la de 1975, la proporción de personal jerárquico a los 35 años pase de 25% a 50%, los desclasamientos sociales aumentarán intensamente. El análisis es prospectivo: podremos apreciarlo en 2010. Sin embargo, yo no veo cómo en el estado actual del funcionamiento y reproducción de la estructura social, un objetivo tan fabuloso de expansión de las categorías medias y superiores podría realizarse en menos de diez años.

GENERACIONES Y SISTEMA DE CLASES

Para sobrepasar los hechos, hay que agregar que el nivel de salario, de ingreso, el nivel de consumo, el desarrollo de la recreación, etc., presentan situaciones semejantes en que, mientras que las cohortes nacidas antes de 1950 conocen una mejora continua, las siguientes, llegadas a la vida adulta demasiado tarde, con la crisis económica, conocen un estancamiento, o una degradación, de su situación.

Así, entre los argumentos de Nisbet, el tercer punto, el del enriquecimiento progresivo, parece perfectamente fechado, con la finalización del crecimiento rápido. Otros trabajos, sobre el esquema de la distribución de los salarios, los ingresos y los modelos de consumo ⁸, muestran que ya no parece existir, desde hace unos diez años, homogeneización de los modelos de consumo de los obreros y del personal jerárquico. La difusión del patrimonio en todas las capas de la sociedad ya no se realiza ⁹ desde las generaciones 1950, que no han conocido el crecimiento rápido ni el periodo de inflación.

Por consiguiente, existen por cierto, desde el punto de vista de la estructura social, "generaciones sociales", que, por estar afectadas de diferente manera por las discontinuidades de la historia social, conocen destinos colectivos específicos. Un análisis de más largo plazo muestra que las generaciones nacidas antes de 1920 han conocido toda su vida la estructura social duramente jerarquizada de la sociedad de aquel tiempo, heredada del siglo XIX. Las siguientes, nacidas hasta 1950, que conocieron los Treinta gloriosos en tiempos de su juventud, han encontrado un destino colectivo inesperado: multiplicación de los diplomas sin desvalorización, fuerte movilidad social ascendente, salarios e ingresos en rápido crecimiento, mejor protección social, etc. Con la crisis, esta dinámica cesa para los que vinieron después, llegados demasiado tarde a la vida adulta.

Hay que subrayar un riesgo importante: al tomar en cuenta la noción de generación se olvida a menudo la noción de clase social. Numerosos son los investigadores en ciencias sociales, en los Estados Unidos especialmente, que auguran el reemplazo de la lucha de clases por la lucha de generaciones. La idea es simplista e inexacta. Hay que comprender que no se trata de comprender clases y generaciones en relación de sustitución, sino como complementarias. Cada generación, por una parte, parece portadora de un sistema de clases que le es específico. Las situaciones más favorables, por

otra parte, son las de las clases más favorecidas dentro de las generaciones más afortunadas, mientras que las situaciones más difíciles son las de las clases populares de las generaciones cuya suerte es la menos enviable.

Esta precisión permite comprender hasta qué punto es caduca la idea de desaparición de las clases sociales: la nueva estructura social que afecta a las nuevas generaciones –caracterizada por una menor expansión de las categorías medias y superiores de asalariados, menor enriquecimiento, menor movilidad ascendente que hubiera favorecido a las clases populares, y un aumento de los desclasamientos– propende naturalmente a minar el mito de un progreso social mecánico. Este mito podría estar detrás y no delante de nosotros. Entre quienes, en el seno de las nuevas generaciones, pasan con éxito los procesos escolares y sociales de selección de la excelencia, y aquéllos cuyas perspectivas de elección son, ya sea el desempleo, el reflujo fuera de la población activa y la marginación, o la alienación y la explotación en un trabajo no valorizado, la diferencia recuerda una forma de estructura social antigua. En el estado actual, y sin oponer políticamente otras perspectivas de cambio social a las que se presentan, sin reestructurar políticamente las juventudes populares, y sin reconquista sindical de las nuevas generaciones, está programado el retorno a una jerarquía social dura. Que estas generaciones se puedan reestructurar en clases por la lucha de clases es a mi entender la perspectiva más urgente y favorable, porque es la condición sine qua non del restablecimiento de un equilibrio político sin el cual las desigualdades sociales están destinadas a reforzarse.

Esta cuestión se relaciona con el examen de dos argumentos de Nisbet que todavía no hemos abordado: (1) desestructuración política de las clases, y (2) desarrollo de los servicios donde ya no se marcan los contornos de clase. La segunda es más fácilmente criticable: el sector terciario está claramente estratificado entre aquéllos que tienen acceso a la autonomía, la idoneidad y la decisión, y los demás¹⁰; el servicio de masa, racionalizado, implica un trabajo que no se diferencia del trabajo en cadena de antes. Con frecuencia el empleado es un obrero de servicios. El argumento de la desestructuración política, respecto de él, se mantiene en pie. Esto plantea una cuestión de fondo: el voto de los empleados no se acumula en torno al Partido Comunista, y la participación de la clase obrera en el Partido Comunista es menos vigorosa que en los años sesenta. No obstante, propongo otra lectura, distinta de aquélla según la cual un partido obrero o un partido de los trabajadores se habría vuelto inútil en la sociedad moderna: las ideologías de masa tienen un atraso de un período sobre la evolución de lo que antes se llamaba la infraestructura. Si el partido comunista hubiera tenido que declinar en razón de las evoluciones sociales, hubiera sido en los años 1965-1975, cuando la apertura masiva de la sociedad, y no en los años 1975-1985. Esta cuestión es evidentemente de una complejidad poco común, pero mi hipótesis es que el movimiento político está desfasado respecto de la estructura social.

Me parece más exactamente que las clases populares, anestesiadas por la utopía de la movilidad ascendente, que fue una realidad durante varios años, han sufrido luego un *knock-out* de pie, con la crisis económica y la aparición del desempleo masivo. Mientras tanto, los investigadores en ciencias sociales y los políticos, al no poder descubrir las claves de lectura de la nueva situación, continuaron manteniendo la idea de la prolongación para todos y para siempre del crecimiento rápido. Al no reconstituir

las ideas más o menos justas sobre un mundo nuevo en surgimiento, al no comprender cómo se articulan las nuevas clases en formación, al no estructurar las alternativas políticas y proponer criterios de justicia que permitan compartir los bienes colectivos, el estrato de los trabajadores –aquellos que, para vivir decentemente, no tienen más que la remuneración de un empleo asalariado con escasas posibilidades de realización personal, si lo hallan– está sometido a múltiples fracturas, entre los más modestos y los más acomodados, los precarios y los más estables, los despedidos del empleo y los que tienen más posibilidades de trabajar, y tantas otras divisiones internas utilizadas, voluntariamente o no, de manera de evitar su nueva estructuración como *clase*.

En resumen, mi hipótesis es la siguiente: el enriquecimiento, la homogeneización de los modos de vida, la apertura por la movilidad ascendente, han servido de punto de referencia para el conjunto de la sociedad. Muchos creen que esta dinámica social *se desarrolla aún en la actualidad*. En realidad, ella está minada en la raíz de su renovación generacional. Las cohortes nacidas a partir de 1950 no la han conocido. Las generaciones nacidas en los años setenta se van a enfrentar incluso con una situación radicalmente nueva, a saber, una duplicación de la proporción de diplomados de nivel superior y una duplicación de la proporción de hijos de personal jerárquico y profesionales intermedias. La estructura social en la que van a entrar no conocerá por cierto la multiplicación de plazas dentro de las categorías medias y superiores que permitiría un *statu quo* del valor de los títulos escolares, y de las oportunidades de promoción. Se debería tomar conciencia de esta situación nueva, que se revela poco a poco pero ante la cual, por el momento, nadie tiene respuesta política, ni siquiera de expresión; con todo, no creo que la situación nueva escape por mucho tiempo más a la conciencia social.

La situación actual, de una detención del cambio social, es evidentemente más propicia a la toma de conciencia de fronteras sociales claramente menos porosas. Ayer, los elementos cruciales del género de vida de las categorías acomodadas –vivienda propia, disposición de automóvil o teléfono, salidas de vacaciones, etc.– se iban difundiendo, con el tiempo, de una generación a otra, a través de la progresión que beneficiaba a cada una de ellas en relación con la precedente, hasta llegar a todas las categorías de la sociedad, acabando por no poderse ya separar claramente la “alta” de la “baja” sociedad. Ahora, la nueva dinámica que se instaura, netamente más lenta, es, en cambio, más propicia a asegurar una estructuración más rígida de la sociedad, y una conciencia de esta rigidez.

Semejante diagnóstico podría promover una reestructuración de las clases sociales, después de la desestructuración que fue la de las cohortes nacidas en los años cuarenta. El período de las aspiraciones de ascenso, marcado por débiles retrocesos, no fue más que un paréntesis, aunque aún hoy este paréntesis sirva de modelo cultural. La dureza de las opresiones y el retroceso que podrían afectar a mayor número de individuos, corren el riesgo de implicar un cambio en la idea que se tiene de la sociedad: menos abierta y menos optimista en su dinámica y su progresión. Este diagnóstico no se aleja mucho del de Bouffartigue¹¹, para quien la situación contemporánea de apaciguamiento social aparente podría disimular en definitiva la recomposición y la acumulación de conflictos ocultos, sin voz y sin salida.

El fenómeno de reestructuración, o de reestratificación, aparece claramente en una perspectiva de largo plazo, en particular en lo que atañe a las generaciones, que parecen portadoras de una estructura social propia para cada una de ellas. ¿Cuáles serán las consecuencias de la toma de conciencia de esas evoluciones menos favorables que las de otros tiempos? Es demasiado pronto para saberlo, pero el mito cumplido de los Treinta gloriosos, de una sociedad abierta, podría terminar aquí. El riesgo, para la sociología, está en quedarse atrás una vez más en el juego social: si el pensamiento marxista de la estructura de clases, desde hace veinticinco años, puede parecer retrasado de época, la idea de que “las clases no existen más” bien podría ser, a su vez, dentro de algunos años... una vieja idea de viejos.

En la medida en que la representación que la sociedad de hoy tiene de sí misma sea la de esa generación nacida en los años cuarenta, que está en edad de dirigir la sociedad y producir lo esencial de las ideas comunes, el modelo de ascensión social seguirá dominando, aunque comiencen a desarrollarse otros argumentos. De qué manera el imaginario colectivo se apropiará esa dinámica nueva es una cuestión más abierta, pero el mito de la elevación perpetua para todos y para siempre permanecerá vivo. Esta situación sería propensa a elevar el grado de insatisfacción colectiva, pero también las perspectivas de intereses divergentes entre las clases: los hijos de obreros y empleados percibirán que sus probabilidades de acceso a estratos más elevados se vuelven más escasas, hecho que podría conducirlos a no aceptar con tanta frecuencia los intereses de las categorías más elevadas, que se hacen menos accesibles. Por lo contrario, esas clases populares están fragmentadas entre estables y precarios, entre las industriales y las de servicios, entre los hijos, inmóviles, de las clases populares y los desclásados de las clases medias. De la manera en que coabiten, de sus alianzas o concurrencias, de su unidad o diversidad de modos de vida, depende claramente el surgimiento de una nueva estructuración en clases “por sí” de las generaciones venideras.

¹ Este texto amplía argumentos y demostraciones de L. Chauvel, *Le destin des générations: structure sociale et cohortes en France au XXe siècle*, París, PUF, 1998.

² De Giscard (Deux français sur trois) a Delors (carta al *Mundo*, fines de 1994), la idea de una “clase media mayoritaria” es un fundamento político para los sostenedores de los “justos medios”; que la idea sea políticamente eficaz es otro asunto.

³ R. Nisbet, “The Decline and Fall of Social Class”, *Pacific Sociological Review*, II, 1, 1959, p.119-129,

⁴ T. N. Clark y S. M. Lipset, “Are Social Classes Dying?”, *International Sociology*, VI, 1991, p.397-410.

⁵ En su capítulo “Société de classe?” (R. Aron, *Les désillusions du progrès, essai sur la dialectique de la modernité*. París, Calmann-Lévy, 1969, p. 25). Aron agrega el argumento según el cual la elevación de la tasa de escolarización secundaria, que él supone mecánicamente implicar mayor movilidad en la medida en que “cuanto más invierte la colectividad en la instrucción de los jóvenes, mayor es la probabilidad de éstos de salir de su medio de origen” (p. 33), indica una menor identificación de los individuos con su clase de origen, al estar su destino “por probabilidad” menos ligado a su medio de origen. Para otros, un elemento importante la flexibilidad en la jerarquía de los salarios, la cual, ayer unívoca en la separación entre manuales y los otros, conduce más bien a borrar esa frontera (J. Lautman, “Où sont les classes d’antan?” in

H. Mendoras, *La sagesse et le désordre*, Paris, Gallimard, 1980, p.81-99); por otra parte, “el salario obrero es mucho menos ‘azaroso’, siendo que había tenido gran inestabilidad hasta la primera mitad del siglo; además, una cultura media se introduce en todas las conciencias (el efecto blue jeans); de ahí se sigue una “utopía social realizada” (p. 96-99): la “sociedad no jerárquica o indiferenciada” (p. 99); Saunders (P. R. Saunders, *Social Theory and the Urban Question*, London, Routledge, 1995, 2nd ed.) señala por otra parte la difusión de la vivienda propia y la difusión de las lógicas patrimoniales (ayudadas o limitadas por las legislaciones sobre fondos de pensión). Los autores de *The Death of Class*, Pakulski y Waters (J. Pakulski y M. Waters, *The Death of Class*, London, Sage, 1996), mencionan por otra parte la emergencia de estructuras fundadas, no en una base económica como las clases marxianas, sino sobre referentes simbólicos e identificatorios comunitarios, étnicos, regionalistas, de género, de consumo, de toda naturaleza, que estructuran “comunidades imaginarias”: ecologistas, anti-fumadores, vegetarianos, Negros, por ejemplo (J. Pakulski, “The Dying of Class or of Marxist Class Theory?”, *International Sociology*, VIII, 3, 1993, p. 279-292) que conducen al surgimiento de una estratificación fundada sobre diferencias de referencias simbólicas, y no de desigualdades económicas.

⁶ M. Halbwachs, *L'évolution des besoins dans les classes ouvrières*, Paris, Felix Alcan, 1933.

⁷ Se llama cohorte de nacimiento (en el texto, cohorte) al conjunto de los individuos nacidos dentro de un año o un período dados; la “cohorte de los años cuarenta” significa así el conjunto de los nacidos en el curso de los años cuarenta. El uso del término “cohorte” con preferencia a “generación” permite evitar la intervención a prior de una hipótesis de estructuración fuerte o de destino común (que hace de ese grupo, entonces, una “generación social”).

⁸ L. Chauvel, “Du pain et des vacances: la consommation des catégories socioprofessionnelles s’homogénéise-t-elle (encore)?”, *Revue française de sociologie*, XL, 1, p. 79-96.

⁹ L. Chauvel, “Les progrès inégaux du logement”, in L. Dirn, “Tendances de la Société Française”, *Revue de l'OFCE*, nº 65, 1998, p.345-356; L. Chauvel, “Ralentissement de la diffusion du patrimoine et concentration de la richesse”, in L. Dirn (ed.) *La société française en tendances, 1975-1995: deux décennies de changement*, Paris, PUF, 1998, p. 125-135.

¹⁰ Especialmente E. O. Wright, *Classes*, London, Verso, 1985; E. O. Wright, “The continuing relevance of class analysis”, *Theory and Society*, 25, 1996, p. 693-716.

¹¹ P. Bouffartigue, “Le brouillage des classes”, in J.-P. Durand et F.-X. Merrien, *Sortie de siècle: la France en mutation*, Paris, Vigot, 1991, p. 95-133. Ver especialmente p. 129-130.

La crisis de un personal asalariado de confianza Los cuadros (empleados jerárquicos) desestabilizados

Paul BOUFFARTIGUE

La categoría de los cuadros (empleados jerárquicos) casi ha desaparecido, como tal, de las preocupaciones de los sociólogos, mientras que los empleados jerárquicos formulan fuertes cuestionamientos sociales sobre el tema desde hace varios años. Ocurre que las problemáticas en términos de clases han sido sustituidas por una sociología de los grupos profesionales, produciendo en verdad conocimientos empíricos valiosos, pero no inmediatamente aplicables en una perspectiva de elucidación de las dinámicas de clases. Es en los términos de *crisis de un personal asalariado de confianza* que nos proponemos aprehender la desestabilización del grupo social de los empleados jerárquicos, e indagar sus formas de conciencia social y de inserción en la conflictualidad social. Para exponerla se enfoca sobre la categoría de los “cuadros superiores” (en el sentido del INSEE).

DE LAS “NUEVAS CAPAS MEDIAS” A LAS “PROFESIONES”

A principios de los años ochenta se llevaron a cabo las principales investigaciones sobre el personal jerárquico, al mismo tiempo que los debates sobre la “importancia de las nuevas capas medias”. Se trataba entonces de identificar las fuerzas y los movimientos sociales portadores de cambios. El paradigma marxista desempeñaba en esa época un papel de referencia central, ya se tratara de adoptarlo –de manera, es cierto, a menudo teoricista– o al contrario, de enmendarlo o rechazarlo. Se lo ve en el debate que recoge la *Revue Française de Sociologie* de 1982 a 1984, o en la investigación de L. Boltanski (1982).

LAS CAPAS MEDIAS PENSADAS A PARTIR DE LA DINÁMICA DE CLASES

D. Montjardet y G. Benguigui abren ese debate al proponer una conceptualización que intenta ser alternativa a las sociologías inspiradas en Marx, a las que se reprocha ser incapaces de dar un estatuto positivo a las clases medias. Consideran a la “relación Estado/sociedad civil” como principio primero de definición de esas capas sociales,

para las cuales, el concepto de “aparato” o de “función de encuadramiento” da la clave de lectura de una unidad fundamental. Pero la construcción teórica propuesta no niega la importancia de las relaciones de clase, y mantiene su fundamento en el concepto de relaciones sociales. Es que ella disputa contra otro adversario, aquél que abandona sus conceptos para naufragar en el empirismo, aquéllos obsesionados por las enumeraciones o los sociólogos de las profesiones. La referencia al paradigma marxiano de las clases sociales está presente en las otras contribuciones. M. Bauer y E. Cohen (1983) presentan análisis a veces más “marxistas” que los precedentes, como cuando afirman que la masa de los ingenieros y personal jerárquico está excluida del poder, acaparado, especialmente en los grupos industriales, por un número muy escaso de cuadros dirigentes. Incluso G. Grunberg y E. Schweisguth (1983) que son los que se oponen más frontalmente a las tesis de G. Benguigui y D. Montjardet –apoyándose sobre la heterogeneidad fundamental de las capas medias, verificada por sus propias encuestas sobre los valores y los comportamientos políticos– reivindican la contribución de sus encuestas al conocimiento de las relaciones de clase.

El cristal con que los investigadores observan el paisaje social depende estrechamente del clima político y cultural del momento: así, si el retroceso de los movimientos sociales es indiscutible desde hace quince años, el interés del mundo académico por los conflictos sociales se ha reavivado considerablemente.

¿UNIDAD Y/O DIVERSIDAD?

A parte de la oposición, clásica entre los dos grandes puntos de vista sobre las clases –ya se trate de caracterizar teóricamente posiciones típicas de clase, o de clasificar las poblaciones en categorías estadísticas empíricamente pertinentes (Briand y Chapoulié, 1985)– otra línea de división se distingue en las contribuciones: ¿hay que privilegiar la unidad o la heterogeneidad de las capas medias?

Los partidarios de la tesis de la unidad no niegan su heterogeneidad. Pero sea que privilegien la unidad *simbólica*, que sería alimentada por esta misma heterogeneidad –es la tesis de L. Boltanski, y hasta de ciertos análisis de G. Groux (1983)–, sea que la privilegien afirmando en la *pertenencia a los aparatos de encuadramiento* –es la tesis de D. Montjardet y de G. Benguigui. Para L. Boltanski, los “cuadros” son ante todo el producto de un trabajo histórico, político y simbólico, de unificación a través de los procesos de representación y de institucionalización. Es precisamente por ser un “conjunto flexible”, que los componentes dominados de este conjunto tienen interés en identificarse con él. El aumento del número de los que entran en competencia por el título de cuadro (empleado jerárquico de una empresa, N. de la T.) acrecienta la cohesión del grupo. “Así, a pesar de las diferencias, la cohesión se mantiene, porque todos encuentran en ella, de una manera u otra, su interés, al menos simbólico” (Boltanski, 1982, p. 476). Esto no basta para promover al grupo como actor social autónomo, y los cuadros quedan fundamentalmente del lado de la clase dominante. Se reconoce aquí la influencia del pensamiento de P. Bourdieu, para quien los asalariados medios son “pequeño-burgueses”, distinguidos radicalmente de las “clases populares” (Schweisguth, 1983). Asimismo, en D. Montjardet y G. Benguigui, si las capas

medias se distinguen más netamente de las clases dominantes, sus rasgos políticos y culturales comunes –“corporativismo”, “oportunismo”, “innovación cultural”, “utopía gerencial”– no bastan para dotarlas de historicidad. No son verdaderos *actores*, tienen lugar secundario en las luchas sociales y políticas, y no forman, por fin, más que una “clase de segunda zona” (Grunberg y Schweisguth, 1983).

Los partidarios de la tesis de la diversidad fundamental de las nuevas capas medias se distinguen según las fuentes de esas divisiones. Para unos, lo es la pertenencia a tal o cual gran aparato en particular, público o privado. Para otros, lo es el juego de numerosas líneas de diferenciación –ante todo entre el sector público y el sector privado–, que impide pensar este conjunto como homogéneo, aún cuando ciertas fracciones, más directamente vinculadas a los servicios públicos, parezcan desempeñar un papel de innovación social.

UN DEBATE INCONCLUSO

El balance de este episodio del debate deja un sabor de algo inconcluso, que no desmentirá la evolución ulterior. Quienes sostienen la tesis de la unidad de las capas medias no parecen perturbados ni por la solidez de las objeciones “descriptivas” de sus adversarios, ni por los comienzos de la crisis económica y social. Si se puede seguir a D. Montjardet y G. Benguigui en cuanto a la pertinencia del concepto de relaciones de clase para comprender cómo se construye homogeneidad en los conflictos sociales, se puede en cambio objetar la escasa atención que han prestado en la práctica a la posición que los miembros de las capas medias han tomado efectivamente en los conflictos sociales de la época. En cuanto al trabajo de L. Boltanski, se le puede formular la pregunta: ¿hasta dónde puede llegar la *diversidad de sentidos* del interés por el título de cuadro, agudizada en el contexto que sigue al período de crecimiento, sin replantear la cuestión de la unidad simbólica misma?

Al lado de la ocultación de los inicios de la crisis y de la precarización sociales, hay que retener que dos dimensiones importantes del análisis de esas capas sociales están poco o nada presentes en ese debate de comienzos de la década del ochenta: *el contenido de sus actividades laborales*, y su *feminización*. Quince años más tarde, todo estudio de los cuadros que ocultara estas dimensiones carecería seguramente de una parte esencial de su dinámica.

EL CRECIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA DE LAS PROFESIONES O DE LOS GRUPOS PROFESIONALES

Decir que los cuadros, como tales, no son objeto de atención por parte de los sociólogos no significa que a los miembros de las profesiones llamadas intermedias o superiores les pase lo mismo. Al contrario, se ha desarrollado una sociología de las profesiones y de los grupos profesionales, en Francia, particularmente, sobre esos segmentos del espacio social. Pero esos trabajos se preocupan más por analizar en detalle la realidad de mundos sociales y profesionales limitados, privilegiando a menudo el en-

foque etnográfico o interactivo, que por contribuir al conocimiento de la dinámica del conjunto de las clases sociales. El estudio de las actividades laborales queda también al margen de sus preocupaciones. Y se interesan más a menudo en los segmentos “intermedios” que “superiores” del grupo asalariado, y en los grupos relevantes del sector público más que en los del sector privado. Ahí la lógica de la profesionalización choca más frontalmente con la lógica del capital.

Entre los aportes de esos trabajos, hay que subrayar tres. El primero es la fuerza de las tensiones que existen sobre las concepciones de la calificación, al oponer la valorización de los conocimientos formales y las cualidades sociales que les están asociadas, al énfasis puesto en los saberes prácticos nacidos de la experiencia. El segundo es la resistencia práctica de los saberes de este segundo tipo y de las figuras sociales que los encarnan, frente a las estrategias de modernización gerencial, como se ve de manera muy clara en el caso de los trabajadores manuales especializados. Por eso, los flujos de promoción en curso de vida activa declinan mucho menos rápidamente de lo que se podría creer. El tercero es que las nuevas generaciones, las mejor provistas del saber formal y certificado, no están más que las anteriores espontáneamente en sintonía con las expectativas de la dirección de las empresas o administraciones.

LA DESESTABILIZACIÓN DE LOS CUADROS

Es sabido que todo enfoque en términos de clase social tropieza con el doble escollo del teoricismo y del empirismo. Navegar entre estos dos escollos es necesariamente tomar en cuenta los conocimientos empíricos acumulados, y esforzarse por aclararlos en el plano teórico, por ejemplo sabiendo articular y no oponer los fenómenos que van en el sentido de la tesis marxiana de la *polarización* social provocada por el movimiento de acumulación del capital y los que alientan las visiones de *medianización* social y de que las viejas fronteras de clase se tornan difusas (Bouffartigue, 1992; Durand, 1995).

SOBRE QUE LAS ANTIGUAS FRONTERAS DE CLASES SE TORNAN MÁS DIFUSAS

El hecho de que las antiguas fronteras de clases se tornen más difusas aclara un poco más los límites de las teorizaciones que, tal como las del P. Bourdieu de *La Distinction*, postulan una alteridad radical entre el mundo de las clases populares y el de las clases medias. Ya no se puede sostener la oposición entre la unidad fundamental de las primeras y la diversidad fundamental de las segundas. Como lo subraya O. Schwarz (1998), la utilización cada vez mayor por parte de los investigadores del plural de las “clases populares” en lugar del singular de la “clase obrera” es un claro indicio de una pérdida de pertinencia empírica de este concepto. Dicho de otra manera, ya no es posible concebir el concepto de dominación como tendiente a oponer y separar claramente grupos sociales, ya que las relaciones de dominación se despliegan en dimensiones *relativamente* independientes unas de otras. Así, el doble movimiento

de escolarización y de inserción en actividades de servicio de grandes fracciones de las clases populares está asociado a un retroceso de las formas de dominación y de separación *culturales* que ellas sufren, sin que la dominación económica que las caracteriza retroceda al mismo paso. La gran división tripartita del mundo social –“clase dominante”, “clases medias”, “clases populares”– no se ha vuelto entonces inútil para los sociólogos, como “toda categorización sociológica que busca poner en evidencia desvíos, divisiones, discontinuidades en el espacio social, ignorando deliberadamente toda una serie de situaciones equívocas” (Schwarz, 1997).

Lo difuso de las clases y de sus prácticas sociales es particularmente evidente en las luchas y conflictos sociales a partir de la década del 80. La clase obrera tradicional parece haber sido reemplazada en gran parte por otros componentes del mundo salarial, entre los cuales los asalariados intermedios del sector público y la juventud escolarizada han estado en los primeros puestos. Esta clase obrera también se identifica mejor por lo que era: el producto de una construcción histórica, política, cultural y simbólica, con fuerte componente mítico, como toda construcción social de ese tipo. Desde luego, si en el curso del período histórico precedente, un grupo obrero singular –el metalúrgico– ha podido funcionar como figura social identificatoria de fracciones mucho más amplias de la clase, todo muestra que a partir de ahora ningún grupo socioprofesional puede pretender encarnar las aspiraciones emancipadoras de un mundo laboral asalariado profundamente metamorfoseado.

AL CONCEPTO DE ASALARIADOS DE CONFIANZA

Siguiendo a investigadores británicos como P. Whalley (1991), R. Zussman (1984), influenciados a su vez por los trabajos de K. Renner (1954), se puede pensar la situación de clase de los cuadros con ayuda del concepto de asalariados de confianza y de crisis de esos asalariados¹ (Bouffartigue, 1999; Bouffartigue y Gadéa, 1999).

En tanto *asalariados*, están en posición de subordinación al capital. Pero en tanto trabajadores de *confianza*, disponen de formas específicas de autonomía en el ejercicio de su actividad. Esta autonomía reposa ya sea sobre una delegación de autoridad en la ejecución de una función jerárquica, o sobre una idoneidad técnica². Ello supone una adhesión a las finalidades y valores de la organización que los emplea, uno de cuyos resortes esenciales es la existencia de una carrera. Se pueden distinguir dos grandes modos de reproducción de ese grupo asalariado de confianza. La adquisición escolar de capacidades expertas y certificadas. La promoción dentro de una organización o de una empresa en particular. La lógica de la profesionalización tiene en vista el control, garantizado por el Estado, de las vías de acceso y de los modos de ejercicio de dicha profesión; mientras que la lógica de la promoción dentro de una organización implica la dependencia de la suerte de ésta última. Aquí hay una oposición entre los *profesionales* y los *cuadros de rango*. El tipo de combinación entre esas dos vías sociales y las formas concretas de diferenciación entre asalariado de confianza y de ejecución varían mucho según los contextos nacionales e históricos. En Francia, se llevó a cabo principalmente a través de la “invención de los cuadros” entre los años treinta y cincuenta, en una coyuntura de agudas luchas de clases.

Si esta definición no ofrece dificultad alguna para distinguir al personal asalariado de confianza de los altos cuadros de dirección, cuyos intereses y suerte parecen más solidarios que nunca, no sucede lo mismo con su frontera inferior. Las formas de la subordinación salarial experimentan cambios tendientes a sustituir el control por los procedimientos por el control por los objetivos. La “poliactividad” –combinación especialmente de actividades de dirección, gestión, relaciones, funciones técnicas– y la autonomía en el trabajo se extienden hacia el personal “ejecutivo”. Este último es siempre más escolarizado. *Todo hace pensar, entonces, que se afirma un continuum de posiciones sociales en el mundo del trabajo asalariado contemporáneo.* Pero no sería justo concluir de ello que la distinción conceptual entre personal de confianza y personal subalterno ha perdido todo interés: lo difuso de las fronteras no implica la desaparición de polaridades objetivas, y bien pueden reproducirse o reforzarse distinciones de estatus, de identidad, simbólicas, sobre la base de estas polaridades objetivas. En el seno de una clase asalariada que se hiciera hegemónica, la consideración de esta polaridad entre personal asalariado de confianza y personal asalariado popular podría así sustituir a la distinción entre “clases medias” y “clases populares”. Los cuadros superiores (en el sentido del INSEE) serían de entre los asalariados de confianza aquéllos que acumulan mayor cantidad de atributos como tales. Si se confirmara la hipótesis de una fragilización significativa de la posición social de este grupo, ésta podría extenderse a las fracciones inferiores del grupo asalariado intermedio.

ALGUNOS ASPECTOS DE LAS DINÁMICAS MORFOLÓGICAS DE LOS “CUADROS”

Fuerte crecimiento de los efectivos –más fuerte del lado de las funciones técnicas que jerárquicas–, feminización, y aumento de los certificados superiores: tales son los principales rasgos de la dinámica de las categorías a partir de los años 80.

La masificación de los “cuadros y profesiones intelectuales superiores”, según indican las cifras dadas por la CSP, ha crecido más rápidamente desde hace 20 años, con mayor velocidad aún que la de las “profesiones intermedias”, que las siguen a distancia en este movimiento de expansión generalizada del personal calificado, lo cual contrasta con la estabilidad del asalariado. Si se observa más de cerca la manera en que los diversos componentes de la categoría han participado de este movimiento, únicamente los cuadros de la función pública –sin considerar a los docentes– quedan rezagados en esta dinámica. Los de expansión más rápida en los últimos años son los ingenieros y cuadros técnicos, impulsados por la aceleración del movimiento de creación de puestos informáticos. En sentido más amplio, se puede pensar, con Xavier Baron (1997) que “la mayoría de los cuadros se han convertido hoy en productores y ya no en un representante del poder en las organizaciones”.

Entre los cuadros administrativos y comerciales de las empresas es donde más rápidamente se ha realizado la feminización. Con un tercio de mujeres, esta categoría se une así a la de los cuadros de la función pública. Los ingenieros y los técnicos siguen siendo un mundo más masculino. De la misma manera, es ante todo en las funciones menos valorizadas y de menor poder de decisión del encuadramiento admi-

nistrativo, financiero y comercial de las empresas, donde más aumentan en número las mujeres. Por lo tanto, aquí como en otros dominios, la potencia del proceso de feminización impide interpretar solo en términos de simple “traslación” la evolución de las relaciones de sexo.

En el curso de los últimos años, el progreso de esos diplomados se ha hecho un poco más rápido entre los profesionales intermedios que entre los cuadros superiores, sin que ello reduzca significativamente el desvío entre las dos grandes categorías. Fuera de la especialización manual, que permanece muy poco diplomada, cerca de un tercio de los técnicos y otros asalariados intermedios de las empresas –un poco menos para las mujeres– comparten actualmente con la mayoría de los cuadros superiores este importante atributo de recibir los beneficios de una escolaridad superior.

UN DETERIORO DE LA RELACIÓN CONTRIBUCIÓN/RETRIBUCIÓN

Si establecemos una relación entre la contribución profesional de los cuadros con las diferentes formas de retribuciones recibidas en cambio –salarios, carreras, estabilidad del empleo–, se verifica un deterioro.

La prolongación de la jornada de trabajo

Este aspecto de las condiciones de trabajo de los cuadros ha salido por fin a la escena pública en estos últimos años. Si “siempre” los cuadros han trabajado muchas horas, y si su autonomía en la distribución del tiempo en sus actividades, asociada a la costumbre de la remuneración a destajo, durante mucho tiempo se consideró natural, entonces todo hace pensar que alguna ruptura se ha producido cuando los interesados ven con buenos ojos la intervención de inspectores para hacer cumplir el derecho, e incluso reclaman el retorno del reloj marcador. De ahí que la prolongación de la jornada laboral parezca mejor cuando se establece de antemano –antes de ser “voluntaria”–: como consecuencia obligada de una carga de trabajo más importante. Incluso aunque los modos de aceptación, o al contrario, de resistencia de los cuadros resulten reveladores de las tensiones y dificultades en que viven estos trabajadores. (Bouffartigue y Bocchino, 1998).

Tensiones crecientes en el trabajo

La aparición de los primeros estudios ergonómicos sobre el trabajo de los cuadros, significativos en si mismos de la emergencia de un problema social en las condiciones de trabajo de esos asalariados, muestra la pertinencia de un análisis distinguiendo entre “actividad prescrita” y “actividad real” y entre la representación oficial y dominante de dicha actividad en las empresas y la actividad misma. Sin embargo hay que evitar hacer un diagnóstico en términos de “racionalización” generalizada del trabajo de los cuadros, la cual tomaría la forma de la aparición o del desarrollo de una prescripción de tareas mediante procedimientos, y de una descalificación masiva. En primer lugar porque ese diagnóstico no correspondería a la experiencia de los propios interesados. Así, en primer lugar la multiplicación de actividades bajo la forma de “grupos de proyectos” en las grandes empresas, es unánimemente apreciada por los

ingenieros y cuadros en general. En segundo lugar porque es bien frecuentemente bajo la forma de la “autoprescripción” de sus actividades que los interesados responden a la multiplicación y/o a la elevación de los objetivos que les son asignados, por ejemplo bajo la forma de la “dictadura del cliente” (Six et Tracz, 1997; Negroni et Etienne, 1997).

El fin de los “planes de carrera”

La esperanza de hacer carrera constituye un elemento central en la movilización profesional de los trabajadores de confianza. Sin embargo esa esperanza parece seriamente afectada por varios fenómenos. El desarrollo de espacios profesionales en los que el corte cuadro/no cuadro tiende a ser reemplazado por la oposición “gerente”/otros “cuadros”; la contracción del espacio para las promociones; y la incertidumbre con relación al porvenir, en parte introducida estratégicamente por las direcciones de las empresas (Montchatre, 1998).

Freno a los salarios e ingresos

A un crecimiento muy rápido de los salarios y del poder adquisitivo de los cuadros en relación a los demás asalariados a principios de la década del 80, ha seguido un crecimiento más lento, acompañado de una ampliación de las diferencias internas en la categoría, reforzada por la generalización de prácticas de individualización de las remuneraciones. Pero este no es el único salario directo que está cuestionado, porque los regímenes de jubilaciones complementarias de los cuadros reunidos en el AGIRC, que tienen como es sabido un rol decisivo en el doble movimiento de integración de los cuadros al grupo asalariado y de afirmación de su identidad específica (Friot, 1995), afrontan serias dificultades.

Una precarización del empleo, todavía limitada, pero temida

Sin llegar al nivel que alcanza entre los trabajadores menos calificados³, la tasa de desempleo de los cuadros se ha acrecentado sensiblemente a principios de la década del 80. Es sobre todo como *medio social* que los cuadros han sido colectivamente afectados. Si bien los cuadros poseedores de títulos superiores pertenecientes a la generación de los 40 a 55 años están en general protegidos del desempleo, éste no es forzosamente el caso de sus descendientes. La experiencia personal, pasada o presente, de la pérdida del empleo ya no es totalmente marginal, tocaría a cerca de un tercio de los activos de la categoría (contra cerca de la mitad del conjunto de los activos). Cuando la experiencia más indirecta del desempleo –cuatro franceses de cada cinco conocen una persona sin empleo– y la inquietud que ello genera –una persona de cada tres teme por su empleo para los próximos meses– afectan a la sociedad en lo más hondo, se comprende que la categoría de los cuadros, de ahora en adelante masificada y feminizada, ya no esté al abrigo de semejantes temores⁴. En cuanto al enfoque de los psicólogos del trabajo, muestran los efectos subjetivos de la exclusión cuando se los ve también “desde adentro” de las empresas, por parte de quienes, aparentemente, escapan a ella (Clot, 1994).

De tal manera, hay indicios numerosos y convergentes de una degradación de la relación contribución/retribución que caracteriza a los cuadros, que tiende hacia una

fragilización inédita de esta categoría dentro de la empresa y en el mercado laboral. ¿Puede entonces esta categoría aferrarse al sostenimiento de una distinción de estatus y simbólica fuerte respecto de los “no-cuadros” para defender una identidad social amenazada?

LAS FRONTERAS ENTRE “CUADROS” Y “NO-CUADROS” EN TELA DE JUICIO

Desde 1992, con la aparición de un “brulote” editado por la asociación patronal *Entreprise et Progrès* [Empresa y Progreso], titulado *Cadre/non-cadre. Une frontière dépassée* [Cuadro/no-cuadro. Una frontera superada], la cuestión de las fronteras de la categoría es menos que nunca un debate puramente científico. De entrada, parece claro que desde el punto de vista de al menos una fracción de la clase dominante, la existencia del status de “cuadro” se ha convertido en un obstáculo en la gestión del personal asalariado.

Dicho documento se inicia con el resumen de un diagnóstico inapelable: “Inventada en los años 1930, la categoría cuadro ha contribuido al desarrollo de las empresas francesas hasta principios de los años 1970. Durante este período, esta categoría resultó motivadora para numerosos asalariados y bien adaptada a los modos de organización de inspiración tayloriana. Pero en 1992, es importante reconocer que la distinción cuadros/no-cuadros carece de sentido y constituye un obstáculo para el progreso económico y social de las empresas”. Quiere decir que es a partir de la crisis cuando este estatuto se hace inadaptado. El texto toma luego de los análisis de L. Boltanski para el decenio siguiente, el concepto de que “esta confusión de las interpretaciones del título cuadro no hace más que reforzar la heterogeneidad y la célebre “incomodidad” para definir la identidad de una categoría que ya ni siquiera se sabe contar: de menos de 2 millones a más de 6 millones de asalariados, según las fuentes”. La frontera cuadro/no-cuadro no es más representativa de las realidades sociológicas y culturales (aproximación de los “modos de vida y actitudes sociales”, “impulso de los empleos terciarios” y retroceso de la categoría obrera), de la realidad de los oficios (entre concepción y organización por una parte, y ejecución por otra), de las realidades jerárquicas (“el título cuadro se separa cada vez más de la función de encuadramiento que en su origen le estaba asociada”); además “contraría la expansión internacional de las empresas francesas (...)” y “la necesaria evolución de las estructuras de la empresa” (la flexibilidad, la capacidad de reacción y la creatividad colectiva chocan con la centralización, el fraccionamiento, la comunicación vertical), e “impide valorizar plenamente el potencial humano de la empresa”. Aunque más discreto respecto de los elementos de la categoría cuadro que convendría abolir que de los que sería necesario extender a los demás trabajadores –tales como el régimen de jubilación, el procedimiento de recepción en la empresa o las políticas de evaluación de las competencias–, este texto ha hecho que las organizaciones de cuadros se pusieran en guardia, y al parecer se lo dejó de lado. Pero convendría examinar más de cerca cómo evoluciona en la práctica de las empresas la gestión de la división en categorías. Probablemente, la realidad del estatuto y de las fronteras que demarca, evoluciona y evolucionará más bien en forma de

pequeños retoques sucesivos. Porque los modos del uso que hacen las empresas del estatuto cuadro son muy heterogéneas (Mallet, 1993). Las más “modernas” adoptan un escenario “evolutivo” en el que “no subsisten más que dos cerrojos” (la caja de jubilaciones y el campo de sindicalización). Es por eso que, teniendo en cuenta igualmente la internacionalización de la economía, L. Mallet pronostica que la categoría de cuadro probablemente subsistirá pero que progresivamente será vaciada de contenido, y se volverá tarde o temprano una “cáscara vacía”.

Es entonces indiscutible que *el conjunto de los criterios distintivos que desempeñaban el papel de fronteras, aunque móviles, entre cuadros y no cuadros están hoy fuertemente cuestionados*. Esta afirmación es ilustrada en la actualidad con nuevos ejemplos, de los cuales el debilitamiento del sindicalismo por categorías encarnado por la CGC no es el menor.

¿EL FIN DE UN COMPROMISO SOCIAL?

Una verdadera *crisis de confianza* entre los cuadros y las direcciones de empresas parece haberse entablado entre los años 80 y 90. Esta crisis se funda por cierto en la degradación de la relación contribución/retribución, y se fortalece por la falta de “legibilidad” o de “visibilidad” de la estrategia y los fines de las empresas. Los síntomas son numerosos, en primer lugar la multiplicación de las encuestas y otros sondeos publicados por la prensa que dan fe de una *nueva “incomodidad de los cuadros”*, que alcanzaría incluso a los cuadros dirigentes, expuestos a la imprevisibilidad de las decisiones estratégicas elaboradas dentro de la lógica cada vez más cortoplacista de los accionistas.

Al ganarle el primer puesto a la CGC en la categoría “cuadros”, en las últimas elecciones paritarias, la CFDT no está mostrando esta ruptura simbólica: los cuadros ¿se sienten siempre cuadros? En efecto, y aún cuando este movimiento tuviera algo de coyuntural, traduce un movimiento de fondo de larga data, a través del cual se debilita un tipo de sindicalismo explícitamente categorial, cuyo papel ha sido totalmente estructurante en la “invención” del grupo social. Y si se confirmara que una gran mayoría de cuadros se reconoce de aquí en adelante en un sindicalismo confederado, por lo tanto en una solidaridad de intereses entre cuadros y otros trabajadores, esto indicaría una metamorfosis, en el curso de las últimas dos décadas, de la identidad social de esos asalariados.

La participación de los cuadros en los conflictos sociales de estos últimos años había atraído ya la atención de los observadores. Quizás sea la lucha del Crédit Foncier de Francia a fines de 1996 y principios de 1997, lo que impresionó a la opinión: “Los cuadros no vacilan más en tomar parte en los conflictos sociales” anuncia Le Monde, citando igualmente el caso de empresas como Thomson, Alcatel-CIT, Neypic, el CIC ... Bajo formas que les son propias –la delegación, la manifestación, la contrapropuesta económica– pero también a veces bajo formas que se enlazan con las tradiciones obreras –la ocupación, el secuestro de dirigentes– los cuadros abandonan, aquí y allá, la escena individual y privada de la discusión para entrar en la escena de la protesta pública. Este hecho no invalida un diagnóstico más amplio, pero que desbor-

da completamente el de las actitudes de esta categoría sola de trabajadores: la gran mayoría de los asalariados del *sector privado* queda a la zaga de la acción colectiva y sindical y soporta una considerable presión por parte de las orientaciones neo-liberales sobre su condición social y las consecuencias del desorden estratégico de los sindicatos.

¿Quiere decir que el único planteo creíble es el de una crisis interminable del movimiento sindical, incapaz de federar y de solidarizar los intereses y las preocupaciones que son, por una parte, los de una minoría de asalariados que tienen los beneficios de un estatuto y por eso mismo refugiados en una protección corporativa, y por otra, los de la mayoría de los asalariados y subalternos del sector más expuesto? Responder por la afirmativa sería desestimar las potencialidades de una acción sindical corporativa que “trascienda primero las singularidades individuales, un primer momento dentro de una dialéctica de lo particular y lo universal que lleve en definitiva a su propia trascendencia” (Béroud y Capdevielle, 1998). Y subestimar la actividad de las fuerzas que, diseminadas en la actual galaxia sindical, intentan promover una acción alternativa a las gestiones liberales de las empresas y del Estado, gestión a la que son particularmente sensibles, a causa de su trayectoria y posición social, los que todavía se llaman ... los “cuadros”.

El proceso de fragilización multidimensional y de banalización de la categoría de los cuadros parece, por lo tanto, incontestable. Y su unidad, que se la base en los procesos simbólicos de la modernización de la sociedad francesa en su período de crecimiento, o en la pertenencia común a los aparatos de encuadramiento, resulta más problemática que nunca. A la inversa, su diversidad no es más claramente oponible a la unidad de un mundo obrero o popular. Luego, lo que se impone es la imagen de un continuum de posiciones sociales entre el personal asalariado ejecutivo y el intermedio. Las antiguas fronteras de clase se han tornado difusas.

De ahí a afirmar que el “fin de los cuadros” es su único destino, hay una distancia considerable. La historia es rica en demostraciones de que no se tachan de un plumazo sus “invenções” sociales. A éstas pertenecen las que están inscriptas en las estructuras nacionales de las representaciones de las clases y categorizaciones sociales. “La identidad ‘sustancial’ de las clases nunca fue otra cosa que un efecto de retorno de sus prácticas de actores sociales” (Balibar y Wallerstein, 1988).

REFERENCIAS

- Balibar, E., Wallerstein I. (1988), *Race, Nation, Classe, les identités ambiguës*, La Découverte.
- Baron X. (1997), “Le temps de travail des cadres”, *Performances Humaines et Techniques*, nº 91.
- Bauer M., Cohen E. (1983), “La fin des nouvelles classes: couches moyennes éclatées et société d’appareil”, *Revue Française de Sociologie*, nº 4.
- Béroud S. et Capdevielle J. (1998), “En finir avec une approche culpabilisée et culpabilisante du corporatisme”, in Leneveu C. et Vakaloulis M. (dir.), *Faire mouvement, Novembre-décembre 1995*, PUF.

- Boltanski L. (1982), *Les cadres. La formation d'un groupe social*, Ed. de Minuit.
- Bouffartigue P. (1992), "Le brouillage des classes" in J.-P. Durand et F.-X. Merrien, *Sortie de Siècle. La France en mutation*, Vigot.
- Bouffartigue P. (1999), *Contribution à une sociologie du salariat de confiance*, Habilitation à diriger des recherches. Université de Versailles Saint Quentin-en-Yvelines.
- Bouffartigue P., Gadéa C. (1999), *Sociologie des cadres*, La Découverte.
- Bouffartigue P., Bocchino M. (1998), "Travailler sans compter son temps? Les cadres et le temps de travail", *Travail et Emploi*, n° 74, janvier-mars.
- Briand J.-P., Chapoulie J.-M. (1985). *Les classes sociales. Principes d'analyse et données empiriques*, Hatier.
- Clot Y. (1994), "Licenciements et travail psychique: l'exclusion à l'intérieur", *Chimères*, 2e. trim.
- Crawford S. (1987), "Ingénieurs français et déqualification", *Sociologie du travail*, XXIX, 2.
- Durand J.-P. (1995), *La sociologie de Marx*, La Découverte.
- Friot B. (1995), "Un salariat avec des cadres et sans épargne", *Sociétés Contemporaines*, n° 24.
- Groux G. (1983), *Les cadres*, La Découverte.
- Grunberg G. et Schweitsguth (1983), "À quoi sert la sociologie empirique?", *Revue Française de Sociologie*, n° 4.
- Levy-Leboyer C. (1995) "Repenser la gestion des carrières de cadres", *Revue Française de Gestion*, n° 104, juin-août.
- Lojkine, J. (1990), "Vers une précarisation des cadres", in Michon F. et Segrestin D., *L'emploi, l'entreprise et la société. Débats Economie-Sociologie*, Economica.
- Mallet L. (1993), "L'évolution des politiques de promotion interne des cadres", *Revue Française de Gestion*, n° 94, juillet-août.
- Montchatre S. (1998), "Les déroulements de carrière en entreprise: variations sur le thème de l'anticipation. Les cas des techniciens et des cadres", , n° 1, janvier-mars.
- Montjardet D. et Benguigui G. (1982), "L'utopie gestionnaire. Les couches moyennes entre l'État et les rapports de classe", *Revue Française de Sociologie*, n° 4.
- Negroni P. et Etienne P. (1997), "L'activité des forces de vente: un travail de cadres?", *Performances Humaines et Techniques*, n° 91.
- Schwartz O. (1998), *La notion de "classes populaires"*, Habilitation à diriger des recherches.
- Schweitsguth (1983), "Les salariés moyens sont-ils des petits bourgeois?", *Revue Française de Sociologie*, n° 4.
- Six F. et Tracz C. (1997), "L'encadrement de chantier: des évolutions sous le regard de l'ergonomie", *Performances Humaines et Techniques*, n° 91.
- Whalley P. (1991), "Negociating the boundaries of engineers. Professionals, managers and manual work", Research in the sociology of organizations, vol. 8.
- Zussman, R. (1984), «The middle levels: engineers and the "working middle class"», *Politics and society*, XIII, 3.

¹ El concepto de grupo asalariado de encuadramiento podría ser igualmente retenido, pero la noción de encuadramiento evoca demasiado directamente las dimensiones jerárquicas, en retroceso, de las actividades profesionales afectadas.

² A este título, pueden verse llevados a activar los procesos de dominación que se ejercen sobre el personal asalariado subalterno. Esta dimensión es puesta en primer plano en el enfoque de Montjardet y Benguigui.

³ Este cambio importante incita a tener más prudencia en la formulación de J. Lojkine (1991), que habla de "precarización social de los cuadros"

⁴ Sondeo IFOP-Libération-France Info, 19 de enero 1998

Formas y contenido de una conciencia social entre los jóvenes de los “barrios en dificultades”

Marco OBERTI

Numerosos trabajos sociológicos acerca de los jóvenes de las ciudades HLM han insistido en la desorganización social y la tendencia de esos jóvenes a individualizar sus experiencias y sus fracasos sociales. Estos aspectos explicarían en parte la debilidad de su interés en la política y su dificultad para movilizarse, para dar forma a sus reivindicaciones y, en resumidas cuentas, para desarrollar una conciencia política. Si bien parece difícil superar estas dificultades, hay que tener en cuenta también cómo es su representación de las relaciones sociales, que muestra a veces un sentido desarrollado de la dominación que padecen. A menudo “brutal” e “ingenuo”, su discurso sobre la sociedad (captado de manera indirecta o plasmado en ciertos textos de rap¹) ¿no remite a una percepción del juego social donde aparecen claramente los procesos (y por ende las personas y las instituciones vinculados a ellos) que participan de su relegación espacial y social? Si no se trata de una conciencia de clase como tal, ¿se puede entrever una especie de conciencia social en los jóvenes adolescentes de esos barrios? ¿Es esa conciencia común al conjunto de esos jóvenes, o existen diferencias sociales dentro del mismo grupo?

EL EFECTO “LA GALERA”

La aparición del libro de François Dubet en 1987² sobre los jóvenes más excluidos de los suburbios en relación con los tumultos urbanos de los años 80 y su tratamiento mediático sensacionalista, y pese a las numerosas aclaraciones ulteriores del autor, ha contribuido a dar de la juventud de los barrios HLM una sola imagen, la de “la galera”, la zona, la violencia y la desestructuración social. Ésta se ha impuesto con tanta mayor fuerza cuanto que durante este período, cuando los esfuerzos presupuestarios y humanos son relativamente modestos, se sigue poniendo en primer lugar la política de la ciudad y sus dispositivos de lucha contra la exclusión con vistas precisamente a esta parte de la juventud de los suburbios.

De manera más precisa aún, se ha impuesto la tesis de la desorganización social y de la debilidad, cuando no ausencia, en estos jóvenes, de conciencia política, cívica, y, en sentido más amplio, social. Es cierto que Dubet, en el momento de la publicación del libro, resaltaba la importancia de la experiencia de la “galera”, pero luego, en escritos más recientes sobre los suburbios y las clases populares, introdujo matices

sobre la cuestión de la percepción del contexto social y el surgimiento de una conciencia de la dominación en los jóvenes de esos barrios³.

Su modelo de la “galera”, construido en torno a tres nociones, la desorganización, la exclusión y la cólera, insiste con fuerza sobre la individualización de las experiencias y los relatos de los jóvenes, una personalización de sus trayectorias y fracasos, en perjuicio de las referencias colectivas y de la percepción lúcida de los mecanismos sociales que contribuyen a producir esta forma de relegación.

Como dice el autor, “el conjunto de los jóvenes explican la delincuencia menos por factores sociales que por problemas personales y familiares...” (p. 72). Lo mismo sucede con la escuela, “la exclusión es vivida como un fracaso personal, especialmente por el sesgo del fracaso escolar” (p. 76). El sentimiento de fracaso personal anularía cualquier intento de crítica social, debilitada además por el conformismo afianzado en los jóvenes, que se sienten atraídos por el modo de vida y de consumo de las clases medias. Su fascinación por los artículos de marca, emblemática de una lógica del honor reconquistado por el acceso a esos productos, genera frustración pero pocas veces desemboca en reivindicaciones o luchas por defender proyectos alternativos. Dicho en otras palabras, según Dubet, sus ambiciones consistirían sobre todo en acceder, en su versión más normal y consumista, a los modos de vida de las clases medias, antes que tratar de rechazarlas u oponerse a ellas.

Dubet percibe a pesar de todo en esos jóvenes un sentimiento de dominación. La cólera expresa, en efecto, más que las dimensiones precedentes, un sentimiento de dominación y no solamente de exclusión, “no es una especie de conciencia de clase no formulada, ‘salvaje’, que no pediría más que encontrar su expresión en el encuentro con los militantes y las organizaciones obreras. Al contrario, esa cólera procede de la ausencia de conciencia de clase, de la ausencia de movimiento social. Con ella, los jóvenes no sólo están ‘afuera’, sino que también están ‘abajo’ y se sienten como aplastados; los jóvenes son así más dominados que excluidos” (p. 90). Su incapacidad para dar forma política a su cólera, que se expresa de manera violenta y desordenada contra todos y por el deseo de destruir (el nihilismo), está vinculada precisamente, según el autor, a la ausencia de relaciones de clase y de un conflicto social construido alrededor de orientaciones culturales más amplias.

A partir del trabajo de Dubet, se han desarrollado muchas reflexiones sobre el tema de la exclusión de los jóvenes de los suburbios a partir de la concepción tourainiana del movimiento social, es decir, de una tendencia a minimizar las potencialidades políticas y reivindicativas de los diferentes grupos sociales desde el momento en que la apropiación consciente de los contenidos sociales no se halla en el centro de un conflicto social. Esta concepción restrictiva del movimiento social ha conducido lógicamente a percibir el mundo del suburbio como totalmente desorganizado e individualizado sobre todo entre los jóvenes, y de modo más general, a calificar los grandes conjuntos por sus carencias, por un déficit de recursos económicos, políticos, institucionales, urbanísticos, de identidad, de vida colectiva, de sociabilidad, sin verificar si esos distintos elementos estaban presentes también en otros tipos de barrios⁴. Se deplora por ejemplo la debilidad de la vida asociativa o aún de identidad colectiva en esos barrios HLM mientras que muchos barrios burgueses o barrios cerrados se caracterizan tanto o más que aquéllos, y en bastantes casos, por una privatización

extrema de la vida social y una vida asociativa fundada sobre la defensa de los intereses de residentes, propietarios (seguridad) o usuarios de ciertos servicios, y mucho más raramente sobre la animación de la vida social como tal.

AL CRUCE DE UNA VISIÓN MISERABILISTA, SENSACIONALISTA Y HOMOGÉNEA DE LOS SUBURBIOS

Amplificada por el tratamiento mediático, una verdadera ilusión óptica contribuye a dar una imagen muy homogénea de los barrios HLM de los suburbios franceses y de su población. Esta imagen, basada esencialmente en las características de los más excluidos, sobre todo para los jóvenes y los inmigrados, ha orientado definitivamente los discursos y ciertos análisis hacia la aparición de una *underclass* concentrada en guetos a las puertas de las ciudades, que desarrolla sus propias reglas fuera de la sociedad global⁵. No se trata de negar una tendencia a la territorialización de las categorías sociales más frágiles. Nos oponemos simplemente a una visión homogénea que *presente al mundo de las ciudades HLM como estructurado fundamentalmente por la cultura de la pobreza, del desempleo y de la asistencia para los adultos, y de la "galera", la delincuencia y la violencia para los jóvenes*. Esta visión miserabilista de los barrios populares de los suburbios ha sido sostenida además por los partidos políticos, tanto de izquierda como de derecha, y ha sido interpretada y vivida por los habitantes como desprecio por parte de los representantes de la clase política.

A fin de romper con esta visión, quisiéramos proponer interpretaciones menos vueltas hacia la desorganización social, la fragilización y la explosión de una conciencia social, y más sensibles a las manifestaciones de una conciencia de las lógicas sociales en acción. La fascinación de un modelo de consumo y de éxito social *aniquila toda forma de conciencia y de crítica social en los jóvenes de los suburbios que pueden pasar por ejemplo por una percepción cruda e inmediata de las desigualdades sociales y de la dominación?*

Si recogemos los análisis de Dubet sobre la ausencia de una conciencia colectiva de la dominación y la dificultad de darle forma política o cívica, no la relacionamos solamente, por una parte con la explosión, la atomización y la individualización de la trayectoria de los jóvenes que viven la "galera", y por otra parte, con la crisis de la presencia militante y política clásica vinculada al mundo obrero y popular (que representaba por ejemplo el Partido Comunista en muchos barrios HLM). Quisiéramos insistir en otros tres aspectos:

la heterogeneidad de la juventud de esos barrios;

la especificidad de la socialización institucional (y no solamente política) por la vida asociativa, de la que se beneficiaban las generaciones de jóvenes de fines de los 60 y década del 70, y que hoy se encuentra debilitada por el fortalecimiento de la segregación social y espacial;

la rigidez y segmentación de las instituciones públicas así como su aversión a trabajar con estructuras intermedias de las colectividades locales o de servicios sociales cuya cultura y modos de funcionamiento no son los burocráticos.

De hecho, antes que concluir en la ausencia de movimiento (y de conciencia) social, preferimos tratar las formas y contenidos diferentes de la representación del mundo de esos jóvenes según su trayectoria y perspectivas, y no buscar únicamente en su experiencia de vida las razones de una difícil expresión política.

DIVERSIDAD DE LOS JÓVENES DE LAS CIUDADES HLM

Escuela, trabajo, vagabundeo y delincuencia: trayectorias múltiples

Al leer a los sociólogos que han trabajado con los jóvenes de los “suburbios en dificultades”, se encuentran elementos que permiten diferenciar esta juventud. Por mi parte, dos aspectos me parecen centrales. Por un lado, su relación a la vez objetiva y subjetiva con la escuela, y por otro, su relación con la sociedad ⁶ y por ende con el trabajo. Estos puntos me parecen tanto más fundamentales cuanto que implican procesos de socialización que pueden marcar y dar rigidez muy rápidamente a las trayectorias sociales. Tres niveles me parecen especialmente estructurantes:

el que distingue a quienes continúan su escolaridad de los que la han abandonado (o que fueron abandonados por la institución...);

el que distingue a los jóvenes que siguen carreras generales y largas por oposición a los que siguen cursos técnicos, cortos y “profesionalizados”;

por fin, un nivel más transversal que permite distinguir a los que creen en un modelo de integración y promoción social a través de la escuela, y los que cuestionan esos modelos en los que ya no creen ⁷.

Desde el punto de vista de la relación con la escuela (o aún en sentido más amplio, con la formación), considerando independientemente por una parte, las carreras y disciplinas escolares y por otra parte, los cursos cortos o largos, generales o profesionales, selectivos o abiertos, los jóvenes comprometidos en un proceso de escolarización y de obtención de un diploma se diferencian de aquéllos que se han alejado de la institución escolar y, en sentido más general, de toda forma de integración a las instituciones. No se trata de una simple distinción entre los que todavía están en el sistema escolar y los que lo han dejado, sino de una clara diferencia entre los que adhieren todavía a la idea de que su integración pasa por la escuela y la obtención de una formación y un diploma, y los que «no creen más en ella» pero pueden, por fatalismo u obligación, estar todavía, por ejemplo, en el liceo ⁸. Por cierto, los jóvenes que adhieren al modelo de integración social sostenido por la escuela se encuentran con más frecuencia en las carreras largas y generales, pero también están presentes en los cursos de enseñanza cortos y profesionales, donde esperan obtener lo más rápidamente posible un empleo. Es seguramente porque la asociación escuela-empleo funciona todavía “en su cabeza”, que comparten valores comunes con los más ambiciosos en el plano escolar.

Este primer grupo, constituido por los que aceptan la lógica escolar, no es entonces homogéneo. Tienen en común que aceptan la lógica de la escuela, encaran su integración por el trabajo y se proyectan en un futuro próximo. Ello los conduce a pensar que el diploma y la formación son las garantías indispensables para su inserción en la

sociedad, dado también el muy modesto origen de la mayoría de ellos. Pero los modos de percepción de la sociedad y de la participación cívica difieren entre, por una parte, aquellos que siguen las carreras de enseñanza general del liceo y se orientan hacia la enseñanza superior, y, por otra parte, los que siguen carreras cortas y profesionales (CAP, BEP o diversas formas de aprendizaje práctico). Los primeros se encuentran más a menudo en la vida asociativa y cultural de los barrios HLM, y muchas veces desempeñan en diferentes dominios el papel de animadores de la vida del barrio sin renunciar al trabajo escolar. Los segundos, más anclados en una cultura popular, esperan obtener lo más rápidamente posible el empleo que les dé acceso a la autonomía y al consumo.

El segundo grupo de jóvenes de estos barrios está constituido por todos aquellos que han conocido muy temprano una situación de gran dificultad y de fracasos escolares, que los condujo ya sea a apartarse desde los 16 años del sistema escolar, o a continuar en las carreras más desvalorizadas de este sistema, donde la mayoría mantiene una relación de diletante con la escuela.

Su carrera escolar está marcada a menudo por un rechazo precoz de la institución y de las personas que la representan, problemas de relación con los otros alumnos y los docentes, y una práctica intensa de la vida de la calle. Sin embargo, se distinguen dos subconjuntos según su relación con la delincuencia y el alejamiento del modelo de integración clásica por el trabajo. Se trata por una parte de los que vagabundean y que pueden entrar en una “delincuencia iniciática transitoria”. Estos jóvenes, aunque estén cerca y hasta puedan reunirse a veces con ellos, se distinguen de los jóvenes involucrados mucho más netamente en una “delincuencia de exclusión”, caracterizada en realidad por la adaptación a formas de supervivencia, las leyes del “business” y la habilidad para escapar, y donde la delincuencia se vuelve más socializante que las instituciones. Finalmente hay que agregar lo que Denis Salas llama “la delincuencia patológica” ⁹, pesada, vinculada a trastornos de la personalidad. Por ser muy específica y poco representativa de las experiencias vividas por la gran mayoría de los jóvenes, la dejaremos de lado.

Los trabajos de muchos sociólogos (Dubet, Bachmann, Lepoutre ¹⁰) se refieren más bien al primero de estos subconjuntos (“la delincuencia iniciática transitoria”) pero integran también una parte de los más implicados en la “delincuencia de exclusión”. Ellos han descripto e interpretado suficientemente los modos de vida y las representaciones de esos jóvenes, como para no volver sobre ello.

Quisiéramos en cambio llevar nuestra atención a los que tienen en vista una integración por la escuela y/o el trabajo, que aparecen con menos frecuencia en los estudios sobre la juventud de los suburbios.

La salida a través de la escuela

Los jóvenes de esos barrios que tienen los estudios escolares “clásicos”, que llegan al bachillerato y luego, de más en más, a los estudios superiores, expresan claramente la elección de la escuela y del diploma para “insertarse”. “Para mi ambiente y mi

barrio, no me queda otra (Karim, 16 años, alumna de liceo) ; no tenemos alternativa, mis padres no podrán hacer nada por mí (Bruno, 17 años, alumno de liceo)". Si no ven otra salida aparte de la escuela, tampoco ignoran las desigualdades escolares, y manifiestan incluso su amargura: "Nuestro colegio no tiene buena reputación, yo ya sé que con mi bachillerato iré a la facultad, otras escuelas me rechazarían cuando vieran de dónde vengo" (Eric, 17 años, alumno de liceo). Son muchos los que encaran estudios superiores, pero son raros los que hablan de clases preparatorias, grandes escuelas, escuelas de ingenieros o de comercio. El "no es para nosotros" se repite una y otra vez. Consideran su posición sobre todo en relación con sus padres, y ven en la escuela el mejor medio de no ser un "asalariado que trabaja para los otros". Expresan un sentimiento que es a la vez de revancha social y de conciencia de las posiciones sociales: "no hay que soñar, para hacerse respetar hay que tener un buen trabajo, no quiero ser como mi padre, que no se queja nunca y trabaja como empleado de mantenimiento en una gran superficie, yo haría cualquier cosa por no hacer esa clase de trabajo. No quiero, yo lo respeto, pero no quiero ser como él" (Djamel, 16 años, alumno de liceo). Su voluntad de no "terminar como obrero en el SMIC" es un motor esencial de su dedicación escolar, redoblada por su conciencia de que el honor social reposa sobre una jerarquía social fundada en el trabajo y el diploma. El dinero aparece como una dimensión material y finalmente menos afectiva y pasional que la precedente.

Pertenecientes a familias relativamente estables, es la referencia al medio social lo que vuelve una y otra vez. Al establecer una clara diferencia entre su afecto y respeto por los padres y su punto de vista sobre el empleo que ellos desempeñan, casi siempre poco calificado y mal remunerado, se definen por su medio social y ven las desigualdades y jerarquización de la sociedad.

No viven como una verdadera carga el hecho de habitar un barrio HLM, a menudo estigmatizado. Conscientes de lo que caracteriza a su barrio y lo estigmatiza ("yo no vivo en un barrio de ricachos"), establecen una distancia con este aspecto de su vida, como si su dedicación escolar y su perspectiva profesional contribuyeran a relegar a un segundo plano la marca espacial dada por el barrio. Algunos se sienten más comprometidos y deciden "no dejar a los demás en la inmundicia" y "no cortarse solo". No quieren "salirse sin mirar lo que tienen alrededor". Es a éstos a quienes se encuentra en las asociaciones culturales y deportivas y en los talleres de apoyo escolar (Jazouli, 1995). De pronto, les interesa menos huir del barrio que contribuir a darle otra imagen participando en sus iniciativas locales. Por supuesto son conocidos por los servicios locales y de la municipalidad, y a veces sirven de mediadores o de interfaces para promover acciones dirigidas a la juventud de los barrios. Además de la escuela, se benefician con una especie de socialización institucional que produce responsables de asociaciones o simplemente interlocutores privilegiados para las instituciones.

Otros, poco numerosos, eligen la retracción y el aislamiento respecto de la vida del barrio, salen poco, no participan en la vida del barrio, y, alejados por sus padres, apuestan a un éxito individual. Sus padres tienen generalmente un empleo estable y guardan distancias con respecto a un medio circundante en el cual no se reconocen. Cuando pueden, mandan sus hijos a escuelas distantes, de modo que sólo vuelven a casa para comer y dormir. Sus horas de recreación las pasan lejos. Estos jóvenes tienen una visión muy negativa de su ciudad y dicen "no ser de la ciudad". Tienen en

común con los jóvenes más comprometidos con su barrio el no ser prisioneros y el frecuentar otros lugares, contrariamente a los más excluidos, mucho más fijados a su territorio.

En ambos casos, la relación con la policía no se plantea como un “problema”. Poco o nada confrontados con ella, no tienen al respecto un discurso de odio ni de rechazo violento.

Los jóvenes de origen extranjero se dicen cansados de ser controlados y observados como sospechosos en el subterráneo. El racismo –dicen– es parte de su vida, sin embargo se oponen violentamente a toda forma de especificidad como “beur”, “árabe”, “negro” u otra, y se niegan a tomarla como criterio de elección de sus camaradas o de juicio sobre el comportamiento de las personas.

EL PAPEL ESENCIAL DE LAS JÓVENES: MEDIACIÓN, LUCIDEZ, Y ACTIVISMO¹¹

La pujante participación de las jóvenes, sobre todo en la organización de actividades de apoyo escolar, y en sentido más amplio, de iniciativas culturales en esos barrios, ha sido puesta en evidencia en numerosos trabajos, paralelamente a un resultado escolar superior al de los varones. Muy activas (en la escuela, en su familia, en el barrio), desarrollan un discurso más que lúcido sobre la necesidad de respetar cierto número de principios y reglas para integrarse. Menos vindicativas que los varones, pueden llegar a desempeñar, en las relaciones con la escuela por ejemplo, un papel de mediación frente a sus hermanos y sus padres. Cuando las condiciones familiares son propicias, ellas se interesan enormemente en el plano escolar, que constituye su espacio privilegiado de expresión. Su preocupación por el honor y la dignidad es sin duda tan fuerte como la de los varones, más numerosos en vagabundear. Pero, mientras que estos últimos lo expresan frecuentemente por medio de la vestimenta, la provocación oral y física, la cólera incluso, las chicas piensan en conquistarla mucho más por una lógica de integración. Ellas son a la vez más sensibles a la ciudadanía concreta, a la ocupación de los espacios de proximidad, y más preocupadas con la idea de valorizar el potencial de esos barrios. Plenamente socializadas en el contexto cultural de la sociedad francesa, las chicas de origen extranjero no reniegan de la cultura de sus padres sino que tratan de integrarla y reivindicarla en un marco más amplio de integración a los modos de vida de su sociedad. Es en este sentido que animan talleres de danza o música tradicional, no tanto para reivindicar una etnia cualquiera como para conquistar a partir de lo que ellas son, una ciudadanía real. Ellas crean una relación específica con la sociedad, exigente, ambiciosa y respetuosa de sus orígenes sociales y culturales, y parecen menos “ambiguas” en este aspecto que los varones de origen extranjero.

TRABAJAR PARA VIVIR COMO TODO EL MUNDO

Los jóvenes que siguen carreras escolares cortas o profesionalizadas están más

centrados en el acceso al trabajo y al modo de vida dominante. Sin gran ilusión, quieren salir de la situación y partir.

Estos jóvenes comparten a pesar de todo algunos puntos en común con los que siguen carreras "clásicas", entre otros la visión de una sociedad con desigualdades y profundamente estructurada en torno al trabajo. Su preocupación no es tanto alcanzar un nivel alto sino simplemente tener un trabajo y un ingreso para "ser como todo el mundo". No se hacen muchas ilusiones sobre su porvenir profesional, que saben incierto y precario. Pero aunque poco remunerado, intermitente y poco valorizado, prefieren la integración por el trabajo antes que "vagar por la ciudad". Hablan menos que los precedentes de la dignidad y el honor, y consideran más modestamente la idea de "quedarse en su lugar". Más que el odio o la cólera, parece caracterizarlos la fatalidad típica de cierta cultura popular. Cuando su desorientación se vuelve caótica y los desanima, pueden oscilar entre dedicarse al vagabundeo o acercarse por otra clase de socialización a los jóvenes que están en ruptura con los modos de regulación y de integración de la sociedad global.

En cierto modo son más frágiles que los precedentes (los "escolares"), porque se ven confrontados cada vez más con una precarización del empleo y niveles de remuneración muy bajos. Cada vez más "extraños" a la cultura obrera de sus padres, no están tan movilizados en las asociaciones locales y no hallan un marco de socialización más amplio que el de la familia.

SEGREGACIÓN Y SOCIALIZACIÓN POLÍTICA E INSTITUCIONAL

La historia política, asociativa y social de los barrios desfavorecidos nos permite apreciar evoluciones de importancia en la cuestión de la conciencia social y cívica de los jóvenes de esos barrios. La relativa mezcla de clases sociales producida en los años 60-70 se tradujo en una presencia militante de una parte de las clases medias alojadas en el alojamiento social. Esos militantes, aunque poco numerosos, muchas veces enrolados en la izquierda o la extrema izquierda, "forman" la primera generación de jóvenes, de origen francés y extranjero, que participará desde comienzos de los años 80 en el establecimiento de la política de la ciudad y en la creación de asociaciones y movimientos de lucha contra el racismo. Familiarizados con la lógica institucional y política, muchos se revelaron como líderes asociativos en condiciones de negociar con los electos y a veces impulsar iniciativas locales a favor de su barrio. Se podía pensar en ese momento que los suburbios estaban organizándose a través de una fuerte movilización de la sociedad civil.

Varios elementos, sin embargo, van a contribuir a dar otra orientación a la vida asociativa y militante de esos jóvenes. Ante todo, el retiro de las clases medias militantes perjudicó sin duda la socialización por vía asociativa tradicional de la generación siguiente, la de los años 80. Asimismo, el cuestionamiento de la política de la ciudad y la multiplicación de los dispositivos produjo numerosos efectos perversos, tales como la competencia por los empleos de animadores, las dificultades por el financiamiento de los proyectos, la complejización de los trámites y la multiplicación de intermediarios. En el fondo, todo esto desembocó, o bien en una relación utilitaria (cuando no

clientelista), o en un desprendimiento total. Por fin, hacia fines de los años 80 una parte de los más militantes fue absorbida por el sistema político o institucional (local o nacional), y a veces se alejó de los barrios. Se comprende así mejor el fracaso relativo de los movimientos antirracistas que hubieran podido tener un papel político totalmente distinto en esos barrios. Por una parte, las asociaciones eran ya numerosas, y por otra parte, ciertos antiguos líderes asociativos se apartaron de su barrio y perdieron toda legitimidad para decidir su unión con las estructuras nacionales. Esto muestra también la dificultad de conservar en esos barrios de modo perdurable, en un contexto de intervención fragmentada y discontinua del Estado, a los jóvenes cuya voluntad de compromiso podría servir de palanca para organizar políticamente las reivindicaciones de las categorías populares que en ellos residen.

RIGIDEZ DE LOS MARCOS INSTITUCIONALES CLÁSICOS Y DE LA CULTURA BUREOCRÁTICA

Los numerosos informes de evaluación de la política de la ciudad han puesto en evidencia, todos ellos, la dificultad que encuentran las instituciones públicas para establecer de manera duradera y equitativa una relación de confianza y de responsabilidad recíproca con las asociaciones u otras estructuras de barrio, más ágiles e informales. Las comparaciones europeas llegan por otra parte a los mismos resultados en lo que concierne más globalmente a la rigidez de la regulación pública en Francia, que se traduce en una incapacidad de integrar de forma total a las estructuras intermedias en la acción pública¹². Esto se ve con particular claridad cuando se trata de territorios y poblaciones consideradas “en dificultades”. Lo que se establece entonces es más bien una relación de tutela, donde la “misión” y los objetivos están determinados por la esfera institucional, siendo lo más frecuente que la asociación o pequeña estructura de barrio no sea solicitada sino como estructura de apoyo de un dispositivo que en lo esencial le es ajeno. La lógica burocrática se impone así a formas de organización que muy a menudo deben su eficacia y legitimidad precisamente a su flexibilidad, su proximidad y su capacidad de responder rápidamente a demandas precisas. De ese modo, se asiste muchas veces a diálogos de sordos entre los representantes de ciertas instituciones y jóvenes de barrio que no entienden en absoluto por qué tienen que plegarse a una forma de control burocrático. Por una parte, las municipalidades tratan de dominar las acciones de las asociaciones en esos barrios (y a menudo acaban por vaciarlas de sus fuerzas vivas), y por otra parte, aquéllas que reivindican su autonomía y su responsabilidad se ven penalizadas en la obtención de recursos y sobreviven penosamente. Las instituciones se endurecen más en la medida en que se mueven en contextos que dominan mal y que a veces temen. Se asiste entonces a un repliegue de la institución sobre su propia lógica, “su misión”, donde las reglas son utilizadas como otros tantos medios de protegerse de los “otros”, que sin embargo se supone son los “beneficiarios”.

Los jóvenes de los barrios HLM están en el centro de esta tensión. Confrontados al discurso recurrente de su incapacidad de organizarse para desarrollar proyectos en sus barrios, tienen poca o ninguna formación en el funcionamiento burocrático de las instituciones públicas, en primer lugar las municipalidades, a menudo incapaces de enca-

rar otro modo de funcionamiento. Esto es tanto más problemático cuanto que hoy esos jóvenes, contrariamente a sus mayores, no se han familiarizado con el juego institucional y la cultura del "expediente". Una gran parte de la dificultad en movilizar y hacer participar a los jóvenes de esos barrios se basa en esa relación difícil, a veces muy tensa con las instituciones encargadas de la acción pública. En la medida en que los jóvenes tienen la impresión de que las instituciones no toman realmente en cuenta sus expectativas y sus objetivos, o peor, que los desvían o deforman, su relación con ellas toma cada vez más la forma de un rechazo, o incluso de una utilización instrumental con provecho inmediato. Esto desemboca a veces en una especie de "desafiliación institucional" que favorece modos de acción y de organización informales, autónomos. Este proceso es tanto más violento y desordenado en cuanto se trata de jóvenes cuya desocialización institucional se acentúa por sus conductas que se limitan a buscar la manera de salir del paso, cuando no simplemente a sobrevivir, regidas por principios alejados de los que se mantienen en la acción pública, y organizadas esencialmente a la escala del barrio o de la ciudad. De hecho, las respuestas dadas por los jóvenes, pero también cada vez más por las otras categorías, a la degradación de su medio ambiente son con frecuencia respuestas individuales, de repliegue o encierro en esferas cada vez más estrechas.

Las explicaciones más frecuentes respecto de la ausencia de conciencia colectiva de la dominación en los jóvenes de los barrios en dificultades y su incapacidad para expresarla políticamente han insistido sobre todo, por un lado, en un contexto de precarización y desempleo de los jóvenes, sobre la atomización e individualización cada vez mayor de las experiencias, y por otro lado, sobre la descomposición de las formas tradicionales de socialización política y militante que estaban arraigadas en las clases populares.

A ello hay que agregar la heterogeneidad de la juventud de esos barrios en relación con la escuela y las perspectivas de integración en la sociedad. Una parte de esa juventud, consciente de las desigualdades sociales y de los mecanismos que participan de su postergación, se involucra en el sistema escolar y la vida asociativa y debe intervenir, en un marco menos cuestionable, en los debates sobre las formas de participación de los jóvenes en la vida de la ciudad en esos barrios.

Antes que lamentarse por la ausencia de civismo o de sentimiento de ciudadanía en esos jóvenes, habría que preguntarse también en qué medida el modo de funcionamiento de nuestras instituciones no es en parte responsable de semejante bloqueo, si no es contraproducente para una participación más amplia de los jóvenes de las ciudades HLM. Sin duda sucede también que en el fondo hay dos concepciones de la democracia que están en juego. Por un lado, una concepción burocrática, tecnocrática y jerarquizada, orquestada desde arriba por una parte de la "nobleza de Estado", extraña socialmente (y geográficamente) a esas realidades sociales, y relevada de buen o mal grado por administraciones locales que vacilan en responsabilizar e involucrar en formas menos institucionales a sectores enteros de la sociedad civil. Por el otro lado, una concepción no revolucionaria sino más igualitaria, más ambiciosa incluso, que tiende a responsabilizar más directamente a los ciudadanos, y a romper, cuando sea necesaria,

rio, con la lógica burocrática vertical del sistema institucional francés. La cuestión es, entonces, además, la de la obsolescencia de una “cultura democrática tradicional” cada vez más sospechosa para los jóvenes en dificultades.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachmann C. “Jeunes et banlieues”, in Ferréol Gilles (dir.). *Intégration et exclusion dans la société française contemporaine*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1992.
- Begag B. et Delorme C., *Quartiers sensibles*, Paris, Le Seuil, 1994.
- Bourdieu P. (dir.), *La misère du monde*, Paris, Le Seuil, 1994.
- Dubet F., *La galère: les jeunes en survie*, Paris, Fayard, 1987.
- Dubet F., “Les figures de la ville et de la banlieue”, *Sociologie du travail*, nº 2, 1995.
- Dubet F., «Comment nommer les “classes populaires”?», in Coll., *En marge la ville au cœur de la société: ces quartiers dont on parle*, Paris, Ed. de l'aube, 1997.
- Dubet F. et Martucelli D. Dans quelle société vivons-nous? Paris, Le Seuil, 1997.
- Jazouli A., *Une saison en banlieue*, Paris, Plon, 1995.
- Kokoreff M., La dimension spatiale des modes de vie des jeunes: le cas d'une cité de la banlieue parisienne, *Sociétés contemporaines*, nº 17, 1994, pp. 29-49.
- Oberti, M. “Localités, vie associative et développement social”, Rapport de recherche CEE et AEMVS. 1993.
- Le Galès P., Oberti M. et Rampal J. C. “Le vote Front national à Mantes la Jolie”, *Hérodote*, nº 69/70, 1993.
- Lepoutre D., *Cœur de banlieue. Codes, rites et langages*. Paris, Odile Jacob, 1997.

¹ Laurent Mucchielli, “Le rap, tentative d’expression politique et de mobilisation des jeunes des quartiers relégués”, *Mouvements*, nº 3, abril-mayo 1999.

² F. Dubet, *La galère: les jeunes en survie*, Paris, Fayard, 1987.

³ Cf. F. Dubet, “las figuras de la ciudad y el suburbio”, *Sociologie du travail*, nº 2, 1995; F. Dubet, “Cómo nombrar a las clases populares”, en la colección *En Marge de la ville, au cœur des sociétés: Ces quartiers dont on parle*, Paris, Editions de l'aube, 1997; F. Dubet et D. Martucelli

⁴ Es emblemático de este tipo de enfoque el título de un artículo de A. Villechaise, “El suburbio sin cualidades. Ausencia de identidad colectiva en los grandes conjuntos”. *Revue Française de Sociologie*. XXXVIII, 1997, p.351-374.

⁵ La situación francesa es particularmente ambigua en este punto. La mayoría de los autores coinciden en reconocer que los suburbios franceses no son comparables a los guetos negros norteamericanos, pero al mismo tiempo, a través de referencias teóricas y empíricas (la violencia llamada “urbana” por ejemplo), algunos autores continúan trazando un paralelo con la situación norteamericana y la degradación profunda de las condiciones de vida en esos barrios. Las solicitudes mediáticas y políticas no son por cierto totalmente indiferentes a este proceso (ver sobre este último punto el artículo de Loïc Vacquant “L’idéologie de l’insécurité”, *Le Monde diplomatique*, abril 1999).

⁶ Existen ya diversas tipologías, relativamente próximas unas a otras, Begag (1994) distingue por ejemplo los “rouilleurs” [“oxidados”] (los verdaderos “galériens”), los “precarios” (próximos a la delincuencia iniciática provisoria), y los “integrados”. Kokoreff (1994) habla de tres subgrupos diferenciados también según se trate de adolescentes o de adultos jóvenes: los “escolares”, los “excluidos” (fuera del sistema escolar y del mercado laboral), y los “precarios” (empleo por tiempo determinado, intermitente, período de inactividad y pasantía). Jazouli (1995) trabaja también con diferenciaciones equivalentes.

⁷ Encuestas de Michel Kokoroff sobre la implantación de una economía “para salir del paso” en los barrios en dificultades, muestra a las claras que diversas prácticas desviatorias pueden comprenderse como estrategias de adaptación a situaciones de marginalidad económica para jóvenes que han interiorizado esos modelos.

⁸ El reciente movimiento de estudiantes del liceo ha revelado en otra forma esa división que parece ser, en algunos aspectos, más estructurante que la que generalmente se presenta entre los jóvenes de los suburbios y los otros jóvenes. En efecto, no solamente algunos líderes habían salido de liceos situados en los barrios poco favorecidos de los suburbios sino también, entre los que causaron destrozos había estudiantes de liceo y no solamente jóvenes “galériens” que no frecuentan el liceo. Este movimiento muestra precisamente que una franja “militante” de la juventud, al menos en la esfera de la escuela, se halla también en los barrios llamados en dificultades. Las niñas estaban particularmente representadas entre los “animadores” de ese movimiento.

⁹ Para retomar las distinciones pertinentes del juez de menores Denis Salas, *Le Monde*, 9 de junio 1998.

¹⁰ Lepoutre se interesa en los preadolescentes de entre 10 y 16 años de edad (la edad del colegio) que son según él los más directamente afectados por “la cultura de la calle”. Se puede pensar sin embargo que su objetivo mismo, que era precisamente comprender esta cultura en sus particularidades, lo haya conducido a privilegiar a los representantes más típicos (por no decir estereotipos) de esta cultura.

¹¹ La cuestión de la participación social de las jóvenes en esos barrios merecería un desarrollo aparte, por lo central y multidimensional que es la cuestión. Sólo indicamos aquí elementos que nos parecen ir en el sentido de nuestro argumento, a saber la presencia de una conciencia social, de una percepción lúcida del juego social.

¹² Un análisis comparativo de los dispositivos de apoyo a los ingresos de las poblaciones necesitadas en seis países europeos muestra que Francia forma parte de los países más regulados por la esfera pública con escasa solicitud de estructuras intermedias. C. Saraceno (dir.) *Evaluation of Social Policies at the Local Urban Level: Income support for the Able Bodied*, Informe para la Comunidad Europea, junio 1998.

Violencia urbana, reacciones colectivas y representaciones de clase en los jóvenes de los barrios relegados de la Francia de los años 1990

Laurent MUCCHIELLI ¹

VIOLENCIA Y MODERNIDAD: FALSO DEBATE SOBRE CIVILIZACIÓN, VERDADERO CONTENIDO SOCIPOLÍTICO

¿Cuál es el sentido de la violencia urbana? Entre el flujo ininterrumpido de discursos mediáticos, políticos y sociológicos (no necesariamente impermeables unos a otros), se pueden rescatar al menos cuatro grandes tipos de conceptualización que proponen generalidades estereotipadas de las que, a nuestro entender, hay que desconfiar.

El retorno de las clases peligrosas

Este primer tipo, tan viejo como la sociedad industrial, está constituido por los prejuicios burgueses tradicionales en contra de los jóvenes de los medios populares. Se incrimina así la falta de educación o la mala educación dada por los padres, la ociosidad y la vagancia noctámbula, la ausencia de normas que tiene como efecto el *no respeto* de la ley, de la autoridad, de la moral y de la urbanidad, el consumo de cannabis (antes era el alcohol). Hace treinta años, J. C. Chamboredon y M. Lemaire (1970, 23-24) observaban ya que “Es en los conflictos que nacen a propósito de los jóvenes donde resaltan los agravios lanzados contra las costumbres populares [...] Es en la aptitud para transmitir la cultura donde se ve el signo más indiscutible de cultura, y es una acusación de barbarie denunciar la incapacidad de dar una educación correcta”.

Es evidente que este tipo de discurso alimenta los discursos políticos referentes a la seguridad en todos los niveles (particularmente en el plano local), y es recogido ampliamente por los medios, pero felizmente lo más frecuente es que tropiece con la desconfianza de los sociólogos. En efecto, si el tema de las “carencias educativas” (como el de la “disociación familiar”) ha gozado durante mucho tiempo los favores de cierta medicina social, ningún estudio empírico de envergadura reciente permite establecer que una “mala educación” de las familias sea una causa principal de la delincuencia de los hijos. Sería prudente, entonces, abstenerse provisoriamente acerca de esta cuestión.

El retorno de la barbarie, la crisis de civilización

En su versión política, este segundo tipo puede parecer reservado a ciertos avatares de las ideologías de la decadencia y de la perversión de los valores, caros a los discursos de extrema derecha. Sin embargo, existe también una versión psicosociológica (que no mantiene ninguna relación con la primera). En efecto, proclamándose seguidores de Norbert Elias, ciertos sociólogos han hablado de una detención y hasta de una “inversión de tendencia” en el proceso de civilización de las costumbres (centrado en el autocontrol de las pulsiones) descripto por el sociólogo alemán en los años treinta y redescubierto en Francia hace unos quince años (Lagrange, 1995, 1124; Roché, 1996, 76) ². La observación de un retorno de la violencia interpersonal, simbolizada por la vuelta de la curva de los homicidios en las estadísticas policiales, constituye la principal prueba empírica de esa afirmación. No obstante, si la observación es incontestable, la interpretación no lo es. En efecto, ésta se basa en una aceptación sin crítica de un modelo (de Elias como de Freud) que hunde sus raíces en muy antiguos estereotipos de la civilización cristiana: la oposición de la civilización a la barbarie, de la moral al cuerpo, de la cultura a la naturaleza, del ángel a la bestia. El problema con esta explicación es que no es una explicación (en todo caso una explicación científica). En un buen método sociológico, hay que considerar primero que si los comportamientos cambian es que las normas que los rigen cambian, luego que si esas normas cambian es que las relaciones sociales que las sostienen cambian. Entonces, son esos cambios de normas y de relaciones sociales lo que hay que explicar.

El conflicto de cultura

De nuevo, este tipo de explicación funciona sobre registros muy diferentes. En una versión política, las diferencias culturales (por no decir étnicas) explican fácilmente las diferencias de normas (por no decir de valores). Preocupan especialmente la “escalada del Islam” y la “crisis de valores republicanos”. Pero en una versión sociológica, es igualmente frecuente hablar de “multiculturalismo”, o de “sociedad pluricultural” como una característica principal de la “modernidad” (o de la “posmodernidad”, término a su vez oscuro y ambiguo pero tanto más de moda). Aquí el problema está en que la situación francesa se caracteriza al contrario por su gran homogeneidad cultural; los jóvenes franceses nacidos de la inmigración no están de ninguna manera encerrados en las normas culturales de sus padres ³. Así, la inmensa mayoría de los jóvenes que se convierten al Islam practican en realidad una religión en gran parte laicizada, y que se propone ante todo reconstruir una identidad colectiva en la situación de crisis socioeconómica (Cesari, 1997; Khosrokhavar, 1997) ⁴. El problema que se plantea hoy es en realidad el desajuste entre la integración cultural de las minorías de origen extranjero y su no integración social. Una vez más, la cuestión se formula ante todo en términos de relaciones sociales.

La lucha de clases

De modo que si todos los caminos llevan a las relaciones sociales y a los efectos normativos y de identidad que ellas determinan, ¿se trata de reanimar el modelo marxista de la lucha de clases? No es éste nuestro propósito. La explicación de la violencia urbana no se remite simplemente a la rebelión de los oprimidos contra los opresores. Por una parte, la sociedad francesa contemporánea no es divisible en dos clases. Por otra parte, el análisis de la violencia urbana se plantea ante todo en términos de identidad y no simplemente económicos. Queda en pie el hecho de que, desde el punto de vista sociológico, el análisis marxista tiene el mérito indiscutible de atraer la atención hacia las relaciones sociales en que se apoyan las normas y los comportamientos. Ese análisis incita a buscar por un camino que nos parece ya más cercano a la realidad. Comencemos entonces por definir los conceptos de “representación” y de “clase” que utilizaremos aquí.

Las representaciones de clase: un género de representaciones sociales

El punto de vista sociológico consiste en considerar una representación de clase como un género particular de *representación social*, término este último que forma parte del vocabulario común de las ciencias humanas. Lo definimos de manera general como un conjunto de datos cognitivos que permiten a los individuos que lo adoptan concebir interpretaciones, juicios de valor y normas de conducta, a partir de acontecimientos de su vida cotidiana. Tales representaciones existen sobre diversos planos de generalidad. Algunos de ellos son comunes al conjunto de una sociedad moderna, pero también los hay específicos a algunos de sus grupos sociales. El caso de ciertas profesiones (ciertos cuerpos militares por ejemplo) o de ciertos grupos marginales (los gitanos por ejemplo) viene espontáneamente a la idea porque se concibe fácilmente que la singularidad de sus condiciones de vida cotidiana determina actitudes específicas. Sin embargo, no basta vivir de manera diferente de los otros para formarse representaciones sociales específicas, hace falta además que esta diferencia sea, por una parte, concebida como *esencial en la identidad* del individuo, por otra parte *compartida en el seno de un grupo de pares*. Para decirlo rápidamente, el individuo verdaderamente desocializado (por ejemplo los casos, raros, del vagabundo y el toxicómano solitarios que han roto con toda asistencia y con toda sociabilidad) no tiene representación social, no tiene más que una representación de sí mismo frente al resto del mundo percibido globalmente como hostil o extraño. A la inversa, una representación social es, así, un elemento de socialización.

¿ES POSIBLE LA CONSTITUCIÓN DE UNA REPRESENTACIÓN DE CLASE EN LA SOCIEDAD FRANCESA DE LOS AÑOS 1990?

Falta definir el concepto de clase social, hoy abandonado en gran medida en el pensamiento sociológico francés, y, cuando se lo emplea, pocas veces claramente de-

finido (Lemel, Oberti, Reiller, Traoré, 1996). Además, no suele haber distinción entre su uso sociológico y su uso político (por él o los marxismos). Una vez más, es en el marco del primer uso donde situaremos nuestra discusión. Lo que no significa simplificar esta última; muy por lo contrario, numerosos sociólogos piensan que se ha vuelto imposible hablar de clases y de representación de clases.

¿El obstáculo de los sondeos de opinión?

Aquí la observación básica es la declinación que desde hace unos veinte años ha experimentado el sentimiento de pertenencia a una clase, caracterizada sobre todo por el aumento (de 21 a 38% entre 1966 y 1994) de las respuestas por las cuales los individuos se clasifican en una categoría neutra "clases medias" (Michelat, Simon, 1996). ¿Debemos concluir de ello con Forsé (1998, 93) que esta evolución, que estaría acompañada de "una sensación difusa de los límites, y de menor visibilidad de la sociedad", entraña el fin de toda conciencia de clase, y aún, de manera más general, de todo proceso de identificación en términos macrosociales? Hay serias dudas al respecto. Ante todo, en 1994, aunque el porcentaje haya declinado notablemente, subsiste todavía un 22% de los individuos que declara tener el sentimiento de pertenecer a la clase obrera. Luego, y lo que es más fundamental, el argumento de la diversificación y de la localización de las pertenencias y las identidades no constituye necesariamente una prueba. ¿Por qué lo local y lo global se excluirían mutuamente? Nos parece que esto significa, por una parte, suponer una relación de vasos comunicantes totalmente teórica, y por otra parte, reconstruir a posteriori una conciencia de clase ideal y exclusiva que sin duda no ha existido jamás (¿qué son las identidades locales de los años 1990 en relación, por ejemplo, con las identidades regionales del pasado?). En conclusión, en el comentario de datos obtenidos en sondeos, nos parece que siempre hay que interrogarse si la pregunta formulada tiene el mismo sentido para todos los individuos indagados. En tal caso, dos problemas se plantean, uno de generación, el otro de posición social.

- Los jóvenes que tienen 20 años a mediados de los años 1990 no han sido socializados políticamente como los que tenían 20 años en 1968. En particular, la noción de clase social no puede tener la misma significación para ellos. Que esta noción tenga o no sentido desde un punto de vista de estratificación social, el hecho es que lo ha perdido en gran parte en los discursos que estos jóvenes oyen desde que tienen suficiente madurez para entenderlos. De ahí que esta pregunta no es sin duda la más pertinente que se les pueda formular para saber si se identifican con grupos sociales. Y este problema está lejos de ser indiferente, porque precisamente en los más jóvenes es donde más débil es el sentimiento de pertenencia a una clase social (ibid. 90).

- En esos sondeos, el sentimiento de pertenencia a una clase social está asimismo fuertemente correlacionado con la situación respecto del empleo. La principal línea de separación opone no los diferentes tipos de actividades entre sí, sino ante todo el hecho de estar activo o inactivo. En resumen: cuando más se siente pertenecer a una clase social es cuando se trabaja. Por consiguiente, aquí también, esa pregunta no es la más pertinente que se pueda hacer a los desempleados para saber con qué grupos se

identifican.

Acumulemos las dos características (jóvenes y desempleados) y convengamos en que los datos cuantitativos provenientes de sondeos de opinión son demasiado inciertos para constituir un obstáculo redhibitorio en la discusión que nos ocupa, sobre todo si se adopta una definición de las representaciones de clase más adaptada a las sociedades modernas contemporáneas.

Detrás de la clase: una representación de su destino social

Por falta de espacio, nos limitaremos aquí a establecer muy rápidamente lo que entendemos por representación de clase.

Heredero, al menos en parte, de una tradición de economía política, Marx ha colocado a la noción de clase en el centro del análisis del trabajo y de la propiedad. Esto parece crucial para el análisis de las relaciones sociales de la sociedad capitalista de mediados del siglo XIX, pero mucho menos para las de la sociedad contemporánea de Estado-providencia. Más adaptados a esta sociedad son los análisis de Weber (*Économie et société*, 1921) que abren el camino al análisis de la movilidad social y colocan en el centro de la discusión la noción de *Lebenschance*, literalmente “oportunidades de vida”, que se puede traducir siguiendo a Louis Chauvel (1998, 13) como “potencialidades de evolución en la vida social”. Como quiera que sea la continuidad del debate en el marco del análisis de la estratificación social, esa noción de *Lebenschance* nos interesa directamente. En efecto, en el seno de la sociedad francesa actual, fundada sobre el ideal republicano de la igualdad de oportunidades (es decir, de la movilidad social absoluta), la *evaluación subjetiva por los individuos de sus potencialidades de evolución en la vida social* es una cuestión crucial. Dado que ya no estamos en una sociedad de clases en el sentido de Marx, el hecho de que los individuos se definan cada vez menos por esta pertenencia, no solamente no es sorprendente, sino que tampoco es pertinente. Lo que importa conocer, es la manera en que se representan y en que anticipan su *destino social*, entendido no solamente como un éxito económico y un acceso al consumo, sino de modo más general como una condición de vida social ordenada por un estatuto que determine los roles, los derechos, el poder (o al contrario la dominación), las competencias, los valores, cosas todas que confieren *identidad* al individuo.

En esta perspectiva⁵, se puede continuar hablando de situación de clase si se adopta esta definición *a mínima*: conjunto de individuos que se encuentran en una situación estatutaria similar. Luego, se hablará de representación de clase en esos individuos si se puede mostrar no solamente que tienen conciencia de este estatus, sino además que lo perciben al menos parcialmente como colectivamente determinado y que esta conciencia compartida de un destino colectivo los dispone a compartir –siempre según nuestra definición– un conjunto de datos cognitivos que permitan concebir interpretaciones, juicios de valor y normas de conducta a partir de los acontecimientos de su vida cotidiana.

Antes de tratar de aplicar este modelo a la juventud de los barrios postergados de la Francia de los años 1990, tenemos todavía que situarnos con relación a un importante

análisis realizado sobre el mismo tema en un período anterior.

La “galera”: ¿un obstáculo para la toma de conciencia colectiva?

La lenta declinación del mundo obrero –declinación cuantitativa (número de obreros) pero sobre todo cualitativa (la vida obrera, sus rituales, su solidaridad, sus luchas, etc.)–, el continuo crecimiento de una cultura de masas homogeneizante, la llegada al poder regular de gobiernos de izquierda desde 1981: ¿implican todos estos fenómenos la desaparición de la conciencia de clase obrera? Es un problema que encaró directamente François Dubet, hace unos doce años, en un libro importante (*La galère. Jeunes en survie*). Según él, la “galera” es “la forma de la marginalidad de los jóvenes ligada al fin del mundo industrial que no puede crear sistemas de identificación estables ni asegurar la integración de los recién llegados” (Dubet, 1987, 23). Su ambición es, pues, en relación con la sociedad, mostrar que la experiencia de la “galera” “procede de la descomposición de un tipo de acción social, la de la sociedad industrial” (ibid. 171).

Como descripción de la vida cotidiana de los barrios populares de los suburbios de las grandes aglomeraciones, su análisis nos parece criticable. En efecto, deja de lado (lógicamente) lo que no le interesa: las formas de organización infrainstitucionales de la vida comunitaria, las formas de intercambio, de conflictos, el rol de la lógica del honor y de la reputación⁶. Como bien dicen Bachmann y Le Guennec (1997, 9): “por tener la naturaleza social horror al vacío, con el tiempo se ha ido instalando lentamente una lógica de adaptación [en esos barrios]. En ellos la penuria es mucho más que una carencia: se convierte en un modo de vida”⁷. En estas condiciones, el libro de Dubet conserva todo su valor cuando nos situamos en el mismo plano de análisis: el estudio de las representaciones de clase y de las capacidades de movilización colectiva de esta juventud relegada. En esta óptica, Dubet observa que si “el rechazo y la rebelión están en todas partes”, “la rebelión aflora sin definir realmente a los jóvenes” (ibid. 14-15). En efecto, “propriamente hablando, la dominación sufrida no tiene sentido. En el hueco y el vacío dejados por la destrucción de las antiguas formas de conciencia de clase y por la ausencia de nuevos movimientos, los actores no definen ningún adversario social ni ningún contexto de conflicto que pudiera oponerlos a formas de dominación”. En el fondo, la “galera” se define así como “la expresión, en los jóvenes provenientes de las clases populares, de la descomposición del sistema de acción de la sociedad industrial, de la ruptura de un modo de integración popular tradicional, del agotamiento de un actor histórico, el movimiento obrero, y, en fin, del bloqueo y de la transformación de ciertas formas de participación o de movilidad” (ibid. 167).

La aparición aparentemente sin mañana del “movimiento beur”

Sin embargo, en diferentes oportunidades Dubet matiza esta observación y habla de un “movimiento social latente”. No descarta la posibilidad de “revertir [la descomposición de la “galera”] en acción organizada”, “de manera a menudo brutal y efíme-

ra" como en los casos de violencia urbana (*ibid.*, 25). Por otra parte, observa – lo mismo que sus cómplices Adil Jazouli (1986, 1992) y Didier Lapeyronnie (1987) – que los jóvenes de origen inmigrado, y muy especialmente los de origen magrebí, manifiestan capacidades de movilización colectiva más fuertes. En efecto, aunque más frecuentemente en situación de "galera", la mayor estigmatización de que son objeto a causa del racismo fortalece aún más su identificación positiva con el barrio y con el grupo de pares (*ibid.*, 327-329). Son ellos los que más exhiben la cultura de las ciudades, las vestimentas de moda, el baile, todos esos rasgos culturales tomados de los negros norteamericanos o a veces de la cultura política árabe (el *keffieh*). Finalmente, los años durante los cuales se desarrollan las observaciones de Dubet y su equipo son los que consagran la aparición del "movimiento beur" simbolizado por la organización de la "marcha por la igualdad y contra el racismo" de octubre-diciembre 1983. Lamentablemente, esta acción colectiva quedará como excepcional, en los dos sentidos del adjetivo: excepcional por su amplitud y su éxito inmediato, excepcional por efímera, no llegando a institucionalizarse por hacer aparecer estrategias y deseos desgarrados entre "la integración democrática" y "la afirmación de identidad" (*ibid.* 349-366; Lapeyronnie, 1987, 307-309; Jazouli, 1992, 68-81). De hecho, una parte de los partidarios de la primera estrategia serán absorbidos por los movimientos nacionales (en particular SOS Racismo) organizados con el apoyo (cuando no la iniciativa) del partido socialista en el poder, mientras que la otra regresará a la "galera" cotidiana de la vida de las ciudades.

A continuación de los trabajos de Alain Touraine (1966), Dubet (1987, 208-209) proponía esta definición: "La conciencia de clase obrera no es reducible al sentimiento de una diferencia, de una dominación o una exclusión; ella se construye a partir de las relaciones conflictivas que oponen, en el trabajo, a los que organizan el trabajo y a quienes se perciben como productores directos desposeídos del control de la producción". Y precisaba: "Lo que habitualmente se llama conciencia de clase es el conjunto de las actitudes, opiniones y acciones que surgen cuando la experiencia es interpretada desde ese punto de vista". Desaparecida la relación de trabajo, ¿cómo pueden los jóvenes de los barrios postergados construir una conciencia de clase? Ahí hay un callejón sin salida, según Dubet. En cuanto al movimiento social, los acontecimientos descriptos más arriba no han sido más que un embrión sin mañana. El sociólogo estima así que "ningún movimiento social puede formarse completamente 'desde abajo' sin la influencia de intelectuales críticos, sin el trabajo ideológico que consiste en construir un actor unificando las diversas significaciones. Los actores de la "galera" son demasiado débiles, demasiado marginados y dependientes para ser considerados como los sujetos de un nuevo movimiento social. Como llegan en el momento en que lo que se ha llamado los nuevos movimientos sociales están agotados, no pueden interpretar su acción, hoy, en el marco más general de una acción colectiva organizada" (*ibid.* 320).

Hip hop y violencia urbana: ¿de nuevo en los años 1990?

Los años 1990 ¿han estado marcados por fenómenos sociales que planteen nuevamente este análisis? La respuesta debe ser matizada. Nuevas formas de acciones co-

lectivas protestarias han aparecido (a través del hip hop) o se han generalizado (la violencia urbana), dando claro testimonio de la constitución de representaciones de clase. Sin embargo, esas acciones no desembocan en un nuevo movimiento social.

El desarrollo de la cultura hip hop y la explosión del rap

Cuando Dubet recorre ciudades de los suburbios parisienses a comienzos de los años 1980, observa ciertas prácticas de bailes y ciertos rasgos de la vestimenta importados de los Estados Unidos, nota bien la importancia de la música (“rock” y “reggae”) en la que ve “un testimonio, una toma de distancia de la “galera” por ella misma, que no está políticamente construida, pero que no puede tampoco ser reducida a un mecanismo habitual de la “sociedad de consumo” o del “mercado juvenil” (Dubet, 1987, 16). Entrevé así “islotes de resistencia” caracterizados por “un contenido cultural común”: “actividades expresivas, centradas en la comunicación y en el cuerpo, el baile, la música, la moto, la escritura misma” (*ibid.* 307). Pero no se interesa directamente en ello, y de hecho, no observa más que los balbuceos de un estilo de expresión que todavía se está buscando y que aparece entonces como un conjunto de actividades surgidas de la expresión personal más que de una forma de acción contestataria ⁸. Predomina el baile (*break* o *smurf*), difundido especialmente por una emisión de la cadena de televisión TFI ⁹. El rap es todavía esencialmente un apoyo musical para el baile, es un tempo más que una toma de palabra. Finalmente, la ideología predominante de este primer movimiento importado de los Estados Unidos es más bien la no violencia, la dignidad, el dominio de si mismo, a imagen del líder negro norteamericano Afrika Bambaataa (Dufresne, 1991, 21 sq.).

Este movimiento decae sin embargo rápidamente en la segunda parte de los años 80. Los medios, que tanto habían contribuido al surgimiento de esta nueva cultura juvenil parecen perder interés. Símbolo de este cambio, TFI suspende en 1985 su famosa emisión. El *break* retorna a los bodegones y a las playas de estacionamiento que nunca había abandonado. Entonces aparece un nuevo fenómeno. A partir de alrededor de 1986, los tags se expanden cada vez más, sobre los muros de las ciudades, a lo largo de las vías del ferrocarril, sobre las cortinas bajas de los comercios. Los investigadores que se interesan en ellos distinguen al menos cuatro características en esta práctica: «el deseo de visibilidad [“de reconocimiento público”], el desafío [“con respecto a la ley y a la sociedad”], la cólera [que “traduce el sentimiento de estar dominado”] y la actuación [“el aspecto lúdico”]» (Kokoreff, 1991, 27-29). Una nueva fase de desarrollo de esta cultura de ciudades se prepara.

El cambio de los años 80-90 consagra en efecto la afirmación del *rap* como principal apoyo de la expresión de los jóvenes adeptos del hip hop. Es el momento en que los grupos que van a dominar los años 90 se forman como tales. El rap se impone entonces rápidamente no sólo como práctica reconocida, sino también como forma de expresión colectiva ejemplar. El éxito inesperado que conocen grupos como NTM y IAM, que se proclaman sin embargo de la tendencia *hardcore* del rap (por oposición a un estilo más personal y atrayente que se supone representado por MC Solaar) los propulsan rápidamente al rango de representantes y *líderes* de la juventud marginal y

víctima del racismo de la sociedad francesa. La dimensión contestataria del orden social se vuelve así primordial.

El análisis del contenido de los textos de los grupos que se proclaman del mismo movimiento pone en evidencia una visión del mundo bastante clara (Boucher, 1999; Mucchielli, 1999a). Para resumir muy rápidamente las cosas, se puede decir que los raperos denuncian un sistema de dominación a la vez económico, social, espacial, cultural y político del que son las víctimas sacrificadas directamente (por el racismo) o indirectamente (por la ineficacia de los dirigentes políticos corruptos e hipócritas). La policía, que se supone puede matar con toda impunidad, y la justicia, que la protege, aparecen entonces como los garantes de este orden social y los símbolos de esta dominación. En numerosos grupos, se da así el acercamiento a una visión del mundo organizada por la representación central de una verdadera situación de gueto y por una elaboración de una teoría del complot que encierra a los jóvenes en un rol ontológico de víctimas menospreciadas por el resto de la sociedad¹⁰.

Este discurso, que conlleva naturalmente numerosos matices según los grupos, se funda sobre un conjunto de representaciones donde se mezclan inextricablemente por una parte experiencias vividas (por sí, por miembros de su familia, compañeros, gente de su barrio) o relatadas, por otra parte cierto número de normas, de argumentos contestarios estereotipados, cuya transgresión pudiera atraer la desaprobación del entorno¹¹. Se puede pensar que el rap ha contribuido así a homogeneizar y fortalecer la visibilidad de los sentimientos de justicia y aspiraciones de rebelión de esta juventud francesa. Al respecto, la reacción de los sindicatos de policías y de ciertos magistrados que han perseguido y sancionado a varios grupos (NTM, Ministère AMER) es significativa del rol asumido por este discurso. Se puede formular la hipótesis de que esos grupos funcionan, de aquí en más, como apoyos esenciales de la constitución de representaciones de clase y del refuerzo de las potencialidades de protesta colectiva¹².

Con todo, esas prácticas del rap no desembocan verdaderamente en una acción colectiva, por varias razones. Ante todo, con algunas excepciones, los raperos no se proponen como objetivo actuar sobre el mundo; frecuentemente se conforman con “atestiguar” una realidad y denunciar un sistema. Luego, aunque la lucha contra el racismo constituya un combate susceptible de engendrar acciones puntuales (como la registración colectiva del disco *11'30 contra el racismo*¹³) y aunque ciertos grupos que han tenido éxito organicen localmente redes de producción independientes para alentar a sus “hermanitos” a la creación, el mundo del rap no presenta verdadera unidad. En efecto, es difícil a veces conciliar las estrategias de éxito personales o microcolectivas y el ideal de solidaridad de “gran familia” del hip hop (Boucher, 1999, 245-257; cf. también Khosrokhavar, 1999, 265-270). En realidad, para los que más triunfan, alentados por las disquerías y por una importante prensa especializada, la comparación, la competencia, la rivalidad, las sospechas, los sarcasmos, son también el pan cotidiano de un mundillo que funciona en ciertos aspectos como un mini *star system*, donde posiblemente la lógica del honor y la reputación, que organiza la vida de los jóvenes de las ciudades, constituya la estructura propicia (Lepoutre, 1997; Milliot, 1997). Finalmente, mientras que a menudo están dispuestos a asumir compromisos con los medios y las disquerías, los raperos conservan una desconfianza absoluta hacia las organizaciones políticas y están (no sin razón) particularmente prontos a ver en

toda alianza, aunque sea puntual, una “recuperación” denigrante. Esto se manifiesta tanto en el plano local como nacional. Recordemos por ejemplo, que algunos días después de la condena a NTM a tres meses de prisión, el 14 de noviembre de 1996, en Toulon, los partidos de extrema izquierda y los organismos antirracistas habían organizado una manifestación de apoyo al grupo que fue un fracaso por la ausencia de jóvenes¹⁴.

DECONSTRUIR LA NOCIÓN DE “VIOLENCIA URBANA”

Entre las expresiones de moda en los discursos sobre los suburbios, difundidos por los medios pero también por ciertos “expertos” en seguridad, hay dos que se emplean sin saber bien a qué comportamientos se refieren: la “incivilidad” y la “violencia urbana”.

La primera peca ante todo por indeterminación de su contenido. ¿Dónde comienza o termina una incivilidad? ¿Es que el hecho de escupir en la calle o deambular en una motocicleta ruidosa constituyen incivilidades? Algunos entrevistados responden claramente: sí. ¿Pero es solamente el acto, o al autor del acto, lo que desaprueban? Si el joven en cuestión tiene padres blancos ¿la opinión del entrevistado será la misma que si los padres del joven son africanos? Es posible que la opinión no sea la misma, que la tolerancia a la molestia no sea la misma, que el miedo no sea el mismo, que la agresividad no sea la misma. Esto es importante, porque ciertamente el miedo y la agresividad se esconden detrás de esta noción tapa-todo de incivilidades, que, como por casualidad, sirve sobre todo para describir comportamientos de jóvenes en los suburbios más pobres, es decir, ahí donde la concentración de familias inmigradas es mayor. En definitiva, esta noción nacida del sentido común se muestra muy útil para el análisis de los sentimientos de inseguridad en y alrededor de los barrios en dificultades¹⁵. Pero ésta no podría ser ni una categoría jurídica ni una categoría de análisis sociológico.

En tanto las incivilidades designan sobre todo actos percibidos como provocadores de inseguridad pero no necesariamente delictivos con relación al derecho penal, la violencia urbana designa generalmente conductas claramente delictivas: incendios voluntarios y otros modos de destrucción de bienes privados o públicos, enfrentamientos con las fuerzas del orden, saqueo de negocios, agresiones en banda. Sin embargo, el carácter de infracciones a la ley de estos comportamientos no basta para darles una coherencia suficiente como para constituir una categoría científica. Hace falta además que los autores sean los mismos y que den a esos diferentes actos una misma significación. En ausencia de investigaciones empíricas suficientes, solamente se puede aquí formular hipótesis.

Ante todo, en un contexto en que los discursos de los medios, de la policía y a veces de sociólogos (o polítólogos) mezclan a menudo bajo el rótulo de “delincuencia en banda” comportamientos muy diferentes, hay que distinguir por lo menos (y sin pretensión de exhaustividad):

1/ los que conciernen a agresiones y predaciones entre jóvenes (por los motivos más diversos: insulto, robo, deuda, defensa de un “territorio” en el marco de un tráfico, etc.¹⁶;

2/ los que conciernen a predaciones y agresiones a menudo premeditadas, cometidas por uno o varios individuos generalmente fuera de las ciudades y dirigidos contra bienes o personas generalmente desconocidas;

3/ los que conciernen a destrucciones, predaciones y agresiones cometidas, al contrario, en las ciudades, generalmente en estado de emoción, por grupos generalmente menos estructurados que las bandas precedentes, dirigidos directa o indirectamente contra los representantes del Estado (en la inmensa mayoría de los casos la policía, muchas veces también los transportes públicos, a veces hasta los bomberos) y no disimulados sino al contrario exhibidos voluntariamente con orgullo¹⁷.

Es a la tercera categoría de actos a la que reservamos el calificativo de “violencia urbana”. Se trata de comportamientos de grupo (primer criterio), a los cuales los actores dan el sentido de manifestaciones legítimas de cólera y de venganza (segundo criterio), dirigidos contra un adversario institucional (tercer criterio), aún cuando a veces vayan acompañadas de predaciones diversas según las oportunidades que se presenten. Este tipo de situación ofrece una visibilidad muy particular de lo que se llama los “tumultos urbanos”. En la inmensa mayoría de los casos, en efecto, esos tumultos se desencadenan en un barrio a continuación de la herida grave o muerte de un joven a manos de la policía. De todos modos, nos parece que esas situaciones no constituyen más que la última de una escala de reacciones (un “repertorio de acciones colectivas” como dice Tilly [1986]) vinculada a un estado de relaciones sociales mucho más corriente y permanente en esas ciudades. Christian Bachmann y Nicole Le Guennec (1997) lo han mostrado bien en su “historia ejemplar del levantamiento de un barrio”¹⁸. Su estudio es ampliamente generalizable¹⁹.

La vida cotidiana de numerosas ciudades pone en presencia, por una parte, de numerosos jóvenes que funcionan en la vida cotidiana con normas contrarias al derecho penal (conducir automóviles o vehículos motorizados sin permiso, detentar bienes robados diversos (ropa, equipos audiovisuales, bicicletas, etc.) –asimilable en derecho al encubrimiento, consumo de drogas, organización espontánea de juegos y concursos colectivos que implican numerosas transgresiones – por ejemplo “rodeos” de automóviles); por otra parte, de policías que están encargados por su jerarquía de hacer cesar las conductas delictivas. El conflicto es, pues, estructural, contenido en los datos mismos de la situación. Las cosas se complican más todavía cuando se agrega, en primer lugar, que los jóvenes comparten más o menos fuertemente las representaciones sociales descriptas más arriba (por lo que la policía es a sus ojos el símbolo de la dominación y la injusticia de que son ellos víctimas estructurales); en segundo lugar, que los jóvenes que tratan fundamentalmente de hacerse oír encuentran así en la relación de fuerza con la policía un medio de expresión que se dirige, más allá de ésta, a los hombres políticos y a la sociedad entera (lo que explica la complacencia con que se dejan filmar por los medios durante los tumultos, cuando no van a buscarlos); en tercer lugar, que los policías presentes en esos barrios están entre los menos considerados dentro de su profesión y que desarrollan rápidamente durante su socialización profesional prejuicios raciales (Lévy, Zauberman, 1999); en cuarto lugar, que los actores en presencia a menudo se conocen personalmente. El conflicto adquiere entonces una dimensión psicológica muy importante.

La situación pone así en presencia de actores que no solamente se oponen radicalmente unos a otros en sus intereses prácticos, sino que además están fuertemente inclinados a alimentar una agresividad mutua por razones exteriores al conflicto de intereses prácticos, todo dentro de un universo de conocimiento recíproco. El resultado es una situación permanente de tensión, de relación de fuerza, que puede muy rápidamente llevar a los policías a entrar en el círculo vicioso de los desafíos y provocaciones recíprocas: los insultos y pedradas de un día responden a las interpellaciones a golpes en un estacionamiento o a la salida de un boliche nocturno de la víspera, y son seguidas al día siguiente por controles de identidad, registro corporal e insultos raciales humillantes, a los que los jóvenes responderán al otro día, etc. Se establece así un conflicto permanente, que al menor exceso en la represión policial puede llevar al tumulto.

¿Acciones colectivas o reacciones defensivas?

Desde los acontecimientos ocurridos en Vaulx-en-Velin en suburbios lioneses en 1990, a los de Mirail en Toulouse a fines de 1998, los años 1990 han visto así multiplicarse esta clase de situaciones al punto de tomar una amplitud sin duda inédita en la escala del último medio siglo. Y nos parece que esta situación tumultuosa larvada se asemeja no ciertamente a una verdadera acción colectiva organizada, sino más bien a una forma de *reacción colectiva defensiva* permanente llevada contra los representantes del orden social, en el marco de las representaciones de clase descriptas precedentemente. Los tumultos urbanos constituirían entonces el punto de apogeo de estas representaciones sociales, un tiempo en cuyo curso ellas adquirirían una fuerza emocional y una legitimidad tales que se impondrían más allá de los actores permanentes del conflicto ordinario, extendiéndose más ampliamente en la juventud de los barrios implicados²⁰.

Por lo tanto, ¿se puede hablar de movimiento social, o aún simplemente de acción colectiva? Es poco probable. Una reacción colectiva defensiva no desemboca en una verdadera acción colectiva a menos que se organice en forma duradera. Por cierto, los jóvenes pueden a veces utilizar la violencia como medio de presión sobre autoridades locales a fin de obtener tal o cual cosa (Duprez et al., 1996, 227-230). Asimismo, los momentos de “condensación política” que constituyen los tumultos desembocan a veces en otros modos de acción más pacíficos y tradicionales (Labat, Rebughini, 1999, 214-215). Por fin, las canciones de rap, lo mismo que ciertas iniciativas recientes – como el manifiesto “Stop la violence” lanzado en marzo de 1999 por un grupo de jóvenes agrupados por periodistas de la revista *Nova* –, prueban que los jóvenes de los barrios relegados tienen conciencia del círculo vicioso en que están encerrados y en el que participa su violencia. Sin embargo, a pesar de su inmenso éxito, el rap no ha desembocado en una acción colectiva (Mucchielli, 1999b) y, a pesar de sus fuertes apoyos mediáticos, es muy poco probable que el manifiesto referido pueda desenvolverse y perdurar por sí mismo y en su forma actual. Una visión marxista romántica de los movimientos sociales, ha conducido durante mucho tiempo, especialmente en Francia, a poner el acento únicamente en la identidad de los actores y sus reivindicaciones

inmediatas. En realidad, nos parece bien establecido que un movimiento social no alcanza sus fines si no constituyendo una organización capaz de estructurar el trabajo de sus militantes, de fijar su discurso general y racionalizar sus acciones por cierto tiempo.

VIOLENCIA Y POLÍTICA

Cuando los agricultores saquean una prefectura, o aún (como en enero de 1999) un ministerio, su violencia es reconocida por todos como política, y analizada como una forma de protesta colectiva. A la inversa, la violencia de los jóvenes de los suburbios no merece ninguna significación, es presentada a menudo como gratuita o simplemente lúdica²¹. Ahora, si hay un juego peligroso, halla en realidad su sentido en cierto estado de exasperación de poblaciones que se perciben como víctimas, y en la falta de diálogo entre estas poblaciones y los poderes públicos. La violencia urbana, tal como se define aquí, es fundamentalmente una acción política en el sentido de que interpela a adversarios en lo que se concibe como un conflicto. Por cierto no es una violencia política en el sentido de los procedimientos revolucionarios del pasado o del terrorismo nacionalista del presente. Es sin embargo una violencia política que cuestiona la ausencia de estatus de ciudadano fabricado para una parte de la juventud por un sistema económico y social por una parte, una tradición histórica xenófoba por otra parte, un sistema político ciego por fin.

La exclusión socioeconómica que golpea más duramente en esos barrios, es demasiado conocida para insistir sobre ella. Agreguemos simplemente que, hoy más que nunca, cuestiona los procesos de selección en la escuela (y por lo tanto las prácticas pedagógicas). La xenofobia latente de la mayoría de la población francesa y la manifiesta de una minoría (principalmente en los medios populares) son un dato bien real de la sociedad francesa contemporánea²². Los jóvenes nacidos de la inmigración africana deben construir su identidad con ese handicap interiorizado desde edad muy temprana (Vinsonneau, 1996), al que se agrega la estigmatización del barrio. Esto determina lógicamente una necesidad de reconocimiento de identidad y una agresividad reactiva larvada que hace todavía más crucial la cuestión del acceso a la palabra política.

Si el déficit de oferta política no es lo único cuestionado, no por eso deja de ser una de las razones de la violencia urbana y una de las vías principales para su posible prevención. Cabe recordar aquí la paradoja de una izquierda que ha permitido la apertura del proceso de constitución de un nuevo actor político pero para instrumentalizarlo y, de hecho, contribuir a quebrarlo. Todo comienza en el barrio de las Minguettes en 1981, cuando los métodos de protesta pacífica (huelgas de hambre) lanzadas por un sacerdote heroico obtienen éxito frente al nuevo gobierno. En el mismo momento, la liberalización de las ondas radiofónicas permite la importación del hip hop en Francia. Pero las cosas van demasiado rápido para los políticos de izquierda que de pronto se encuentran frente al hecho consumado de los balbuceos de un nuevo actor político. Intentan tardíamente recuperarlo por vía indirecta, especialmente con la creación de SOS Racismo. Al hacerlo, integran al pasaje una parte de los primeros líderes del

“movimiento beur” y sacan provecho político evidente (en particular con el movimiento estudiantil de 1986) pero que no sirve a la causa de la mayoría de los jóvenes de los suburbios. Sin embargo, el partido socialista no es el único cuestionado. Los alcaldes comunistas de los antiguos “suburbios rojos” no han trabajado para este actor político al que temen (Labat, Rebughini, 1999, 216). Confunden a menudo democracia local y animación sociocultural (Battegay, Boubeker, 1992, 66). A veces también, ceden tanto como los otros a los cantos de sirena electoralistas de la seguridad²³. Partidos y sindicatos comunistas o de extrema izquierda saben en efecto que sus bases obreras no son favorables a las poblaciones inmigradas, lo cual lamentablemente lo ha demostrado el análisis de la evolución del voto de extrema derecha²⁴.

Sin embargo, si no fuese por el desgaste sufrido desde hace tiempo, es seguramente de las fuerzas políticas de izquierda de donde la juventud de los barrios relegados debería esperar una ayuda vigorosa para constituirse en actor político local de importancia. Para eso, los dirigentes políticos tendrían que tener en primer lugar un análisis mejor de las dificultades propias de esas juventudes, en segundo lugar una real voluntad de ayudarlas –sin segundas intenciones– a expresar su legítima rebelión de otra forma que por la violencia; en tercer lugar, una conciencia más clara de la devastación que produce cada día más la ausencia a veces total de militantes en esos barrios considerados difíciles, ausencia que no puede sino agudizar el sentimiento de abandono y la extrema desconfianza de los jóvenes.

¹ El autor agradece a Dominique Duprez, Maryse Esterle-Hedibel y Sami Zegnani por sus comentarios sobre la versión inicial de este texto.

² En la introducción de su último libro colectivo, Wieworka (1999, 7) parece, lamentablemente, acordar igualmente crédito a esta tesis. En efecto, se pregunta – cierto que con prudencia – sobre la “espiral de una descivilización o, para hablar como Alain Touraine, de una “desmodernización” que vendría a ser sinónimo a la vez de decadencia cultural y descomposición de nuestro Estado-nación”.

³ Con excepción, sin duda, de ciertos estereotipos sobre los roles masculinos y femeninos, contra los cuales sin embargo los jóvenes se resisten a menudo.

⁴ Como observaba D. Lapeyronnie (1992, 11-12), “Lo paradójico es que los suburbios tienen un nivel de integración cultural mucho mayor que el mundo obrero, [...] A menudo, los individuos han seguido una escolaridad globalmente superior a la de las poblaciones obreras tradicionales. [...] Los medios han abiolido las distancias [...]. Asimismo, el universo cultural de los suburbios no es fundamentalmente diferente del de las clases medias integradas. Está dominado por la preocupación por la persona, su integridad y su realización. El individualismo es allí tan fuerte y tan legítimo. A menudo toma una forma exacerbada. La dimensión personal de la existencia es tanto más importante cuanto que la ausencia de éxito social no admite compensación alguna”-

⁵ Que se inspira también en la famosa distinción de Marx entre “clase en sí” y “clase por sí”.

⁶ Globalmente, la imagen de vacío social que domina su análisis está en parte sesgado por la metodología misma. La “intervención sociológica” consiste, en efecto, en la creación de grupos de palabra animados por los investigadores que promueven el encuentro de diversos actores sociales en un lugar de discusión creado para esa ocasión, lo que es muy diferente de la observación participativa o aún de entrevistas individuales profundizadas. Otros trabajos llevan así a matizar la idea de una desorganización social tal que a fin de cuentas “impide la formación de una subcultura estabilizada en esta marginalidad” (Dubet,

1987, 166). Pensamos especialmente en el trabajo del equipo de D. Duprez (1996) en la región de Lille, en la investigación de inspiración etnológica de D. Lepoutre (1997) en una ciudad de los suburbios de París, en la de V. Milliot (1997) en Lyon, así como las investigaciones que se desarrollan desde hace algunos años sobre el lugar de las economías informales y de otros *bizness* en la vida de los barrios postergados.

⁷ “Esto que, desde el exterior, puede aparecer como una disfunción, una ausencia de vínculo social, puede revelarse desde el interior, como otro tipo de relación con el otro, otra lógica de estar juntos”, recuerda también justamente V. Milliot (1997, 15).

⁸ Ignora lamentablemente el trabajo de Christian Bachmann y de su equipo, (Bachman, Basier, 1985).

⁹ Sobre la historia francesa del movimiento hip hop, cf. especialmente Bazin (1995).

¹⁰ Esta visión del mundo es corroborada por numerosos trabajos de campo (por ejemplo Khosrokhavar, 1999). El estudio de Lepoutre (1997) sobre preadolescentes subraya igualmente que los sentimientos de exclusión se forman muy temprano en los jóvenes de los barrios relegados. Lapeyronnie (1992, 13-14) insiste sobre la importancia de la necesidad de dignidad y de reconocimiento frente al sentimiento de ser menospreciado. Incluso hace de la búsqueda de reconocimiento político y de un acceso a las decisiones el telón de fondo de los tumultos urbanos (*ibid.* 17). En cuanto a la importancia de la muy negativa percepción de la policía, Dubet (1987, 84-87) señalaba ya la importancia de la memoria de las bravatas policiales entre los jóvenes de las ciudades. Esta memoria proviene, por otra parte, de una historia más larga que la inaugurada simbólicamente a principios de los años 1980 (Begag, Delorme, 1994, 112-119)

¹¹ Escurriendo en las brechas del éxito comercial abiertas por las disquerías (que rápidamente comprendieron el potencial de difusión del rap), ciertos grupos sacaron provecho de esta desaprobación en el seno mismo de los barrios de donde salieron.

¹² Esto confirmaría las proposiciones de Alberto Melucci. Para una presentación clara y completa de las teorías de la protesta colectiva, cf. Lafargue (1998).

¹³ Por iniciativa no de un colectivo de grupos sino de un militante, autor igualmente del film *Ma 6-té va cracker* (1996).

¹⁴ La manifestación tuvo lugar en París el 23 de noviembre a la tarde, convocada por una veintena de asociaciones y de partidos políticos (entre ellos las Juventudes comunistas, el MIS, la LCR, los Verdes, el MRAP y SOS Racismo). No concurrieron más de diez mil personas (*Le Monde*, 26 de noviembre de 1996, p.11). Los dos cantantes de NTM habían rechazado de antemano toda participación.

¹⁵ No es por casualidad que el autor que más ha popularizado esta noción (Roché, 1996) hizo originalmente su tesis sobre el sentimiento de inseguridad.

¹⁶ A las agresiones y robos se añaden los incendios de coches que constituyen muchas veces también un modo privado de arreglo de cuentas (Esterle-Hedibel, 1996, 133-134).

¹⁷ Estas distinciones nos parecen fundamentales so pena de acabar, como la comisario Bui-Trong (1993) en un discurso en el cual, una vez más, sólo se toma en cuenta el acto material y no el autor y sus motivaciones. En efecto, su célebre “escala de evaluación de la violencia urbana” que distingue ocho grados que van progresivamente del vandalismo al tumulto, tiene por efecto evidente sacarle todo carácter político al tumulto para hacer de él una simple delincuencia en banda.

¹⁸ Ejemplar en el sentido de que embellece el discurso policial y multiplica las referencias elogiosas hacia la escala de evaluación de la comisario Bui-Trong y hacia el comanditario institucional de este estudio (el HESI, dependiente del Ministerio del Interior).

¹⁹ Cf. también los análisis de Battegay y Boubeker (1992) en Vaulx-en-Velin, de Macé (1999) en el Havre, Labat y Rebughini (1999) en región lyonesa, Khosrokhavar (1999) en Estrasburgo.

²⁰ Esto confirmaría por lo demás las experiencias tradicionales (pero artificiales) realizadas en psicología social sobre las normas de justicia en las situaciones de fortalecimiento de la conciencia de grupo (Kellerhals, Modak, Perrenoud, 1997, 75-85).

²¹ Aún cuando permitiera renovar un debate clásico sobre la violencia política de las minorías (Gurr, Oberschall, Tilly, etc.), debate en que no entramos por falta de espacio, es sin duda significativo que la violencia política de los jóvenes de los suburbios (en Francia, pero también en los Estados Unidos o en Inglaterra) no sea tratada en una obra colectiva dedicada a *La violence politique dans les démocraties européennes occidentales* (Braud, 1993).

²² Independientemente de los análisis del voto de extrema derecha, las diversas encuestas de opinión coinciden en este punto e indican que un poco más de la mitad de los franceses responden afirmativamente a las preguntas del tipo: “¿Piensa usted que hay demasiados trabajadores inmigrados en Francia?”. Las respuestas afirmativas están fuertemente correlacionadas con la edad (los de más edad son los más xenófobos), y con el nivel de estudios (los menos diplomados son los más xenófobos). En términos de categorías socioprofesionales, los más xenófobos son los jubilados, los agricultores, los artesanos-comerciantes y los obreros calificados. En términos de preferencias políticas, los electores de extrema derecha son los más xenófobos, pero los del partido comunista les siguen y lo son prácticamente tanto como los de la UDF (cf. por ejemplo Durand, Pagès, Pagès, 1998).

²³ Además de la sórdida historia del bulldozer de la alcaldía de Vitry en diciembre de 1980, se recordará que Robert Hue (entonces alcalde de Montigny-les-Cormeilles) había organizado en 1981 una manifestación para estigmatizar a una familia magrebí, algunos de cuyos hijos habrían sido dealers locales; se recordará también al alcalde comunista de Evreux (Roland Plaisance) que propuso la supresión de las locaciones familiares a las familias de delincuentes desde 1993.

²⁴ Nonna Mayer explica muy bien que existe en efecto no un “izquierdo-lepenismo” (P. Perrineau) sino un verdadero “obrero-lepenismo” que desempeña un papel determinante en el éxito de la extrema derecha: “En la primera vuelta de las legislativas de 1997, entre los obreros y las obreras de menos de cuarenta años, cuyo padre y allegados son obreros, los candidatos del FN recogieron el 47% de los sufragios emitidos” (Mayer, 1999, 24).

Nuevas relaciones de clase, nuevos movimientos sociales, y alternativas al capitalismo

Jean LOJKINE

Los debates actuales sobre la referencia de clase de los movimientos sociales que se desarrollan en Francia a partir de 1986, a pesar de la fuerte oposición entre las diferentes interpretaciones en conflicto, tienen paradójicamente un punto en común: ninguna de ellas indaga la naturaleza de la o las clases en cuestión, y mucho menos la analiza. Salvo el decir que en la actualidad el grupo asalariado tendría más presencia que el de los años 60, o que los “nuevos movimientos sociales” (NMS) no tendrían ni actor central ni proyecto político alternativo, la sociología en conjunto parece más bien desamparada frente a acciones colectivas que no son “ni” la simple reproducción de las luchas de clase que se dieron entre los años 30 y los años 60, “ni” un simple mosaico de luchas defensivas, de resistencias corporatistas.

Pero no basta ese “ni, ni”. Es necesario sobrepasarlo, y tratar de explicar a la vez la originalidad de los movimientos sociales actuales, el obstáculo principal con el que chocan –el fatalismo económico, lo que nosotros llamamos el “tabú de la gestión”– y lo novedoso de las relaciones de clase a que ellos remiten.

Originalidad de los movimientos sociales: hay que comenzar por precisar qué entendemos por tal. Contrariamente a Alain Touraine, no retomamos la definición que fue la del sindicalismo revolucionario de principios del siglo XX: “El sindicalismo revolucionario se niega sobre todo a integrar la clase obrera en el juego político de la burguesía ... El campo político está menos ocupado por la conciencia de la clase obrera que por una lucha propiamente anticapitalista. La historia obrera está dominada por esta separación entre el dominio limitado de la acción de clase y por una acción política de otra naturaleza” (Touraine, 1984). Para Touraine, en efecto –como para la mayoría de los sociólogos del trabajo fieles a la tradición inaugurada por G. Friedmann– la “conciencia de clase” no se refiere más que a las “relaciones sociales de trabajo” y “no a la naturaleza económica o a la naturaleza de la propiedad. Los obreros se sienten dominados por los dueños de la industria que administran en su interés particular el maquinismo y la organización del trabajo... La conciencia de clase no puede identificarse con el anticapitalismo.” (ibidem).

Touraine reduce de hecho la conciencia de clase a una reacción negativa de los obreros profesionales contra su pérdida de autonomía bajo los efectos de la racionalización “tayloriana”, aún cuando de antemano se había cuidado de diferenciar bien la conciencia privativa, “proletaria”, de la conciencia positiva del movimiento obrero que elabora una estrategia alternativa contra la dirección empresarial. Pero

justamente el análisis concreto que él hace de la conciencia obrera de los años 80, tal como la expresan los militantes sindicales asociados a su intervención sociológica, contradice una interpretación apresurada completamente desconectada de las prácticas reales de los sindicalistas: desde sus primeros encuentros con directores de fábrica, los trabajadores siderúrgicos de Lorena, tanto de la CGT como de la CFDT, criticarán la debilidad de las inversiones que ha conducido a una crisis que pagan los obreros; de igual modo, los trabajadores químicos lyoneses pondrán en primera fila los problemas de la gestión industrial y atacarán “la irresponsabilidad económica y la traición nacional de los dirigentes empresariales”.

Lejos de ser un “injerto” exterior a la acción obrera, la acción política del PCF estará en el corazón de la “conciencia de clase” de los metalúrgicos parisienses o lorenos, especialmente a través de su campaña por las nacionalizaciones, pero con todas las limitaciones que hoy se ven establecidas a partir de concepciones delegatarias y estatistas.

Es justamente este tipo de articulación entre conflictos de trabajo dentro de la empresa y lucha política, tal como lo mantuvieron el PCF y la CGT durante los “Treinta gloriosos”, el que hoy está en tela de juicio. El mismo está doblemente cuestionado: 1) por la descomposición de las antiguas formas de socialización obrera, las relaciones entre el espacio de trabajo y el espacio residencial; 2) por la disolución de las divisiones tácitas entre el espacio político (reservado a una élite, una vanguardia y sus representantes elegidos), el espacio económico, de gestión (reservado al patrón o a expertos tecnócratas), y, por fin, el espacio social, reservado, éste sí, al sindicato y a las luchas en torno a los salarios, clasificaciones y condiciones de trabajo. En Francia, la “conciencia obrera”, lejos de quedar encerrada en el taller o la fábrica, desembocará en una contestación política anticapitalista, pero bajo una forma política delegataria y sin que las luchas sociales terminen, a no ser minoritariamente, en una verdadera intervención de los asalariados y la población en la gestión de las empresas.

Lip o Rateau, en 1973, fueron excepciones y acabaron en la apropiación crítica por los asalariados mismos de criterios de gestión financieros y comerciales verdaderamente alternativos. Longwy y las luchas por la defensa de la siderurgia quedaron como luchas defensivas, revueltas obreras, al no haber sabido apropiarse los “contraplanes” industriales elaborados a fines de los años 70 por expertos y dirigentes de la CGT y de la CFDT (Lojkine, 1996). Lo mismo sucede con los esfuerzos de construcción gerencial alternativa llevados a cabo en Renault (en Billancourt, Douai o RVI-Vénissieux), en los Astilleros navales u hoy en Thomson: la pequeña minoría de sindicalistas empeñados en la batalla por una gestión distinta ha chocado con estructuras organizativas completamente inadecuadas: estructuras centralizadas, divididas en compartimentos, piramidales, ausencia de estructuras horizontales descentralizadas, ausencia de coordinaciones transversales a nivel de los grupos industriales, de las regiones, de las bolsas de trabajo, etc.

Lo que es todavía más fundamental, han chocado con una cultura política dominante entre los asalariados pero también entre los militantes (sindicales y políticos) que sustraía la gestión económica del campo de la lucha de clases y la consideraba como del dominio de una técnica contable o de una proeza mágica, fuera del alcance de la acción sindical, diabolizada y divinizada a la vez, como si el experto económico

o gerencial (por cierto, transformado a menudo en verdadero “gurú”) pudiera resolver los problemas de la empresa con un toque de su varita mágica.

No podemos olvidar, finalmente, el peso de la cultura estatal que subordina el éxito de una construcción gestionaria, en el espíritu de muchos militantes, a una ruptura revolucionaria de un tipo muy particular, a la que nosotros llamamos la cultura del “Gran Día”, que divide el tiempo histórico en un *antes*, el de la omnipotencia capitalista donde nada es posible, salvo caer en la colaboración de clase, y un *después*, el de la toma del aparato del Estado por los “representantes” de la clase obrera donde todo se ha vuelto posible, por el camino oblicuo de una política estatal centralizada. No por nada, en efecto, los grandes momentos de intervenciones gestionarias alternativas son también en Francia momentos políticos en que los representantes de la “clase obrera” desempeñan un papel decisivo en el poder estatal: 1944-1946 y el contexto de la Liberación (las fábricas requisadas y puestas bajo autogestión, las comisiones mixtas de la producción; los nuevos derechos de los comités de empresa); 1981-1984 y la Unión de toda la izquierda con el gobierno (los experimentos gestionarios en la RATP, en Renault, en RVI, etc.). Los contraplanes industriales de los años 70 pueden parecer un contraejemplo, pero en realidad éstos se inscriben en gran medida en el marco de la lógica del “programa común” (un programa muy estatista y muy delegatario) PC-PS firmado en 1972.

LAS NUEVAS FORMAS DE LA “LUCHA DE CLASES”

Pero al mismo tiempo, y aquí me aparto de la mayoría de los análisis sociológicos que se quedan en la verificación de esta descomposición, hay que señalar lo que empieza a moverse en estos días: las múltiples manifestaciones de recomposición de la solidaridad colectiva, las nuevas formas de la lucha de clases, aunque sean todavía tentativas, desiguales y a veces hasta contradictorias, ya no están subordinadas a la acción gubernamental, a la política estatal. El período actual que abren los “movimientos sociales” de los años 1986-1988-1995-1998, desde las coordinaciones estudiantiles, las coordinaciones de enfermeras, hasta las luchas de los ferroviarios, el movimiento de los sin-papeles y los movimientos de los desempleados, es también una ruptura con respecto a los vínculos tradicionales de subordinación y de división de tareas entre las instancias políticas y la sociedad civil. Es cierto que esta ruptura es todavía ambivalente, ya que los movimientos sociales oscilan entre un antiparlamentarismo radical (cercano al anarco-sindicalismo de comienzos de siglo) y la búsqueda de una articulación positiva entre luchas sociales, construcción de alternativas económicas y coordinación descentralizada entre actores sociales y actores públicos: sindicalistas, asociaciones civiles, cargos electivos locales, poderes públicos.

VISIBILIDAD E INVISIBILIDAD DE LAS CONSTRUCCIONES DE ALTERNATIVAS. ¿CÓMO IDENTIFICARLAS?

Es cierto que estas construcciones locales no tienen el impacto mediático de las

grandes huelgas que paralizan el país, pero nos preguntamos si no resaltan el valor de otro tipo de “lucha de clases” fundada no tanto sobre el enfrentamiento y la denuncia protestataria (pero sin efecto positivo para el movimiento social) sino más bien sobre una “batalla de opinión” que permite hacer converger en torno a la defensa del empleo una cadena de solidaridad regional (que pueden ir desde el personal calificado de las empresas hasta las cámaras de comercio, las PMI locales, etc.) que dan vida a la idea de una nueva eficacia económica, una eficacia social, basada no ya en el interés egoísta de los accionistas de una firma sino en la satisfacción de las necesidades colectivas de los usuarios, de una región entera. Es este marco nuevo, aunque ya entrevistado en los albores del siglo XX por sindicalistas y políticos como Jaurès (Lojkine, 1996), el que puede dar sentido y unir en un todo coherente las múltiples acciones locales que hemos podido estudiar, donde la organización sindical ha sabido tomar la iniciativa de coaligarse actores locales habitualmente opuestos o sin vinculación entre sí.

Modernizar un equipamiento industrial sin despachar personal, creando nuevos empleos calificados y desarrollando un plan de formación, promover sistemas civiles de detección de contenedores en una fábrica especializada en sonares militares, concebir una informatización alternativa de las estaciones de control aéreo, hacer fabricar ómnibus de piso bajo en el RVI para responder a la competencia alemana (Mercedes) ... esas “victorias” sindicales no han sido obtenidas esencialmente por huelgas u ocupaciones de fábricas¹, por grandes manifestaciones callejeras, sino por otra arma: la conquista de la opinión pública. Por otra parte tampoco hay que reducir el balance a “victorias”; pues no solamente esas “victorias” puntuales no dejan de ser reversibles en una coyuntura de crisis mundial y de extrema agresividad de la concurrencia capitalista, sino que corren el riesgo de ocultar lo que es lo más importante... y lo menos visible: las “pequeñas victorias cotidianas”, poco mediáticas, pero que sirven justamente de jalones para conquistas de mayor envergadura. Esta “conquista de la opinión”, tal como la hemos visto funcionar en lo cotidiano, reposa a su vez sobre cuatro componentes principales:

- la aparición de un nuevo espacio público de discusión entre todos los actores de la empresa²;
- la apertura de las organizaciones sindicales a los asalariados no obreros (especialmente los técnicos, los jóvenes diplomados y los cuadros o personal jerárquico);
- la creación de un espacio público local, regional, lugar de encuentro, de concertación y de movilización colectiva;
- la construcción de cooperaciones transversales, interprofesionales, con asociaciones de usuarios.

Quedan por confrontar, evidentemente, experiencias por cierto poco conocidas, y aún en gran parte desconocidas, no registradas, inclusive por las confederaciones obreras, en una escena política nacional en la que permanecen casi invisibles: ¿quién conoce las “victorias” de PTPM³, de Neyric, las avanzadas parciales en Thomson-CSF o en la RATP, mientras que todo el mundo guarda memoria hoy de lo que constituye un rosario de derrotas, empezando por Renault-Vilvorde, para no hablar de las privatizaciones francas o disimuladas, “aparentemente” dominadas por los criterios de rentabilidad financiera, realizadas por un gobierno de izquierda en France-Telecom,

Thomson-CSF, Aérospatiale o Air France?

Aparentemente, porque la apertura del capital público a accionistas privados es también una apuesta nueva en la lucha de clases: en efecto, se puede dar dos sentidos opuestos a esta apertura. O bien se trata de una simple medida transitoria, oportunista, que prepara de hecho una privatización “clásica” con la dominación final de accionistas capitalistas privados que tratarán de rentabilizar al máximo su patrimonio, según las reglas de los mercados financieros. O bien se trata por lo contrario de una apertura que no afecta la estrategia de operador “público”, es decir que obedece a normas públicas de interés general, en que los accionistas privados pueden ser especialmente los mismos asalariados dotados de nuevos derechos de control y de intervención en la gestión y la estrategia de la compañía.

Pero también habría que tener en cuenta experiencias muy interesantes, que difícilmente corresponden a las antiguas delimitaciones de “clase”, como la transferencia a los asalariados y a sus sindicatos de la mayoría de las acciones: tal es el caso de varias compañías de aviación en los Estados Unidos (United Airlines, Northern Airlines) o en Canadá (Expro). Situada en Valleyfield, cerca de Montréal, Expro es una empresa de fabricación de pólvora y explosivos; esta empresa logró llevar a cabo una reconversión de su producción a producciones civiles (en especial descontaminación de suelos) gracias a una concertación original entre el gobierno de Quebec, los propietarios del establecimiento y los cuatro sindicatos; 1/3 de las acciones fueron compradas en 1993 por los asalariados, que crearon una cooperativa y obtuvieron derecho de voto sobre la gestión de la empresa; la estrategia de la empresa fue objeto de una concertación bilateral dirección-sindicatos.

El hecho de ser accionista en este caso no nos ubica automáticamente en el campo de los “capitalistas” preocupados únicamente por su interés privado: se puede encontrar un compromiso favorable a la vez para los intereses de los asalariados, de la compañía y de los usuarios. Vemos así cuán complejo es hoy día el “combate de clases”, aún cuando no sea totalmente nuevo: Marx contemplaba ya en el libro III del *Capital* el caso de sociedades por acciones controladas por sus asalariados. Aún cuando la sociedad por acciones se mantenga dentro de los límites del modo de producción capitalista (esto es, como dice Marx, “la supresión del capital en tanto propiedad privada dentro mismo de los límites del modo de producción capitalista”), y aún cuando el control de una empresa permanezca dominado por la regulación capitalista de conjunto, la apropiación por los asalariados de la mayoría de las acciones de una sociedad va a conducir a una confrontación muy enriquecedora para el movimiento sindical entre la “propiedad de los productores asociados” y la “función de dirección” ejercida por administradores imbuidos mayoritariamente de una cultura de la rentabilidad y del cortoplacismo, en la que el trabajo humano pasa a ser una simple variable de ajuste (dando al programa anual de despidos lugar estratégico).

ACCIONES LOCALES, ACCIONES GLOBALES

No es posible entonces quedarse en la participación aparente entre avanzadas locales limitadas a PyMES o establecimientos aislados (a menudo sólo cubiertos por los

medios locales) y la “irreversibilidad” de las reestructuraciones en las grandes empresas y las grandes administraciones públicas. Aún cuando “victorias” en términos de empleo tan claras como las obtenidas en ciertas PyMES no sean visibles del lado de los grandes grupos industriales o terciarios empeñados desde hace 20 años en una loca carrera hacia la financierización, importa para el sociólogo saber descubrir esas relaciones de fuerza subterráneas, pluridimensionales, sin confrontación visible entre dos “campos”, donde se puede localizar la confrontación entre dos estrategias a diversos niveles de la empresa y del territorio, con coaliciones provisorias, limitadas, entre agentes sociales tan diferentes como ciertos miembros de direcciones intermedias de empresas y ciertas fuerzas sindicales. Tal fue el caso en Neypic-Grenoble cuando los sindicatos obreros hallaron un terreno de entendimiento para salvar el potencial de conocimientos [“*savoir faire*”] de la empresa amenazada de liquidación por la dirección del grupo Alsthom, con una asociación de miembros del personal jerárquico que hasta ahí habían apoyado los diferentes planes de despidos colectivos de la dirección.

NUEVAS RELACIONES DE CLASE

Al sociólogo le es imposible prever, cuándo y cómo tal proceso político se llevará a cabo. En cambio puede tratar de develar en el movimiento de transformación de la sociedad misma, si no las premisas, al menos los puntales objetivos de una posible salida de la crisis. Sin buscar no se sabe qué determinismo mecanicista que vincularía transformaciones estructurales y nuevas prácticas políticas, se puede en cambio indagar el sentido y las potencialidades, aún contradictorias, de las profundas alteraciones en la estructura de clases desde hace 30 años.

ESTALLIDO DE LOS DOS GRUPOS POLARES: EL GRUPO OBRERO Y LA CLASE MEDIA

La transformación más evidente y la más frecuentemente descripta por los sociólogos es el desmantelamiento de la referencia a la clase obrera, en sí y por sí: el colapso de las fortalezas obreras (minas, siderurgia, astilleros navales, y hoy la automotriz), con la desindustrialización de los años 70-80, es sólo uno de los síntomas, con la diferenciación de los modos de vida obreros, la importancia del trabajo femenino en el sector de servicios, la emancipación femenina de la tutela paternalista masculina (que marcó la identidad de clase asumida por los obreros de oficio de esos cuatro sectores industriales), el colapso de las redes de sociabilidad y de solidaridad obreras fundadas sobre la hegemonía de un grupo social inductor: el obrero metalúrgico (Noiri, 1986).

Se ha querido ver en esta descomposición del grupo obrero y de sus referencias ideológicas e institucionales el síntoma del “fin de la lucha de clases” y de la aparición de un grupo central mayoritario de clases medias (desde los obreros calificados hasta el personal superior de las empresas y las profesiones liberales que constituirían la nueva clase emblemática, el nuevo polo de atracción de la sociedad “postindustrial”, con una minoría de “excluidos” en sus márgenes (desde los obreros sin estatuto, los

interinos, hasta los desempleados de larga data, los RMI y los SDF).

Hoy, H. Mendras mismo alude, en la nueva edición de *La seconde révolution française* (1994) [La segunda revolución francesa], a la hipótesis de una nueva “fracturación” de la clase media y una profundización, en el personal superior, de las divisiones entre cuadros superiores, cuadros medios y profesiones intelectuales⁴. A. Lipietz, por su parte, se refiere al fin de una sociedad constituida como un “globo aerostático ventrudo” –pocos ricos, pocos pobres y muchos ingresos medios–, una sociedad, la de los “Treinta gloriosos”, en que las distancias sociales se mantienen estables pero todo el mundo se eleva. Desde 1982, en efecto, la tasa de ganancia de las empresas se ha triplicado en 10 años en Francia, mientras que la eficacia del capital (la relación entre el valor agregado creado y el capital invertido: VA/C) decaía⁵, y con ella la parte del producto que vuelve a los salarios. De donde surge una consecuencia importante sobre la distribución de los ingresos: el “desinflamiento del vasto centro de las capas medias”, con lo que la mayoría de las profesiones intermedias y aún una parte del personal superior de las empresas comienzan a sufrir la precarización de su estatus (Lipietz, 1996).

LA PRECARIZACIÓN DE LOS “CUADROS” (PERSONAL SUPERIOR) Y DE LOS JÓVENES DIPLOMADOS

Desde fines de los años 80, habíamos previsto esa inversión de la tendencia y discutido lo que fue la representación dominante de la estructura social de los años 60-70 (Lojkine, 1990, 1992, 1996b). Habíamos develado, en efecto, el inicio de un proceso de estallido del grupo “cuadros” ó personal superior y de precarización de una fracción mayoritaria de sus componentes. El aumento cada vez mayor del desempleo del personal “cuadros”, especialmente a partir de 1990, la precarización de los jóvenes diplomados, cuyo acceso a la categoría “cuadros” es mucho más difícil, van a confirmar esas hipótesis.

Limitado a 2,6 % para los ingenieros en 1982 (pero ya el doble con respecto a 1975), la tasa de desempleo⁶ es de 3% en 1986, de 5% en 1996. Más globalmente, el desempleo del personal “cuadros” se ha duplicado en 10 años y a partir de 1991 tiene tendencia a acercarse a las tasas de desempleo de las demás profesiones: de 1993 a 1995 se eleva a más de un tercio de la tasa de desempleo de los empleados y obreros, y a más de 3/4 de la tasa de desempleo de las profesiones intermedias.

La tasa global relativamente baja en relación a los otros CSP se explica en parte por la integración en esta categoría “cuadros” de funcionarios que no ejercen ninguna actividad jerárquica: en efecto, los profesores y profesiones científicas representan en 1996 más del 19% de la categoría “cuadros”, mientras que esa aplastante mayoría de funcionarios no conocen evidentemente el desempleo al contrario de los ingenieros y personal superior de empresa. La tasa de desempleo de los cuadros de empresa ha aumentado, en efecto, en mucho mayor proporción que la media de la categoría; así, esa tasa es de 7% en 1996 para los cuadros administrativos y comerciales de empresa, del 13% en los cuadros de la información –es decir, los periodistas– y los artistas (contra 7% en 1986).

Correlativamente, las dificultades de acceso a la categoría cuadros han aumentado: la distancia entre el número de puestos ofrecidos y el número de postulantes se ha acrecentado: en 1996, se crearon 42.000 empleos de cuadros mientras que 110.000 jóvenes salían del sistema escolar munidos de un diploma de estudios superiores. En 1995 y 1996, cuando trabajan, apenas la mitad de los jóvenes diplomados ocupan un puesto de cuadros, mientras que esa proporción era de los 2/3 en 1991-1992. “Enfrentados a un riesgo de desempleo importante y a una competencia creciente, los jóvenes que se inician han sido contratados muchas veces con salarios más bajos que antes y aceptan con frecuencia contratos cortos (15% de los contratados en 1996)”⁷. Entre los diplomados de nivel superior, asalariados en el sector privado, el 25% estaba en CDD en 1990, 39% en 1995 (Encuestas de empleo, INSEE). Si el personal “cuadros” en funciones todavía no ha sido tocado mayormente por los CDD (12% de la muestra del panel personal superior de la APEC en 1997), se observan profundas desigualdades en detrimento de las mujeres y los jóvenes (mujeres 21%, jóvenes -menores de 35 años- 22%).

La tentativa de imponer en 1994 a los bac+2 (bachilleres + 2 años de estudios terciarios) un quasi SMIC (salario mínimo obligatorio) al comienzo de la carrera (el famoso CIP) no es más que el síntoma de una desvalorización mucho más general de toda una serie de títulos que por el contrario habían privilegiado relativamente a los jóvenes diplomados durante los años 60-80⁸. Esta situación nueva invalida, o mejor relativiza históricamente los trabajos de sociólogos⁹ que hablan, en los años 70-80, de un grupo social “privilegiado” con respecto a las capas populares (obreros-empleados).

Lo que vale para el empleo y el estatuto vale también para los ingresos: se asiste a una compresión de los salarios y de su progresión para una parte importante de los cuadros: según la encuesta anual llevada por la UCC-CFDT, más de un tercio de los empleados superiores que ocupan un empleo a tiempo completo, han sufrido en 1996 una regresión de su poder adquisitivo, lo que confirma una evolución negativa constante desde los comienzos de los años 90.

Estabilidad del empleo, carrera, poliactividad, responsabilidad, garantía del título universitario, estos rasgos distintivos de los cuadros de los años 50-70 están amenazados hoy por la agravación de la crisis de empleo, pero también por las mutaciones socio-técnicas que impulsan cierta recomposición de las funciones operativas. La concurrencia de los “grupos de trabajo” semi-autónomos que responsabilizan a los operadores al nivel de la organización de su trabajo inmediato, amenaza directamente las funciones de los cuadros intermedios, especialmente los agentes obreros calificados, mientras que la centralización de las funciones estratégicas monopolizadas por los cuadros de estado mayor (los “ejecutivos”) marginaliza a los cuadros “operativos” (jefes de taller y directores de fábrica, que no participan en las grandes decisiones estratégicas).

Por otra parte la agravación de las condiciones de la competencia, el ritmo elevado de las reestructuraciones, han propiciado por parte de las direcciones de empresa tentativas de movilización de los cuadros, más allá de su tiempo de trabajo legal. Es impresionante constatar que la mayoría de los cuadros encuentra excesiva su carga de trabajo¹⁰; asimismo, un número creciente de ellos afirman haber conocido un período

difícil en el plano profesional (6% en 1991, 20% en 1996), debido especialmente a las condiciones de trabajo difíciles y a la reorganización de su empresa.

CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

La acumulación de todos esos factores negativos no conduce, sin embargo, a una identificación de los cuadros con el “proletariado” obrero, aún cuando se ha podido hablar de una “proletarización” de las condiciones de trabajo de algunos de ellos. Aún deteriorado, el privilegio del diploma se mantiene frente al desempleo: en efecto, tres años después de su egreso de la enseñanza superior, los diplomados de 1994 tienen una tasa de desempleo dos veces menor que la de los bachilleres y casi cuatro veces menor que la de los no diplomados. Por otra parte, y este es tal vez el obstáculo esencial, la imagen siempre tradicionalmente obrerista de la mayoría de los sindicatos frene la adhesión de los cuadros y los jóvenes diplomados al movimiento sindical, en la misma medida en que ellos se resisten a emprender una lucha frontal y de largo aliento contra direcciones empresariales de las que se sienten aún muy próximos.

Sin embargo las recientes elecciones profesionales han estado marcadas por el colapso de la CGC (Confederación General de Cuadros) en beneficio de la CFDT, pero también de la CGT; por otra parte las recientes “revueltas” de cuadros respecto de su carga de trabajo marcan cierta ruptura del pacto tácito de “fidelidad” hacia la empresa. Las prácticas del teletrabajo, el recurso sistemático al trabajo gratuito en nombre de la identificación del cuadro con los intereses de la empresa, encuentran obstáculos en la medida en que los cuadros se identifican cada vez menos (con excepción de la capa dirigente) con empresas que han cesado de brindarle las gratificaciones de antes: la huelga simbólica de los ingenieros y cuadros de Thomson en Elancourt en 1998, las reivindicaciones espontáneas de una medición mecánica del tiempo de trabajo similar a la usada para los obreros y empleados, dicho de otra manera, la supresión de lo que diferenciaba obreros y personal superior, son un síntoma paradójico de las convergencias nuevas entre capas sociales durante mucho tiempo percibidas como situadas “a ambos lados de la barrera”.

Queda por analizar, sin esquematismo, la conciencia y las representaciones que de todo esto tienen los interesados. Y especialmente, observar el efecto de la precarización del personal “cuadros” sobre la “cohesión simbólica” que había tenido su máxima eficacia en el período de expansión que precedió a la crisis económica estructural iniciada a comienzos de los años 1970. Se ha podido mostrar al respecto hasta qué punto la desvalorización de los BTS y DUT ha sido un punto de convergencia fuerte, en los movimientos sociales de 1994 y 1995, entre las familias populares y los jóvenes diplomados nacidos de ellas. Mientras que la caída de los ingresos no calificados había provocado, en los años 80, que numerosas familias de tradición obrera alentaran a sus hijos a proseguir estudios con salida en competencias técnicas¹¹, la brutal desvalorización de estas carreras técnicas, diez años más tarde, impulsó a su vez la movilización de esos estudiantes y sus familias alrededor de la defensa de sus competencias profesionales.

COALICIONES DE CLASES

Resta pasar de esta defensa de los oficios, de esta solidaridad interprofesional (que puede en parte explicar la simpatía de la mayoría de los asalariados hacia los huelguistas de 1995, como hacia los movimientos de desempleados de 1998), a una solidaridad activa en alternativas económicas concretas al neoliberalismo. Aquí está el límite sin duda esencial de todos los NMS (nuevos movimientos sociales) a partir de 1986. Falta un proyecto económico-político abarcador, surgido de todas esas iniciativas locales, tanto sobre el plan de retiros como sobre el plan de la renovación de los servicios públicos en Europa. Falta, pues, la dinámica social, que no hemos podido descubrir hasta ahora más que puntualmente, capaz de construir coaliciones con los asalariados “cuadros” en el dominio de las gestiones alternativas.

La desaparición en las luchas actuales de un actor central, de un grupo inductor, hegemónico, ya se trate de la “clase obrera” y de sus instituciones representativas durante los años 30-60, o del grupo “cuadros” durante los años 60-70, no significa sin embargo el fin de toda “lucha de clases”: la diversidad de los actores sociales, el carácter a veces compuesto de “coaliciones” multipolares no impide el surgimiento de un grupo asalariado diversificado, aliado a veces a ciertas profesiones liberales (artistas, médicos, pequeños empresarios), que intenta hoy, cada uno a su manera, de oponerse a las fracciones dominantes del capitalismo financiero y de la tecnocracia de estado. A este respecto, las luchas actuales en las empresas contra los planes de despido y sobre todo contra las amenazas de cierre tienen, en casos bien precisos, características muy diferentes de los enfrentamientos clase obrera/patronal que marcaron el cierre de fábricas siderúrgicas en los años 70 o huelgas duras como la de Peugeot-Sochaux en 1989.

Cuando la organización sindical es capaz de salir del círculo estrecho de sus adherentes obreros o empleados, se asiste a veces, en efecto, a la formación de *coaliciones* entre cuadros, expertos económicos alternativos, sindicalistas y asociaciones de usuarios (colectividades públicas como asociaciones de la sociedad civil); esas coaliciones permiten construir lo que llamamos *espacios públicos* locales, pero también nacionales, y hasta internacionales. Espacios no consensuales sino plurales, y hasta conflictuales (en la medida en que permitan la expresión de intereses específicos que pueden ser divergentes entre cuadros, técnicos, obreros y expertos), siempre con la particularidad de permitir la construcción de una verdadera alternativa económica a las estrategias fundadas sobre la rentabilidad a corto plazo y la competitividad por la reducción de los costos del trabajo. Por *coaliciones* entendemos entonces, no asociaciones comunitarias, fusionales, sino asociaciones entre actores distintos que fundan su cooperación sobre un acuerdo preciso, controlable por todos.

La noción de *coalición* se impone para nosotros, en la medida en que se opone totalmente a las antiguas identidades de clase fundadas sobre la fusión sin distinción de esas diferentes categorías sociales en torno a las nociones de “clase obrera ampliada”, “nueva clase obrera”, de “nuevo proletariado” o de “frente de clase”. El grupo capitalista actual, pese a sus divisiones internas entre estatutarios y precarios, tiene, y es bueno que los tenga, sus principios de unidad (venta de la fuerza de trabajo, amenazas convergentes de desempleo y precarización), pero no debe enmascarar sus princi-

pios de diferenciación, en función especialmente de los tres niveles de poder en la empresa y las administraciones: los niveles operativo, táctico y estratégico.

La participación, por ejemplo, o la difusión del saber organizativo y gestionario de los cuadros está lejos de ser fácilmente admitida por estos últimos, en la medida justamente en que su antiguo monopolio sobre la gestión y la organización era la base de la distinción de su estatus. Esta es la razón por la cual insistimos tanto en la idea de una *coalición*, pero igualmente de una *red* de actores que dé movilidad a las divisiones tanto verticales como horizontales que tradicionalmente separan en compartimentos la acción dentro de la empresa.

Las coaliciones entre sindicalistas obreros o empleados y cuadros, cuando se han podido formar, han debido establecer, en efecto, formas de reconocimiento mutuo, y por lo tanto nuevas distribuciones de funciones y de zonas de autonomía entre unos y otros. Así, en ocasión del reciente conflicto Neyrpic en Grenoble, los observadores han notado que la entrada en la arena de la asociación de cuadros no sindicados marcó ciertamente una fuerte convergencia con la acción de los sindicatos de obreros y técnicos, pero sin suprimir la especificidad de los diferentes participantes “esforzándose cada uno en proteger esta unidad, sin renunciar por eso a su identidad”¹².

El proceso de subversión de la tradicional cultura económica de la eficacia y la productividad, remite así a los tres niveles de análisis de la empresa que ya hemos distinguido, en la medida en que la coalición de que hablamos supone ante todo una *cooperación vertical* entre tres grupos sociales bien distintos.

Se trata por una parte del personal “cuadros” encargado de aplicar las “reglas de juego” (los criterios de rentabilidad) que pueden estar en oposición con esas mismas reglas, cuando, por ejemplo, en casos de despidos colectivos o cierre de establecimientos, verifican que la búsqueda de rentabilidad a corto plazo a favor de una valorización de los activos del patrimonio está en contradicción con la eficacia productiva del establecimiento afectado, que puede ser excelente, o incluso su buen comportamiento en el mercado. O pueden ser también los cuadros subalternos y los técnicos (inclusive los ingenieros técnicos y científicos), más próximos aún a los talleres y servicios, quienes constaten que los aparentes “buenos comportamientos” del establecimiento, según los criterios de productividad aparente del trabajo, o según los criterios de costos de mano de obra, son superados por la cantidad de desperdicios, y por el descenso de la calidad de los productos.

Pero se puede tratar, igualmente, en caso de crisis grave de la empresa, de una crisis que toma formas públicas en la alta dirección sobre los grandes problemas estratégicos: asociaciones específicas toman lugar y adoptan posiciones críticas, por cierto con su lenguaje específico, su ambivalencia respecto de la clase dirigente y de la cultura económica “común” al medio dirigente (“común” en el sentido dialéctico y ambivalente en que lo toma Thomson cuando habla de “costumbres en común”), pero críticas que también, sobre ciertos puntos, pueden coincidir con las de los demás asalariados y organizaciones sindicales.

Así el personal “cuadros” de Neyrpic (GEC-Alsthom), organizado en asociación, ha elaborado, en concertación con los sindicatos CFDT y CGT (obreros y técnicos) argumentos que han permitido salvar la empresa grenoblesa. El Tribunal superior de Grenoble, en efecto, anuló en septiembre de 1996 el plan de 149 despidos presentado

por la dirección ¹³.

Hemos insistido largamente sobre la necesidad de no confundir relaciones de cooperación y relaciones de poder; pero al mismo tiempo hemos podido ver que la sociología puramente *horizontal* que se encierra en las solas relaciones de cooperación (sociología de los acuerdos, las convenciones, etc.) era incapaz de dar cuenta de los procesos de manipulación, de dominación. Tenemos entonces que construir una sociología que tome en cuenta esas dos dimensiones a la vez (vertical y horizontal) y no ignore las *alienaciones* fundamentales producidas por nuestro sistema económico (empezando por el sentimiento de completo *extrañamiento* en los asalariados respecto del modo de gestión de los medios de producción). Si no se podría explicar cómo la cooperación puede o no puede terminar con un sistema de poderes jerarquizados e interiorizados en el cerebro de todos los agentes sociales.

La originalidad de ese tipo de coaliciones que describimos es doble. Por una parte son ante todo coaliciones no *contra* (asociaciones protestatarias o simplemente desviatorias en relación a las normas de gestión dominantes como los “contraplanes” industriales de los años 1970), sino *por* (es decir fundadas sobre otra lógica económica, totalmente opuesta); por otra parte no se trata aquí, según el planteo tradicional del paradigma neoclásico, de una *coalición de intereses egoístas*, sino más bien de una coalición fundada sobre una solidaridad de un nuevo tipo. No se trata, en efecto, de una solidaridad fusional, unanimista, en torno a una comunidad de pertenencia que borra las especificidades y las divergencias de las categorías movilizadas, sino más bien de una *asociación plural*, razonada, en torno a un proyecto común, lo que no excluye, bien entendido, una adhesión afectiva muy fuerte a la identidad de la empresa, especialmente la identidad tecnológica e industrial.

Pero para que pueda nacer este tipo de coaliciones, de redes de acción a diferentes niveles de la empresa, hace falta que se desgarre la red de solidaridad y de connivencias de identidad que vinculan tradicionalmente a los cuadros con la dirección de la empresa y encierran a cada grupo social en su “mundo”, en su nivel de acción: los cuadros de estado mayor en el mundo del comportamiento económico y de las grandes estrategias, los cuadros subalternos en el mundo intermedio de la organización y de la caza de “costos”, de productividad del “trabajo”; los operadores y agentes técnicos, en fin, en el mundo del trabajo concreto y de la cultura técnica. Más aún, es necesario que las “reglas de juego” comunes a los diferentes protagonistas (dirección, cuadros, operadores, sindicalistas) sean puestas en tela de juicio, pierdan su unidad y su monorracionalidad.

El debate sobre los “nuevos movimientos sociales” (¿simplas luchas corporatistas o proyectos políticos alternativos?) esconde así otro debate, tal vez más crucial, el de los criterios y referencias que nos permitan descubrir, observar y analizar dichos movimientos sociales, o más exactamente, lo que en esos movimientos desembocaría en alternativas al capitalismo.

Nuestra contribución al debate consiste no solamente en tomar distancia respecto de la tradición sociológica de los “Nuevos Movimientos Sociales” (NMS) (especialmente la tradición tourainiana que opone movimiento “social” y luchas “políticas”

anticapitalistas), sino sobre todo en proponer nuevos criterios de definición y demarcación de los movimientos sociales que comportan una dimensión política y económica anticapitalista. Estos criterios se oponen a aquéllos que han permitido analizar, a través de toda la historia del movimiento obrero, movimientos “contra”: contra todo tipo de poder institucional, patronal o estatal, la “autonomía” obrera en el taller o la fábrica o el espacio residencial, con lo que ella misma remite a una división implícita entre tres espacios: el de la clase obrera (espacio social), el del Estado (espacio político) y el de la patronal (espacio económico). Los indicadores cuantitativos de las huelgas (número de huelguistas, número de empresas paralizadas, duración de la huelga) miden así la fuerza de una contestación que puede tener una dimensión cultural y política, pero no pone en tela de juicio la división de los poderes y la delegación implícita de las transformaciones estructurales de la sociedad capitalista en “representantes” elegidos, en el marco de un régimen parlamentario.

Se trata, al contrario, de identificar movimientos *por* alternativas económicas a las gestiones patronales y estatales, donde los asalariados y los ciudadanos intervengan ellos mismos directamente en el espacio político y económico. Se trata, entonces, de movimientos no simplemente “sociales” sino *simultáneamente* sociales, políticos y económicos. No oponemos por lo tanto la huelga, local o general, a la “batalla de opinión pública”, a la construcción de proposiciones argumentadas, sino más bien proponemos ver si la relación de fuerza creada por la huelga se apoya igualmente sobre otra relación de fuerza: la que justifica económicamente la huelga, amplía la base del movimiento reivindicativo y sobrepasa su aspecto puramente protestario o corporatista.

Resta una condición sociológica mayor para transformar esas iniciativas locales en verdaderas alternativas económicas al liberalismo: la alianza con los cuadros. Las convergencias objetivas indiscutibles que hemos señalado, no borran sin embargo las diferencias de estatus, la ambivalencia de las posiciones de poder, sobre todo cuando ese poder es susceptible de ser compartido, en caso de intervenciones sindicales en la gestión. Todo va a depender entonces de la capacidad de las organizaciones de asalariados para “salir de sí mismas”, tender puentes entre culturas del trabajo y culturas gestionarias alternativas, para anudar una cooperación eficaz con los cuadros cuando la suerte de la empresa está en juego. El problema es mundial: es el gran desafío que deben afrontar hoy los movimientos de asalariados.

¹ Lo que no quiere decir que no pueda ir lo uno con lo otro, como por ejemplo en PTPM donde la ocupación y la huelga se combinaron con intervenciones en los medios, concertaciones con los electos locales, etc.

² Remitimos a nuestro artículo “Un espace public non reconnu: la discussion dans l’entreprise”, Cahiers internationaux de sociologie, XCVII, 1994, p.373-387

³ Una PMI de 300 asalariados, especializada en el textil automotor ⁴ p. 94

⁵ Lipietz “redescubre” aquí lo que P. Boccardo había analizado hace ya más de 10 años; cf. Issues, 1, 1978, “Statistiques et théorie de la crise”.

⁶ Se trata de desempleados en el sentido del BIT. Fuente: encuestas de empleo de PINSSEE, marzo 1986-marzo 1996 y artículo de V. André-Roux y S. Le Minez (DARES): "Dix ans d'évolution du chômage des cadres: 1986-1996" Premières synthèses, DARES, Ministerio de trabajo, julio 1997.

⁷ Cf. V. André-Roux et S. Le Minez, op. cit.

⁸ Según la encuesta ONEVA 1997, los titulares de un DUT o de un BTS tienen empleos más precarios (40% ocupan empleos temporarios en 1994, 30% en 1997) que los diplomados del segundo ciclo, ellos ocupan mayoritariamente empleos de obreros o de empleados (70% de los bac+2 terciarios) y su salario medio se sitúa alrededor de 7000 FRANCOS (contra 8900 FRANCOS para los diplomas del segundo ciclo). Bref, Creq, 134, sept. 1997.

⁹ Como Baudelot, Establet (1981) o Boltanski (1982).

¹⁰ 52% según el sondeo de APEC-BVA 1997.

¹¹ Cf. S. Beaud, "Les bacs pro", Actes de la recherche en sciences sociales, 114, sept.1996, p.21-29; M. Pialoux, "Stratégies patronales et résistances ouvrières", ibid. p. 5-20-

¹² L'Humanité, 2/9/1996.

¹³ Claude Didry ha mostrado bien el papel decisivo del actor judicial en esta coalición: "Les comités d'entreprise face aux licenciements collectifs", Revue française de sociologie, XXXIX, 3, 1998, p. 495-534.

Para dejar atrás el proletariado capitalista a través de una seguridad de empleo y formación para todos

Paul BOCCARA

(Este trabajo fue utilizado en el taller dirigido por el autor en el Congreso Marx Internacional II)

De las anticipaciones del “Manifiesto del Partido Comunista” para abolir el proletariado capitalista a su autocritica y a las proposiciones actuales de Seguridad de empleo y de formación para superar el desempleo y el mercado de trabajo

El **Manifiesto** del Partido Comunista de Marx y Engels encara, ante todo, la perspectiva de los caminos y medios para la emancipación de los proletarios o trabajadores asalariados de la dominación burguesa de los capitalistas, y aun de toda explotación del trabajo, y no la simple supresión de un sistema social para reemplazarlo por otro.

Aunque el **Manifiesto** constituye un notable esfuerzo por superar las ideas socialistas y comunistas anteriores, él mismo debía aún ser superado. Se podría distinguir, desde este punto de vista, dos grandes fases históricas que aportaron críticas al **Manifiesto** tomado como cuerpo de doctrina, mientras que una tercera habría comenzado en nuestros días.

La primera fase comprende la segunda mitad del siglo XIX, en general todavía en tiempos de Marx, con todas las experiencias de las luchas sociales, incluidas las tentativas revolucionarias, y las principales elaboraciones teóricas inacabadas de Marx, de *El Capital* a los trabajos sobre el Estado y el parentesco.

Viene luego una fase que va aproximadamente de fines del siglo XIX a fines del XX. Ésta culmina, después de numerosas tentativas de construcción social de una amplitud tal que han dejado huellas indelebles, en el reciente derrumbe de la Unión Soviética y regímenes análogos de Europa oriental, pero también del **Welfare State**, del “Estado llamado de bienestar” y del pleno empleo. Pero sobre todo, esta fase desemboca en los desafíos de la crisis sistémica mundial en curso, marcada por la explosión del capital financiero así como del desempleo masivo y la precariedad, a escala mundial.

Sin embargo, esta crisis se caracteriza igualmente por verdaderas revoluciones de las condiciones de la sociedad humana: la revolución tecnológica informática, la revolución demográfica de la longevidad sumada a la reducción de la fecundidad, la revolución ecológica, la revolución monetaria de la desvinculación de la moneda con respecto al oro, etc.

Sin duda, podría distinguirse así una tercera fase, que comenzaría en nuestros días.

Y también podrían intervenir las lecciones de las experiencias sociales de gran amplitud del siglo XX: conquistas y más aún fracasos, perversiones o ilusiones.

De tal manera, se podría comenzar a proponer, práctica y teóricamente, principios de superación efectiva, concernientes a la emancipación de las características mismas del trabajo asalariado y no sus supuestas condiciones económicas, políticas o culturales, sin confundir los fines efectivos de la vida de cada uno con los medios sociales que les deben estar totalmente subordinados.

Un inicio de superación estaría así referido a una “Seguridad de empleo y de formación”, que deje atrás no sólo la precariedad fundamental de los trabajadores asalariados y de los desocupados, así como de la subcalificación de una gran parte de ellos, sino también la flexibilidad del desempleo en relación con la rigidez de un empleo obligatorio, con la posibilidad de la obtención de formación en lugar de empleo y de una vinculación con nuevos tipos de empleo y de vida social.

I – EL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA: INICIO DE SUPERACION QUE HA DE SER SUPERADO EN NUESTRO TIEMPO

“Derrumbamiento” o “abolición” más bien que “superación” propiamente dicha del trabajo asalariado capitalista

El **Manifiesto** sitúa la subjetividad del “derrumbamiento” de la dominación de los trabajadores asalariados por el capitalismo en un proceso histórico objetivo. Así, comienza por referirse a la transformación revolucionaria de la sociedad por la burguesía capitalista. En esas condiciones, el derribo de la dominación capitalista se inscribe en la continuación de los “prodigios” progresos realizados por ella, por otros progresos aún más extraordinarios de la sociedad desembarazada de la explotación de clase.

La concepción neo-hegeliana de una **superación** (supresión y búsqueda del progreso) comienza así a quedar establecida. Pero son las expresiones de “derrumbamiento”, de “destrucción” y de abolición las que se dan por sentadas, y, más allá de los términos exactos empleados, es esta visión destructora la que predomina. Así, incluso la superación propiamente dicha del individualismo burgués que constituye el principio proclamado del “libre desarrollo” de cada uno como “condición del libre desarrollo de todos”, permanece extremadamente abstracta (**El Manifiesto del Partido Comunista**, p. 35).

Por cierto, el **Manifiesto** rechaza “*las condiciones fantuosas... [de] una organización de la sociedad fabricada en todas sus piezas*” por “*el socialismo y el comunismo crítico-utópicos*” que “*no perciben las condiciones materiales de la emancipación*” en razón de la insuficiencia del “*desarrollo histórico*” (*Ibidem*, p.44-45).

Pero la superación del utopismo no está totalmente acabada, sino solamente iniciada. En efecto, las proposiciones se mantienen muy abstractas; por lo menos en lo que concierne a una sociedad distinta que deje atrás el proletariado de la sociedad capitalista y aparte de un programa de transición democrática inmediata. Sin embargo, y sin duda debido principalmente al hecho de la inmadurez de la sociedad, ello continuará caracterizando toda la obra ulterior de Marx, incluido *El Capital*.

Raíces económicas de las luchas de clases y esquema de la evolución conducente a la destrucción de las cadenas de la propiedad capitalista y del trabajo asalariado

La fuerza renovadora perdurable del **Manifiesto** como también sus debilidades y

su inmadurez relativa, o aún los puntos de fijación de los derivados dogmáticos ulteriores, radican en los mismos análisis. Se trata del análisis de las raíces económicas de los antagonismos de clase capitalistas, de la necesidad de quebrantarlos en razón del progreso de las fuerzas productivas, y de los medios políticos de su erradicación.

Se ha vinculado esas luchas de clases en las distintas épocas, con “*las relaciones de producción*”, los “*regímenes de propiedad*” históricos, a su vez condicionados por “*las fuerzas productivas*”. Se vuelve a encontrar la concepción neo-ricardiana de Richard Jones (mencionado por el propio Marx en sus “*Teorías de la plusvalía*” ulteriores) de la concomitancia entre “*fuerzas productivas*” y “*estructura económica*” de las “*relaciones*” sociales correspondientes.

Así: “En cierto punto del desarrollo de esos medios de producción y de cambio, las condiciones en las cuales la sociedad feudal producía y cambiaba... en una palabra, el régimen feudal de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas en pleno desarrollo. Trababan la producción en lugar de hacerla progresar... Había que romper esas cadenas. Se las rompió [...].

Asistimos hoy a un proceso análogo [...] la revuelta de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción, el régimen de propiedad que condiciona la existencia de la burguesía” – (*Ibidem*, p. 19-20).

Sin embargo, ya en el **Manifiesto**, más allá de este esquema, hoy ampliamente difundido como una vulgata y al cual es corriente limitarse, Marx y Engels se esfuerzan por aportar precisiones complementarias muy sugestivas. Estas últimas revelan, a la vez, los límites de su visión histórica y la necesidad de desarrollos teóricos ulteriores, elaborados ya en nuestros días.

Se trata, en especial, de dos consideraciones:

1) La revelación de esa revuelta de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción burguesas por las “*crisis comerciales*” de “*superproducción*”;

2) La situación a la que llega el capitalismo, en que el trabajador es relegado hasta “*por debajo de las condiciones de vida de su propia clase*” por el desempleo y el empobrecimiento. Éste se acrecienta más rápidamente que la población, de ahí la necesidad de subsidios de subsistencia en lugar de salarios.

En estas condiciones, según el **Manifiesto**:

“Es, pues, evidente que la burguesía es incapaz de cumplir por más tiempo su papel de clase dirigente y de imponer a la sociedad, como ley suprema, las condiciones de existencia de su clase. Ya no puede reinar más, porque es incapaz de asegurar la existencia de su esclavo en el marco de esa esclavitud, porque está obligada a dejarlo decaer al punto de tener que alimentarlo en lugar de hacerse alimentar por él. La sociedad no puede vivir más bajo su dominación, lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía no es más compatible con la de la sociedad [...] la condición de existencia del capital, es el proletariado” (*Ibidem*, p.26).

Sin embargo, esta visión de Marx, correspondiente de hecho a la larga fase de dificultades de la primera crisis sistemática capitalista de los años 1820-1850 –a pesar de anticipar las derivaciones de la crisis sistemática en curso en la existencia de desempleados de muy larga data y de “excluidos”– es en gran medida unilateral, al ser prisionera de las condiciones de la época. Él no ve la importancia decisiva de la calificación y de la formación obrera, y no insiste, en este contexto, sobre el papel del

enriquecimiento del proletariado por la incorporación de nuevas capas. No obstante, por otro lado, **El Manifiesto** reconoce ya: “*El médico, el jurista, el sacerdote, el poeta, el sabio: ella (la burguesía) ha hecho de ellos asalariados a su servicio. (Ibidem, p.17).*

Sin embargo, los trabajos ulteriores de Marx, en particular en *Les Grundrisse* o en *El Capital*, y de otros autores, así como la evolución del capitalismo, van a permitir insistir sobre el papel crucial de la ciencia positiva en la producción capitalista (evocada al pasar en **El Manifiesto**), sobre las exigencias de desarrollo de la formación de los trabajadores. *El Capital* va a insistir, relativizando de hecho las cuestiones de propiedad, sobre los criterios de gestión de rentabilidad de las empresas que se deben superar: criterios de la tasa de ganancias, que favorecen la acumulación material relativamente a los trabajadores y conducen a las crisis de superproducción y al desempleo masivo.

Medios políticos de la abolición del trabajo asalariado, revolución violenta y estatismo, teoricismo o análisis sistemáticos abiertos a la creatividad.

La fuerza realista del **Manifiesto** está en ver, en oposición especialmente a las construcciones utópicas, como la “Reforma” republicana, el nivel político radical de la transformación social de emancipación de los proletarios. De ahí la exigencia de la constitución de un **partido** político comunista, que se proclame de la clase obrera, con “la inteligencia teórica del movimiento de conjunto” (Ibidem, p. 24) para tener por causa el mismo poder de Estado, a fin de realizar por medidas graduales la abolición del trabajo asalariado como tal con la supresión de sus condiciones en la propiedad burguesa de los capitales.

Pero también, con la valorización de las clases y de sus raíces económicas, esclarecedora con respecto a las ilusiones idealistas, se perfila una tendencia “económista” posible, que deja un poco de lado el análisis de las bases materiales tecnológicas, a pesar de la insistencia sobre las fuerzas productivas, y el rol de la vida humana real no económica. Hay también por otra parte una visión por así decir “clasicista” tendiente a reducir toda la realidad societaria a las clases socio-económicas. Y al mismo tiempo, hay sin duda una valorización del Estado, de los partidos y aún del político, con su realismo, pero también una vertiente “politicista”.

Además, el llamado a la revolución violenta y al estatismo participa de las experiencias de la revolución burguesa y de las limitaciones de la época.

Dos orientaciones fundamentales, de hecho vinculadas entre sí, serán señaladas por Marx para trabajos futuros:

por una parte, las investigaciones sobre la reproducción de la vida de los seres humanos, que nosotros por nuestra parte llamamos la regeneración humana de la antroponomía para distinguirla de la reproducción material social de la economía;

por otra parte, más allá del análisis esencial de *El Capital*, el análisis de las realidades económicas concretas fenoménicas abiertas.

Estas dos orientaciones, si se hubieran desarrollado plenamente en lugar de permanecer en estado rudimentario –se puede no obstante mencionar los trabajos de Kondratieff sobre las fluctuaciones económicas de largo plazo y los trabajos de Manenheim sobre las generaciones– hubieran permitido superar las tendencias al teoricismo y a la predeterminación histórica de **El Manifiesto**.

Inmadurez o maduración de la evolución de la sociedad para superar el capitalismo – Tendencias dominantes de los movimientos sociales del siglo XX – Otras dominaciones que las de clase

Otro elemento de fuerza visionaria y de debilidad reductora reside en la visión de la “*Sociedad [que] se divide cada vez más en dos grandes clases diametralmente opuestas: la burguesía y el proletariado*” (*Ibidem*, p.15).

Por una parte, es la exactitud históricamente confirmada de la salarización de todas las sociedades, y de ahí la perspectiva de la aproximación de las luchas de emancipación en cada país y entre países. Pero es también, por otra parte, la subestimación de la prevalencia aún vigente de las sociedades de mayoría campesina (ya que sólo en este momento está cambiando la mayor parte del mundo) y también de la importancia de los nuevos trabajos improductivos, hasta su predominio en los países capitalistas desarrollados actuales.

Las tendencias a la mundialización del capital y a la salarización de los trabajadores, reveladas por el **Manifiesto**, son mucho más lentas de lo previsto y no aparecen sino en nuestros días. Pero también, han sido marcadas por contradicciones antagónicas, que reactivan dominaciones y contra-dominaciones, con la expansión del imperialismo capitalista, colonial o no.

Inmadurez y dominaciones se conjugan para oponerse a la superación efectiva de la opresión al trabajo asalariado y de sus caracteres fundamentales.

Se trataría de los movimientos nacionalistas, de dominación y contra-dominación. Se trataría también de movimientos más o menos reformistas, que intentan una conciliación del proletariado con la dominación del capital, y réplicas más o menos sectarias y obreristas hasta la oposición principal, más matizada, entre la social-democracia y el bolchevismo.

Sin embargo, esto ha conducido finalmente a la caída de la Unión Soviética pero también, aunque de manera menos catastrófica, del **Welfare State**, de los Estados de bienestar con una dominante social-demócrata. Ello concierne de modo muy particular a la superación de la condición de asalariado capitalista caracterizada por el desempleo posible. Es, por una parte, el fracaso del “pleno empleo” que nunca suprimió ni el desempleo ni la subclificación y que concluye en la vuelta a la desocupación masiva. Y es, por otro lado, el fracaso de la garantía dominadora burocrática del trabajo, con sus desórdenes específicos que desemboca también finalmente en el retorno del desempleo masivo.

Por supuesto, estas dos tentativas de supresión de la precariedad fundamental del trabajo asalariado capitalista remiten a la inmadurez del desarrollo capitalista.

Esta inmadurez concierne más particularmente aún a la Unión Soviética así como a los países que siguieron su modelo. Es la influencia, no solamente de la gran mayoría campesina y de su conversión en trabajadores industriales alienados a las máquinas-herramientas, sino también de las interferencias con el remanente de las tendencias autoritarias zaristas surgidas del modo de producción despótico llamado “asiático”, de una superestructura dominante de las comunidades campesinas arcaicas, con tendencias propiamente totalitarias. Y, sin duda, aún no ha terminado la “elaboración del duelo” a propósito de las construcciones que se proclamaron del socialismo y del marxismo del **Manifiesto**, pero de tipo estatista extremadamente autoritario, vincula-

das al sometimiento de los países subdesarrollados por los países capitalistas dominantes...

II – SUPERACIÓN DEL DESEMPLEO Y DE UNA CULTURA DE EJECUCIÓN MEDIANTE UNA SEGURIDAD DE EMPLEO Y DE FORMACIÓN DE CADA UNO Y CADA UNA, COMO INICIO DE LA SUPERACIÓN DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA.

Superación de los caracteres del trabajo asalariado capitalista: precariedad y desempleo, formación de ejecución y dirección delegada, etc.

El **Manifiesto** subraya la “explotación” capitalista, en vista de la obtención de ganancias para el acrecentamiento del capital, de la apropiación del trabajo asalariado (*Ibidem*, p.28-29). El trabajador es reducido a “una mercancía” como otra y “*obligado a venderse*” para “*mantenerse y perpetuar su descendencia*” (p.21).

En realidad, hay una distinción radical entre una mercancía ordinaria y los trabajadores obligados a **venderse a sí mismos, pues son libres, propietarios de sí mismos** (y no pueden venderse más que por un tiempo limitado para seguir siendo libres) a diferencia de un esclavo vendido por un propietario distinto de sí mismo, como lo mostrará *El Capital* de Marx.

Por otra parte, el **Manifiesto** insiste sobre los aspectos concretos fundamentales de la condición de trabajador asalariado, que permiten imponer, de hecho, la explotación capitalista y la exigencia de rentabilidad del trabajo para la acumulación capitalista, con la reducción de los salarios a las necesidades de los trabajadores para vivir: **la posibilidad de perder su empleo** y de no tener de qué vivir, con la no-posesión de los medios de producción, es lo que constituye la precariedad del trabajo y el desempleo (*Ibidem*, p.21 a 29).

De hecho, esa precariedad y ese desempleo son el reverso del libre movimiento de los asalariados y de los capitales mismos, a diferencia de los siervos atados a la tierra y de la disposición de las tierras rígidamente establecida por la dominación señorial.

Asimismo, Marx, al subrayar la fuerza extraída por la reacción y la dominación capitalistas de la recuperación económica durable, va a poner nuevamente en escena el **Manifiesto** a través de nuevas elaboraciones teóricas a la luz de las nuevas experiencias.

Ello se refiere, en primer lugar, a los trabajos sobre las luchas de clases en Francia y en el resto de Europa. Así, en **Las luchas de clases en Francia (1848-1850)**, indica la importancia revolucionaria de la reivindicación práctica del “derecho al trabajo”. Ésta, en efecto, más allá de la declaración de principios abstracta de la Constitución de 1793, va a conocer en 1848 en París, una nueva tentativa práctica de gran amplitud (117.000 personas en junio) con los **Talleres Nacionales**. Aún si se tratara de una deformación caricaturesca de las ideas de Louis Blanc sobre la “organización del trabajo” y los “Talleres populares”, su pretensión “socialista” práctica los distingue ya de las “Workhouses” inglesas o de los “talleres de caridad” franceses¹.

Así, después de haber denunciado la transformación del “derecho al trabajo” en “derecho a la asistencia”, Marx puede subrayar: “*El derecho al trabajo es en el sentido burgués un contrasentido, un vano deseo lamentable, pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital; detrás del poder sobre el capital, la apropiación de los medios de producción, su subordinación a la clase obrera asociada, es*

decir, la supresión del trabajo asalariado, del capital y de sus relaciones reciprocas” (*Les luttes de classes*, p. 70).

Es precisamente la precariedad fundamental de la condición proletaria la que pone en primer plano las aspiraciones de sus obreros parisienes a derechos vitales nuevos, y no a medios o condiciones, como el poder sobre el capital y la apropiación de los medios de producción, por una especie “*de trastuque de los sujetos y los objetos*”. Marx ha criticado en otros textos “*ese trastuque*”, tanto en *El Capital*, donde los sujetos dominantes son los medios de producción, representados por los empresarios capitalistas, mientras que los trabajadores son tratados como objetos, como en sus trabajos de juventud sobre la “*burocracia de Estado*” donde el sujeto es el papeleo de las oficinas, representadas por los burócratas, y pretende administrarlas como objetos. Por otra parte, Marx reconoce que “*el proletariado parisense impondrá... esta concepción: la República debe declararse una República rodeada de instituciones sociales*” (*Ibidem*, p. 46).

Pero luego, los trabajos de Marx para la puesta en acción nuevamente del **Manifiesto** se refieren a su crítica de la economía política, y muy particularmente *El Capital*.

El Capital de Marx va a puntualizar el papel decisivo de las fluctuaciones del “ejército de reserva” de los desempleados, unidas a las crisis periódicas de superproducción, para mantener la explotación y aumentar la plusvalía.

Pero sobre todo, en el mismo sentido, *El Capital* va a reaccionar fuertemente de manera dialéctica, en comparación con la insistencia unilateral del **Manifiesto** sobre los aspectos negativos, por así decir, del proletariado capitalista y de su evolución histórica tendencial. Según el Manifiesto, “*cuanto más repugnante se vuelve el trabajo, más bajan los salarios [...] cuanto menos habilidad y fuerza exige el trabajo... más progresiona la industria moderna... [y] la máquina... reduce el salario casi en todas partes a un nivel igualmente bajo*” (*obra citada*, p.21, 22, 23). Pero en realidad, en contradicción con esta tendencia efectiva, hay una tendencia a exigir mayor formación de los trabajadores (cuyos conocimientos deben reemplazar precisamente la habilidad y la fuerza), y a mejores condiciones de vida y de trabajo.

El Capital va a poner ya en claro no solamente la propiedad de sí mismo del trabajador asalariado y su libertad de movimiento, sino también el carácter histórico variable de sus necesidades vitales aumentadas, aunque se mantenga la precariedad o que los salarios sean altos o bajos.

Va a insistir sobre el nuevo papel correlativo del obrero que vigila o maneja máquinas-herramientas en reemplazo del trabajo manual, aunque siga siendo por mucho tiempo un instrumento de la mecanización.

Esta tarea específica corresponde a una actividad principalmente informativa, incluso si se trata de una información de ejecución de las consignas de la dirección capitalista, de la cual señala *El Capital* que se apoya sobre las ciencias físico-químicas aplicadas a la producción.

Si el **Manifiesto** evoca ya, de paso, el “Bill de las diez horas” en Inglaterra, *El Capital* va a desarrollar de manera sistemática el análisis de las luchas por la reducción de la duración de la jornada de trabajo, y de la importancia decisiva que ellas tuvieron. La reducción de la jornada de trabajo tiene un papel primordial no solamente desde el

punto de vista del retroceso de la explotación y de su transformación, en la vida cotidiana, sino también para lograr sobreponer la sociedad capitalista misma. Al reducir la actividad destinada a una producción impuesta, que domina la vida, es posible la expansión de actividades libres, concernientes al desarrollo de cada cual, y que tienden a sobreponer el trabajo mismo².

Y en ese sentido importan, aunque de manera alienada y pervertida a la vez, las indemnizaciones por desocupación o también los ingresos de subsistencia, como el Ingreso Mínimo de Inserción en Francia, y la formación continua durante toda la vida, en alternancia con el trabajo. Por otra parte, la ley francesa de 1971, que instituye la formación permanente o continua, tiene un antecedente directo en las exigencias llamadas utópicas del movimiento parisense de mayo de 1968 en el sentido de superar la oposición "trabajadores/estudiantes", reactualizando explícitamente ideas que se remontan al **Manifiesto del P.C. de combinación de la educación con el trabajo**³.

En efecto, ya el **Manifiesto** propone esta unión para una sociedad futura al proponer, en su programa inmediato "para los países más avanzados" la "combinación de la educación con la producción material". Sin embargo, por otro lado, invoca la perspectiva rígida del "trabajo obligatorio para todos". La superación propiamente dicha, no sólo del trabajo libre sino también de la flexibilidad de la desocupación, a pesar de sus males, por la posibilidad del establecimiento de una formación en lugar de empleo, que aparece en nuestros días, no pudo ser anticipada, menos aún en *El Capital*. No obstante, la *Crítica del Programa de Gotha* del Partido social-demócrata alemán por Marx, en 1875, insistirá sobre la desaparición, en una sociedad comunista, "de la avasalladora subordinación de los individuos a la división del trabajo y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual... con el desarrollo múltiple de los individuos" (*Critique des Programmes de Gotha et d'Erfurt*, Editions Sociales, Paris, 1950, p.25).

Una Seguridad móvil de empleo o de formación permitirá superar a la vez el pleno empleo reformista precario y los problemas del autoritarismo del trabajo en sociedades estatistas que se proclaman socialistas.

Por otra parte, el pleno empleo nunca ha significado ausencia de desocupación, sino su nivel reducido. Y se ha caracterizado por la importancia de la subcalificación.

La revolución informática plantea esta cuestión: de manera negativa, por la desocupación perdurable generalizada; de manera positiva, por las exigencias de formación para un trabajo más responsable y creador.

Ello permitiría, contrariamente a la concurrencia mundializada contra los salarios, una baja de los costos basada sobre la calificación y la utilización al máximo de los costos de investigación compartidos, y no sobre la compresión de los salarios para la ganancia capitalista y el control financiero monopolista de la investigación-desarrollo.

Se puede avanzar hacia esa Seguridad a través de medidas inmediatas para las capas más frágiles: los jóvenes, los mayores de 50 años, las mujeres, los de menor calificación. Lo mismo puede hacerse especialmente mediante la transformación de las indemnizaciones por desempleo en remuneraciones de actividad de formación; de etapas más o menos vacías y que no desembocan en un empleo, en etapas de formación verdaderamente conducentes a mejoras en el empleo; y ello por la reducción del

tiempo de trabajo durante toda la vida para una formación continua, no acaparada, como sucede todavía hoy, por los asalariados más calificados.

Una nueva regulación favorecería especialmente la **rotación** entre formación y empleos, que permitiría superar las alternancias de superproducción (con la demanda de formación) y de subproducción (con el progreso del empleo).

Es el caso también de las medidas francesas de reducción del tiempo de trabajo a 35 horas, que se practican a título de ensayo para su aplicación en otros países. Pero para que esta reducción permita importantes creaciones de empleo, hace falta contar con medios financieros eficaces. Los medios de la primera ley francesa consisten en subsidios públicos para disminuir las cargas sociales. Este tipo de medida es perverso, aún cuando responda a la concurrencia para disminuir las cargas salariales exacerbada por la moneda única.

Como todas las bajas de cargas salariales, ésta impulsa la baja general de los salarios. Ello tiende a disminuir la demanda y la calificación, deprimiendo el crecimiento del empleo. Los efectos de estos regalos son precarios. Por lo contrario, una baja de las cargas financieras, con créditos a bajas tasas de interés para inversiones en la medida en que creen fuentes de trabajo, estimularía la demanda. Produciría los efectos durables de las inversiones reales y también en formación e investigación, para una competitividad fundada sobre la calificación y no sobre los bajos salarios. La concurrencia de esas bajas de las tasas de interés conduciría a otra lógica de baja de las exigencias de rendimiento financiero de los capitales.

Superación de las condiciones del trabajo asalariado capitalista, en un principio de superación de la forma económica “capital”, apoyada sobre la revolución informática.

El **Manifiesto** retoma, vinculándolo a la “explotación” del trabajo vivo asalariado, el concepto neo-ricardiano de “trabajo acumulado” en capital (Ibidem, p.28-29).

Pero también, el **Manifiesto** vincula el capital a las “máquinas” (Ibidem, p.16). Llega a aludir al reemplazo de “la manufactura” por la “gran industria moderna”, “la gran fábrica”, cuando “el vapor de la máquina revolucionaba la producción industrial” (Ibidem, p.16 y p.21).

Sin embargo, *El Capital* analizará en forma detallada el sentido de lo que llama la “revolución industrial”, en que la “máquina-herramienta” reemplaza la mano del obrero manejando la herramienta. Y estudiará su desarrollo hasta lo que denomina la máquina “automática” (self acting), en realidad semi-automática.

Todo lo contrario, *El Capital* de Marx, por supuesto sin poder llegar él mismo, inicia el camino hacia el análisis riguroso de las revoluciones tecnológicas de conjunto, hasta nuestro análisis de la revolución tecnológica de conjunto contemporánea de la automación o revolución informática.

Medios materiales nuevos reemplazan de aquí en adelante ciertas funciones del cerebro humano, para el almacenamiento y manejo de informaciones o datos de toda especie (como en las computadoras), y ya no solamente las manos (como en la revolución industrial de la máquina-herramienta).

Pero las nuevas economías de la relación entre costos de los medios materiales y sus resultados, pueden tener dos tipos de efectos opuestos. Bajo el dominio de la rentabilidad financiera, ello entraña una tendencia a la insuficiencia grave de la demanda, una de las raíces de la guerra económica y de la desocupación mundial duradera. Esto

provendría de la conjunción, más reforzada que nunca, de las reducciones de trabajo y de salarios y de la disminución de las acumulaciones materiales, relativamente a la riqueza mercantil nueva o valor agregado producido, en la producción y más aún en los servicios.

Pero sobre todo, una información, por ejemplo los resultados de una investigación, es esencialmente diferente de un producto industrial. Si yo entrego un producto industrial, como la lapicera con que escribo esta comunicación, no lo tengo más. De modo que para reproducirlo, aquél a quien se lo entrego como producto especializado, debe pagarme por lo menos todos los costos. En cambio, si yo entrego una información, como el contenido de este estudio, muchos otros pueden tenerla y yo no la pierdo. De modo que se pueden compartir los costos. Claro que los costos de este tipo son colosales e incluso predominantes para las producciones más modernas.

Pero tanto más podrán compartirse los costos de una investigación, con la consiguiente disminución para cada uno, cuanto más personas haya, formadas, empleadas, equipadas y responsables para utilizarla, tanto en un país como en el mundo. De ahí que, en las mismas operaciones de producción material, se plantee la cuestión de un posible comienzo de superación del trabajo asalariado y del capitalismo por la supresión de la desocupación, el papel decisivo de la formación y de la intervención creadora de todos los trabajadores en la producción a través de una nueva combinación “trabajo nuevo/actividades fuera del trabajo”, así como por la promoción de la cooperación para la información, que desaloja la concurrencia para la acumulación material y financiera predominante.

De todos modos, bajo el dominio de la rentabilidad financiera, si se busca compartir costos de información, como los de investigación-desarrollo, lo es de manera monopolista para destruir a los competidores en la guerra económica y para mejor integrar asalariados más excluidos que nunca. Y, para compartir de manera monopolista, se busca dominar vastos conjuntos de empresas, utilizando las tomas de control en la Bolsa, por el mercado financiero. Asimismo, se utilizan los mercados financieros a fin de atraer fondos de manera concurrente y lograr beneficios especulativos, en relación con los nuevos gastos denominados inmateriales, de investigación, de transmisión de conocimientos industriales, de formación especial, etc.

Sin embargo, se pueden proponer cooperaciones novedosas, institucionalizadas, para compartir los costos nuevos, sin los inconvenientes de los inmensos gastos financieros del control.

Esas participaciones podrían tomar la forma de asignaciones obligatorias para operaciones mutualizadas no sólo de desarrollo de investigaciones sino también de formación y de garantía de empleo, entre empresas y servicios. Y esta participación, profundamente modificada (dejando atrás la repartición mercantil o las asignaciones estatales complementarias para gastos) sería anticipada por medio de un crédito y una creación monetaria de un nuevo tipo.

Ya el **Manifiesto**, más allá del “trabajo acumulado” y de las máquinas de la fábrica, indica no solamente la exigencia de “ganancia” de los capitales, sino también la importancia de la utilización del “crédito” para superarlos (*Ibidem*, p.29 y p. 34).

Sin embargo, *El Capital* de Marx pondrá en el centro de su elaboración el análisis del criterio regulador de la “tasa de ganancias” del capital, en una visión sistemática que

vincula las operaciones tecnológicas, las relaciones sociales de producción y la regulación.

El “capital” que hay que superar, no es una simple propiedad privada de los medios de producción, que existía ya en el sistema esclavista. Es una propiedad de moneda, que condiciona decisiones de utilización para la producción, de esta moneda y de la moneda de la sociedad (crédito y mercado financiero) en procura de rentabilidad económica y también financiera (teniendo en cuenta el juego del capital prestado y de la tasa de interés).

De ahí la necesidad de otros criterios de gestión de las empresas que los de rentabilidad, como los **criterios de eficacia social** propuestos en Francia desde fines de los años 70, para una verdadera **superación** de las regulaciones basadas en la tasa de interés. Esos criterios irían más allá de la simple **supresión** de la exigencia de rentabilidad de las empresas públicas o nacionalizadas y de sus posibles dificultades frente a los consiguientes desafíos reaccionarios de la privatización⁴. De ahí también la exigencia de poderes de intervención de los trabajadores y la población sobre el dinero en la empresa y el crédito, así como la de dar otra utilización a fondos públicos y sociales que se han vuelto formidables, en especial para una Seguridad de empleo o de formación.

Esta supresión o abolición de las exigencias de rentabilidad y esta ausencia de criterios sintéticos mercantiles de superación han caracterizado, de manera totalmente diferente, el capitalismo monopolista del Estado del **Welfare State** pero también las economías de tipo soviético.

Los criterios de gestión de empresas que propongo por mi parte (y que ya han suscitado en Francia otros enfoques más o menos aproximados) se refieren a cuatro conjuntos, a partir de la madurez actual de estas cuestiones cruciales.

Esos nuevos criterios de eficacia social se combinarían de manera conflictiva pero viable con los criterios de rentabilidad capitalistas (disuadidos ellos mismos de la búsqueda de crecimiento financiero o de los despidos sin reinserción).

Superación de las condiciones del trabajo asalariado capitalista en las instituciones políticas hasta el plano mundial y en todas las relaciones antropónómicas, de género o de sexo, de edad, etc.

El **Manifiesto** está marcado por contradicciones notables entre “*derrocamiento violento*” o “*destrucción por la violencia del antiguo régimen de producción*” y “*conquista de la democracia*”; o también entre la “*centralización del crédito*” y de los “*instrumentos de producción*” en “*manos del Estado*” y la insistencia sobre su control por los “*individuos asociados*” (*Ibidem*, p. 34-35).

Ya después de la experiencia de **La Comuna de París**, Marx declara en el prefacio de 1872 que el **manifiesto** es “*anticuado*” respecto del Estado pues la **Comuna** ha demostrado que “*la clase obrera no puede contentarse con tomar tal cual la máquina del Estado*” (*Ibidem*, p.4).

Insistirá especialmente sobre la descentralización de las comunas federadas. Y en 1872 señalará las “*vías pacíficas*” de la revolución en los países desarrollados con instituciones democráticas⁵.

Ahora bien, para ser coherentes entre sí, las “*vías pacíficas*”, así como el avance de

la descentralización de los poderes hasta llegar a los “*individuos asociados*”, que la madurez del sistema hará posibles, deben pertenecer al dominio de cada cual y en concordancia con su formación, su empleo y su trabajo.

El Manifiesto ridiculizaba las “*fanfarronías liberales*” de la burguesía, para reivindicar de manera ambigua “*la abolición de la libertad burguesa*” (Ibidem, p. 29). Y, especialmente después del aplastamiento en la sangre de los obreros en junio de 1848, Marx evocará la “*dictadura del proletariado*”, y ello hasta su crítica del Programa de Gotha, bajo la influencia evidente de las tradiciones del movimiento comunista surgidas de la revolución burguesa francesa. Pero también, en esta crítica de 1875, evoca la superación de la “*República democrática*”, ya que, dice, “*es precisamente bajo esta última forma estatal de la sociedad burguesa que se librará la batalla suprema entre las clases*” (*Critique du Programme de Gotha et d'Erfurt*, obra citada, p. 35-36).

Hoy día, para superar tanto el encierro social-demócrata en el parlamentarismo como el estatismo autoritario regresivo y aún de tendencia totalitaria, se plantea la cuestión de las intervenciones directas descentralizadas de los trabajadores y de su concertación, en una superación autogestionaria de la democracia representativa, a través de formas mixtas para empezar (intervenciones directas y delegación representativa).

Esto remite a una transformación de todas las relaciones sociales para la participación en los recursos y las informaciones, pero también en los poderes, inclusive entre géneros y entre generaciones hasta llegar a la participación individual de cada uno y cada una, para ser dueños de su propia vida personal.

El Manifiesto menciona, desde el punto de vista de la condición de los trabajadores asalariados, “*las distinciones de edad y de sexo*” que no tendrían “*más importancia para la clase obrera*”, salvo que el “*costo*” salarial “*varía según la edad y el sexo*” (Ibidem, p.22).

Sin embargo, los trabajos de Marx, al fin de su vida, sobre las sociedades arcaicas abren interrogantes sobre la superación de otras dominaciones sociales, como las de los ancianos, la dominación sobre las mujeres, o las vinculadas a la aparición de las clases con el monopolio de las actividades culturales, en tanto que las clases dominadas son consagradas al solo trabajo productivo. Estas dominaciones no económicas o antropónomicas favorecerían la resistencia de las dominaciones de clases económicas o políticas.

Se trata del sometimiento de las mujeres, y también de los niños, mientras que en nuestros días plantean la exigencia de su emancipación, conjuntamente con la de las personas más jóvenes cuya importancia se manifiesta hasta muy avanzada edad.

Esto nos lleva a la necesidad, para esa emancipación, de la conquista de una seguridad de ingresos y de formación **para cada una y cada uno** de los seres humanos, con una Seguridad de empleo y de formación. Esta conquista de derechos para cada uno parece haber sido decisiva en todas las grandes etapas de la evolución de la Humanidad.

No solamente las exigencias de la vida humana no son ya negociables por contrato, contrariamente a lo que el ultra-liberalismo actual quisiera hacernos creer, sino que su preservación en las nuevas condiciones históricas lleva a la creación de nuevas

definiciones de esas mismas exigencias.

Ello va desde la distribución del crédito, compartido a escala mundial, para que todos reciban remuneraciones de empleo o de formación y para su subsistencia material, hasta el acceso a la información y a la participación en la creatividad informativa. Se refiere asimismo a un aporte nuevo de las diferentes culturas mundiales a la cultura universal, pero de manera no elitista, manteniendo el estilo de vida de cada cual.

El objetivo de "embellecer la existencia" del Manifiesto (*Ibidem*, p. 29) se podría realizar gradualmente con los avances de la creatividad de cada uno para su propia vida de manera autónoma y en cooperación.

Una ética de intercreatividad podría progresar sobre la base de una Seguridad de empleo y de formación de cada uno. No se trataría de hacer el bien al prójimo de manera paternalista ni sacrificándose, y por ende siempre bajo dominación social, sino de tratar de permitir que cada uno pueda crear su propio bien, en relación con las otras autocreaciones.

BIBLIOGRAFIA TEMATICA

Sobre la revolución informacional y sobre los nuevos criterios de gestión de eficacia social:

Paul BOCCARA, *Intervenir dans les gestions avec de nouveaux critères*, Editions Sociales, París, 1985

Sobre la superación autogestionaria del estado burgués y de la dictadura del proletariado, así como sobre la revolución pacífica:

Paul BOCCARA, *Théorie marxiste et voies autogestionnaires de la révolution en France*, La Pensée, janvier-février 1986.

Sobre una Seguridad de empleo o de formación para superar el mercado de trabajo:

Paul BOCCARA, *Sur de nouveaux principes et institutions mixtes pour la création d'emplois et l'insertion dans un autre plein emploi et une pleine activité*, Revue Issues, N° 47-48, 4éme trimestre 1995-1er trimestre 1996.

Sobre los análisis sistémicos económicos (de la reproducción material social) y antroponómicos (de la regeneración humana social):

Paul BOCCARA, *Au-del'a de Marx: pour des analyses systémiques, ouvertes à la créativité d'une nouvelle régulation, en économie et en anthroponomie*.

in Congrès Marx International, *Actualiser l'économie de Marx*,

Presses Universitaires de France, París, 1996

Sobre una transformación de alcance revolucionario de las relaciones internacionales en el plano económico:

Paul BOCCARA, *Pour une mondialisation de co-développement et non de concurrence destructrice*, *Economie & Politique*, mai-juin 1997

Sobre una moneda común europea y también una moneda común mundial:
Paul BOCCARA, *Pour une création monétaire en coopération et pour une monnaie commune articulée aux monnaies nationales*, Revue Issues, Nº 51-52, 1er-2ème trimestres 1998

Sobre las cuatro revoluciones (informacional, demográfica, ecológica, monetaria) y sobre el problema de las transformaciones sociales posibles (inclusive de la propiedad):

Paul BOCCARA, *Au cœur des défis de notre mutation: des propositions immédiates et de dépassement révolutionnaire*, *Economie & Politique*, noviembre-diciembre 1997

¹ Marx escribe en este sentido: "no era por su contenido, sino por su título, que los Talleres Nacionales daban cuerpo a la protesta del proletariado contra la industria burguesa, contra el crédito burgués y contra la República burguesa" (*Les luttes de classes en France*) (1848-1850), Ed. Sociales, Paris, 1948, p.55.

² "Ver": "Uno de los aspectos civilizadores del capital consiste en que la manera en que arranca ese exceso de trabajo y las condiciones en que lo hace son más favorables al desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones sociales y la creación de una estructura nueva y superior, de lo que lo fueron los antiguos sistemas de la esclavitud, la servidumbre, etc.

Esto permite, por una parte, alcanzar una etapa en que desaparecen la opresión y el monopolio por una fracción de la sociedad, en detrimento de la otra, del progreso social (incluidas sus ventajas materiales e intelectuales [...]).

De hecho, el reinado de la libertad comienza donde termina el trabajar por necesidad y oportunidad impuestas desde el exterior; se sitúa, pues, por naturaleza, más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha [...]. En este dominio, la única libertad posible es que... los productores asociados... [gasten] el mínimo de fuerza y en las condiciones más dignas... Pero esta actividad constituirá siempre el reino de la necesidad. Más allá de ella es donde comienza el desarrollo de las fuerzas humanas como fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que no puede expandirse sino sobre la base del otro reino... La condición esencial de esta expansión es la reducción de la jornada de trabajo. (K. Marx, *Le Capital*, L.III, Ed. Sociales Poche, pp. 741-742).

³ Ver sobre este tema: "En el sistema actual, se dice: hay quienes trabajan y quienes estudian. Con ello se permanece en una división, aunque inteligente, del trabajo social. Pero se puede imaginar otro sistema, en el cual todo el mundo trabaje en las tareas de producción –reducidas al máximo gracias al progreso técnico– y donde cada uno conserve la posibilidad de seguir paralelamente estudios continuos. Este es el sistema del trabajo productivo y el estudio simultáneos... Es necesario rechazar de entrada la distinción entre el estudiante y el trabajador.

Se comprende que todo esto no es para mañana, pero algo ha comenzado..."

(*Un entretien avec Jean-Paul Sartre, avec Daniel Cohen-Bendit, L'imagination au pouvoir, déclaration de D.C.-B.*, in *Le Nouvel Observateur*, 20 mai 1968).

⁴ El **Manifiesto**, después de haber reclamado la "centralización del crédito en manos del Estado" propone la "multiplicación de las manufacturas nacionales... con un plan de conjunto" (*Ibidem*, p.296)

Pero luego, Engels, en su *Introducción* de 1891 a la *Guerra civil en Francia, 1871*, de Marx, señala ya: "La

Comuna ordenó un censo de las fábricas detenidas por los fabricantes y la elaboración de planes para dar la gestión de esas empresas a los obreros que hasta entonces trabajaban en ellas y que debían reunirse en asociaciones cooperativas, así como para organizar esas asociaciones en una sola gran federación” (La Guerre Civile en France, 1871, Editions Sociales, Paris, 1953, p.296).

⁵ Se trata del célebre discurso de Marx en Amsterdam en 1872, donde declara: “*El obrero debe asumir un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo, debe cambiar la vieja política sosteniendo las viejas instituciones [...]. Pero no hemos pretendido que, para alcanzar ese fin, los medios fuesen idénticos. Sabemos la parte que debemos reconocer a las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países, y no negamos que existen países como América, Inglaterra, y, si conociese mejor vuestras instituciones agregaría Holanda, donde los trabajadores pueden alcanzar sus fines por medios pacíficos...*”, citado en P. Boccardo, *Théories marxistes et voies autogestionnaires de la révolution en France*, artículo donde se critica la interpretación que diera Lenin a este texto. (*La Pensée*, janvier-février 1986).

Las clases sociales y el sujeto social

Carlos MENDOZA

UNA INQUIETUD PREDOMINANTE

El Congreso Marx Internacional II, en el que participé en Octubre de 1998 (París, Universidad de la Sorbona y París-X Nanterre), provocó el encuentro de ideólogos provenientes de todo el mundo, la mayoría de formación marxista, como es en mi caso, pero también de otras concepciones, dentro del vasto campo del pensamiento progresista, crítico de la sociedad capitalista.

Si hubo una inquietud predominante en las ponencias, intervenciones y debates, desde los ángulos filosófico, sociológico, político, económico, ello fue el tema de las **clases sociales y del sujeto social** o clase social con **conciencia para sí**, que encarne las ideas del progreso o de revolución en el sentido histórico-social.

Es que, para el pensamiento marxista, el progreso social se ha producido bajo el impulso de la lucha de clases y, particularmente en el capitalismo, la clase social portadora del cambio que superaría a la sociedad capitalista y a la división social en clases, sería la **clase explotada en el proceso de trabajo**.

Pero ocurre que si durante un siglo y medio se identificó a la clase explotada con la clase obrera, en las últimas dos décadas los cambios económico sociales han modificado tanto a los sectores que viven o tratan de vivir de su trabajo, que ya no resulta posible identificar las clases sociales y el sujeto social portador del cambio, con los criterios y categorías que fueran herramientas tradicionales de los marxistas hasta hace apenas una o dos décadas.

GLOBALIZACIÓN, REVOLUCIÓN INFORMATICAL Y CAMBIOS EN LAS CLASES SOCIALES

En la metodología marxista, hay que mirar a las clases sociales desde la economía política y a ésta desde las clases sociales.

Intentando ese ejercicio dialéctico, creemos encontrar algunas razones en cuanto a los cambios producidos en las clases sociales.

Durante el largo período de la economía basada en la producción industrial, con la tecnología de la denominada “Revolución Industrial”, la explotación del trabajo hu-

mano, en el capitalismo, estaba condicionada a un sistema de regulación económica basado en la extracción de trabajo humano excedente (plusvalía), expresada como ganancia, que rentabilizaba el capital invertido. Se valorizaba el capital invertido en medios de producción, utilizándolos mediante el aporte del trabajo humano y la ganancia obtenida se reinvertía para ampliar la escala de la producción y elevar la productividad, mediante el reemplazo gradual del trabajo humano por la máquina, que **reemplazaba funciones de la mano del hombre**.

A esta realidad, se correspondía la vinculación al proceso productivo de crecientes masas de trabajadores manuales, **obreros**, organizados en líneas de producción, dirigidos con sistemas de autoridad vertical, por jefes y gerentes (los **cuadros ejecutivos** y de dirección) que cumplían la **función** del capitalista.

El meollo de la clase explotada estaba así constituido por los obreros de las grandes fábricas, que por su número y características de organización colectiva, impuesta por sus propias condiciones en el trabajo, actuaban como sector coaligante y homogeneizante del conjunto de la clase de los explotados.

Además, la doble experiencia de su explotación y de la socialización creciente del trabajo, impuesta por la gran industria, otorgaría a la “clase obrera” la posibilidad **objetiva** de tomar conciencia de su propia explotación, de la socialización creciente del trabajo y de la posibilidad expresada en términos de **necesidad** histórica, de socializar también la propiedad de los medios de producción, construir una sociedad **socialista** y terminar con la sociedad de clases y con la explotación del hombre por el hombre.

Pero la etapa económica de la “**Revolución Industrial**” está siendo sucedida por la denominada etapa de la “**Revolución Informacional**”, donde la máquina **reemplaza funciones del cerebro humano** y donde objetivamente se requiere del desarrollo, difusión y tratamiento de la información en el proceso de trabajo en particular y en el proceso económico en general.

Sin embargo, el capitalismo ha empezado a incorporar la tecnología de la “Revolución Informacional”, manteniendo el mismo criterio de **regulación económica** de la etapa anterior de la Revolución Industrial, es decir, la búsqueda de la máxima rentabilidad del capital invertido, y de la máxima productividad aparente del trabajo (cantidad de trabajo “vivo” o nuevo por unidad de producto), priorizando la reinversión de ganancias para sustituir hombres por máquinas y explotando al máximo a quienes quedan vinculados al proceso de trabajo.

Pero este criterio de regulación, en las condiciones de las nuevas tecnologías de la Revolución Informacional, que son macro sustitutivas de fuerza de trabajo, a un nivel cualitativamente nuevo, produce la expulsión de trabajadores a la desocupación, la sobre explotación de los que quedan vinculados al trabajo y la subcalificación de la fuerza de trabajo para las necesidades de las nuevas tecnologías.

Por otro lado hay un crecimiento de un nuevo nivel cualitativo del sector servicios, impulsado por la “Revolución Informacional” y el desarrollo del comercio y del creciente sector financiero de la economía, con el consiguiente aumento relativo de los asalariados en este sector.

Asimismo, la organización del trabajo en las empresas, requiere objetivamente, para la incorporación de las nuevas tecnologías, de una descentralización y

horizontalización de las funciones y las jerarquías y también de formas de gestión participativas en grupos y círculos. Esto sumado a la necesidad de un trabajo cada vez menos manual y más intelectual de los obreros y empleados, lleva a un acercamiento de las condiciones de trabajo y explotación de categorías que antes estaban claramente diferenciadas, como ser obreros, empleados administrativos y cuadros (personal jerárquico, profesionales, jefes de servicios, etc.).

La expansión del capitalismo, ha producido la tendencia a la salarización generalizada de quienes trabajan, con lo cual las otras "capas medias" de profesionales y artesanos, se transforman cada vez más en parte del asalariado.

A esto se suma que la globalización ha provocado corrientes migratorias de los trabajadores de los países subdesarrollados hacia los desarrollados, empujados por la miseria y la falta de trabajo en sus países, cada vez más atrasados y endeudados con respecto a los países desarrollados.

A esto se suma que la globalización ha provocado corrientes migratorias de los trabajadores de los países subdesarrollados hacia los desarrollados, empujados por la miseria y la falta de trabajo en sus países, cada vez más atrasados y endeudados con respecto a los países desarrollados.

En síntesis: Obreros manuales en retroceso cuantitativo, trabajo intelectual en crecimiento, cuadros, profesionales independientes y artesanos salarizados, creciente desocupación y precarización social, corrientes migratorias que engrosan en gran parte los sectores sociales marginales. ¿Dónde están las clases y el sujeto social en la nueva realidad?

Algunos han querido ver en todo esto la desaparición de la clase obrera y con ello del sujeto social revolucionario y por lo tanto el fin de la lucha de clases, o "fin de la historia". Quizás han querido olvidar que mientras haya explotación del hombre por el hombre habrá clases y por lo tanto lucha de clases. La cuestión es: ¿de qué clases? Y ¿cuál sería ahora el sujeto social revolucionario?

EL SUJETO SOCIAL

En este libro se publican ponencias al Congreso Marx Internacional II, de destacados ideólogos, filósofos, sociólogos, historiadores y economistas, con quienes a su vez participamos del Coloquio sobre el tema "Aux Frontières du Salariat: Autonomie ou Précarité?" (En las Fronteras del Asalariado: ¿Autonomía o precariedad?), que se desarrolló en el seno del Congreso.

El interrogante que contiene el tema del mencionado Coloquio, sintetiza la gran cuestión en discusión sobre el contenido esencial de los cambios producidos en las relaciones de trabajo, por la globalización hegemonizada por el capital financiero especulativo y en condiciones de un cambio de base tecnológica, debido a la incorporación de la Revolución Informacional.

En efecto, por un lado la carrera desenfrenada para aumentar la rentabilidad financiera de las empresas (cada vez más condicionadas por el capital financiero especulativo, que adquiere el control de sus paquetes accionarios) produce caída del salario, aumento de la jornada y de la intensidad del trabajo y desocupación estructural, es decir precarización.

Sin embargo, por otro lado, el aumento del trabajo intelectual, la salarización de cuadros y de profesiones independientes, el acceso a la información y la participación de los trabajadores, asalariados y contratados, en formas colectivas de gestión (circu-

los de calidad y otros), aumenta las posibilidades de un trabajo más consciente de las condiciones en que este se realiza y de las características esenciales de explotación del sistema económico-social que las impone.

Por eso podemos preguntarnos retomando el interrogante planteado por Jean Lojkine en el citado Coloquio, refiriéndose “al significado y al alcance de las nuevas formas de trabajo, más flexibles, más precarias y más autónomas”, preguntándose “si se trata puramente de un fenómeno de explotación de la fuerza de trabajo; de un retorno al siglo XIX, o de una superación ambivalente, contradictoria, del sistema asalariado clásico, tal cual se forjó en los siglos XIX y XX”.

Creo que la dialéctica que encierran las nuevas condiciones, consiste en que si por un lado hay precarización del trabajo y desempleo y destrucción del tipo de clase obrera industrial desarrollada tras la postguerra, por otro lado se abren posibilidades cualitativamente nuevas de un desarrollo de la conciencia y de la autonomía de los sectores explotados y/o precarizados y, entonces, de una reconstitución del sujeto social portador de los cambios.

Esta dialéctica se puede encontrar al analizar en conjunto las ponencias publicadas en el presente libro, como trataremos de evidenciar sintéticamente a continuación:

-Robert Castel, plantea que al final de los “30 años gloriosos”, con el fin del “fordismo”, se pasó de la “sociedad industrial” a la “sociedad salarial”, y la clase obrera industrial se disoció y descolectivizó, porque se descolectivizaron las condiciones del trabajo en cadena y en serie, por la incorporación de las nuevas tecnologías. Esto disuelve las formas de trabajo y por ello de organización, de los obreros industriales, tal como se las conocía hasta ahora.

Castel dice que no se puede hablar de “clase” sin preponderancia de lo colectivo sobre lo individual y que, entonces, ya no se puede hablar de la “clase obrera industrial” como portadora del cambio social.

En esas condiciones plantea que ya no se puede pretender hacer la “revolución social” mediante la toma del poder del Estado por la organización política de la clase obrera.

Coincidimos en que en las condiciones que se dieron en los 30 o 40 años subsiguientes a la 2º guerra mundial, con clara hegemonía de la democracia representativa (a través de sindicatos en lo social y partidos en lo político) y con fuerte intervención del Estado Keynesiano en la economía, la idea de la revolución pasaba por la toma del Estado por la organización política representativa de los trabajadores, de los cuales los obreros de la gran industria eran su núcleo.

Pero actualmente la idea del cambio social no puede pasar por ese camino, ahora que la democracia representativa está en crisis, con crecimiento de formas de democracia participativa, sobre todo en lo social, por ahora, siendo así mismo que la intervención del Estado en la economía ha caído en el descrédito y se desarrollan iniciativas y luchas por una **nueva institucionalidad de carácter social, pero de forma no estatal**.

La salarización generalizada, que Castel mismo observa, tal vez sea la que alimenta, tanto las nuevas formas de organización social participativas (como las denominadas ONG - Organizaciones no Gubernamentales) y otras, como las nuevas formas

sindicales descentralizadas y vinculadas crecientemente a las citadas nuevas organizaciones sociales, que es lo que se ve que está creciendo en todo el mundo. **¿No serán estas las nuevas formas de organización de un nuevo sujeto social?**

-**Michel Verret**, observa que el capital se monopolizó y globalizó y que enfrenta hoy a masas de asalariados desunidos y precarizados por ese proceso.

Pero Verret también describe como han crecido las corrientes migratorias internas del campo a la ciudad en los países subdesarrollados y externas de los países subdesarrollados y ex socialistas hacia los países desarrollados. Si bien se puede observar que esto provoca el crecimiento de la competencia por conseguir trabajo y de los riesgos de fracturas y xenofobia entre los trabajadores, nos preguntamos: **¿No genera esto también, contradictoriamente, las condiciones objetivas crecientes para un mercado mundial del trabajo y para una nueva solidaridad internacional entre los asalariados?**

Verret ve en la participación obligada creciente de los asalariados en la propiedad de acciones de empresas, un factor de fractura y desunión entre los asalariados, empujados al individualismo rentista. Pero ya Marx había visto este fenómeno en ciernes y le dio gran importancia en cuanto forma social de la propiedad en el capitalismo y por lo tanto, conjuntamente con Marx podemos ver la potencialidad de este proceso como **base objetivamente contradictoria con la gran propiedad burguesa hegémónica**.

-**Louis Chauvel**, sale al cruce de aquellos que basándose en la movilidad social y el ascenso en las condiciones de vida del período de los “30 años gloriosos”, hablan de una tendencia a que los trabajadores se transformen en capas sociales medias, al menos en los países desarrollados.

Chauvel muestra que la crisis desencadenada desde los 80, no solo ha detenido, sino que ha revertido ese proceso, siendo que ahora los hijos de los trabajadores que escalaron socialmente hasta los 80, y que han tenido oportunidad de recibir educación secundaria y muchas veces terciaria, no encuentran oportunidades de empleo y deben subemplearse y caer en la desocupación.

A esto se agrega la salarización de las capas medias y su sometimiento a condiciones de inestabilidad en el empleo, super explotación y caída de los ingresos.

Aquí también se encuentran bases para la **constitución de un nuevo sujeto social, menos organizado y estructurado que la clase obrera industrial, pero más numeroso y con mayor nivel de instrucción**.

-**Paul Boffartigue**, analiza el muy nuevo e importante fenómeno de un capitalismo que, por un lado requiere de flexibilización y desestructuración vertical en la organización del trabajo y por otro lado exige el aumento del compromiso con la empresa y el esfuerzo de los “cuadros” de empresa, que sin embargo se ven objetivamente cada vez más explotados, desjerarquizados y sin estabilidad laboral.

Esto hace que los “cuadros” participen cada vez más en las luchas sociales, que antes despreciaban, a medida que se acercan cada vez más a las condiciones de vida y de inestabilidad de los asalariados de nivel más bajo. Pensamos: **¿No crearía esto condiciones objetivas para un desarrollo de conciencia de clase asalariada en**

estos sectores que otrora se identificaban claramente con la patronal?.

-Marco Oberti, se ocupa del dramático tema de los jóvenes de los barrios carenciados y marginales, que están en crecimiento cuantitativo, empujados por la doble tenaza de la globalización, que genera desocupación, subocupación y precarización laboral y del retroceso de la protección social del “Estado de Bienestar”.

Plantea, en base a las observaciones de la experiencia, que esta juventud marginal tiene manifestaciones delictivas y violentas, que a veces tienen contenidos antiinstitucionales, como por ejemplo contra la autoridad, y ve en ello formas de rebeldía contra la injusticia social de la que son víctimas.

Es importante su observación de que las instituciones estatales, políticas y sindicales de la democracia representativa, son demasiado burocráticas y verticalistas para canalizar socialmente a estos sectores juveniles. Oberti señala lúcidamente que a veces la delincuencia se vuelve más socializante, para estos jóvenes marginales, que las mismas instituciones de la democracia representativa.

Creemos que el desarrollo actual creciente, de formas de auto organización y auto movilización, constituyen formas participativas que abren posibilidades de nuevo tipo para una canalización con contenido social y político progresivos de jóvenes de los sectores marginales, particularmente si las instituciones de la democracia representativa (partidos y sindicatos del campo progresista) se ponen al servicio de estas nuevas formas de auto organización y las impulsan.

-Laurent Mucchielli, analiza también el problema creciente de los jóvenes marginados de los barrios carenciados.

Considera que el problema de la delincuencia y de la violencia en estos sectores, se deben más a una crisis social, que educacional o moral.

Analiza que los cambios sociales que han desarticulado los modos de integración, de auto conciencia y de acción de los sectores populares, han cambiado las normas y reglas sociales de la sociedad industrial de postguerra y esto ha producido cambios en los comportamientos sociales.

Observa que, si bien se pueden observar fenómenos de disgragación social, individualismo y delincuencia, hay manifestaciones, por ejemplo a través de la música contestataria juvenil, y de violencia contra las instituciones del sistema, que estarían indicando un grado de rebeldía contra el propio sistema. (En Argentina, el fenómeno sociocultural que se desarrolla alrededor de los recitales del grupo de rock nacional “Los Redonditos de Ricota”, es una manifestación de estas expresiones de bronca contra el orden establecido, de jóvenes de sectores marginales, canalizadas a través de acontecimientos vinculados a la música de protesta).

Nuevamente aquí no se ve cómo se podría canalizar en sentido socio-político progresista, la rebeldía y energía de estos sectores, a través de las desgastadas y desprestigiadas instituciones estatales y políticas de la democracia representativa y en cambio sí se ven posibilidades cuando estas instituciones se ponen al servicio de alentar y facilitar la constitución de organizaciones sociales participativas, integradas y manejadas por los propios jóvenes, que es lo progresivo y cualitativamente nuevo que se observa en todo el mundo.

-Jean Lojkine, realiza en su trabajo un análisis profundamente dialéctico, desde la metodología marxista, de la cuestión de las nuevas relaciones de clase y de las nuevas posibilidades que abren para la lucha por alternativas al capitalismo.

Si por un lado se produce la descomposición de las formas sociales de la clase obrera, típicas de la época industrial “fordista”, con el debilitamiento del rol socio político del sector de obreros industriales, por otro lado la disolución de los límites entre obreros y “cuadros” en las empresas, amplía la base asalariada con contradicciones esenciales objetivas con el sistema.

A su vez, las nuevas tecnologías informacionales y los nuevos métodos de gestión horizontales, descentralizados y participativos, están provocando que se desarrollen nuevos conceptos de la lucha socio política, en pos de una **intervención de los asalariados en la gestión**, asunto que antes era considerado como algo extraño a la clase obrera y privativo de la patronal o de la denominada “clase política” en el Estado.

Lojkine plantea la coexistencia contradictoria de formas representativas sindicales y políticas de la clase obrera, propias del período industrial, con asociaciones descentralizadas y participativas, que es lo nuevo que crece con el advenimiento de la sociedad informacional.

La nueva forma de lucha de clases incorporaría la lucha por la “opinión pública”, mediante luchas por intervenir en la gestión con propuestas alternativas al capitalismo de la rentabilidad financiera. Esto sería tarea de la amplia base de asalariados, incluidos los cuadros, aliados con capas medias y pequeñas y medianas empresas.

-Paul Boccará, coincide con Lojkine en cuanto a la constitución del nuevo sujeto social y a la necesidad de la lucha por la participación directa en la gestión de asalariados, usuarios y ciudadanos, al igual que en cuanto al desarrollo progresivo de una **“mixtura” entre formas e instituciones de la democracia representativa y nuevas formas e instituciones sociales, no estatales, de la democracia directa participativa**, que está en desarrollo.

Es sobre el **programa alternativo**, que el nuevo sujeto social tendría interés objetivo en impulsar, en su participación directa en la gestión, en lo que más ha trabajado Boccará con su “Escuela de la Regulación Sistémica”.

En su trabajo, con el que coincidimos, propone una **nueva regulación económica, basada en la utilización de la potencialidad de la revolución informacional desde el ángulo del interés de las clases populares**.

Por ello, con clara metodología marxista, plantea que las nuevas tecnologías requieren objetivamente de la formación permanente de los trabajadores, del reparto con contenido social de los cuantiosos costos de investigación y desarrollo de la revolución informacional y de la participación directa de los asalariados en la gestión.

Su propuesta de una nueva regulación económica, se basa así en una utilización con “eficiencia social” del capital material y financiero, para incrementar en el valor nuevo creado por el trabajo (ó “Valor Agregado”) la parte destinada a salarios y gastos sociales y de formación. Se trata de invertir en formación para aumentar la productividad, en lugar de super-exploitar al trabajador; de reducir la jornada de trabajo para dar más empleo, en lugar de lo contrario como hace el neoliberalismo; de instaurar formas de cooperación para financiar los cuantiosos costos de investigación y desarrollo, en

lugar de las absorciones de unos monopolios por otros para enfrentar ese problema; de utilizar el dinero, el crédito y los impuestos para impulsar tal programa de eficiencia social, alternativo a la regulación capitalista, basada esta únicamente en la rentabilidad financiera del capital.

Son ideas nuevas que se abren paso en todo el mundo.

“PRECARIZADOS Y PRECARIZABLES DEL MUNDO, UNÍOS”

Esta es una consigna acuñada por Paul Boccará, emulando para estos tiempos aquella de Marx y Engels: “Proletarios del Mundo, Uníos” y que tal vez sintetiza la cuestión de quienes integrarían el nuevo **sujeto social**, portador objetivo de los cambios por una sociedad superadora del capitalismo.

En efecto, los precarizados y precarizables, están integrados por los obreros, empleados asalariados, cuadros asalariados, desocupados permanentes, profesionales y artesanos en proceso de salarización, burgueses de pequeñas y medianas empresas, jubilados en su gran mayoría y marginales de todo tipo.

El capitalismo de la globalización, de la hegemonía del capital financiero especulativo y de la incorporación de la Revolución Informacional, mantiene su regulación económica basadas solo en la rentabilidad financiera y en la productividad aparente del trabajo, que solo sustituye hombres por máquinas y super-exploitada y precariza a los que quedan vinculados al proceso económico.

Ante este estado de cosas del capitalismo globalizado actual, hay al menos tres concepciones que se abren paso en el pensamiento progresista:

Una primera concepción, constata que **el capitalismo actual, por un lado destruye al proletario industrial, como núcleo de la clase obrera, pero por otro lado aumenta aceleradamente la base social de “precarizados y precarizables”**.

Una segunda concepción, es que la democracia representativa y sus instituciones (partidos, sindicatos tradicionales, Estado) están en crisis y se desarrollan nuevas formas de autoorganización, automovilización y autogestión, por ahora más en el plano social y cultural que en el político, que se suma al hecho de que las nuevas tecnologías informacionales necesitan e impulsan formas cogestionarias y participativas en la gestión, en empresas, administración pública, etc.

Y una tercera concepción que, es la de generar propuestas alternativas a la regulación económica y a la gestión capitalista, basando esto en las necesidades y posibilidades de la Revolución Informacional, que requiere objetivamente para su utilización, poner el acento en la **formación** de la fuerza de trabajo, en la **cooperación** para asumir cada vez más socialmente los cuantiosos costos de investigación y desarrollo de las nuevas tecnologías y en la **participación** creciente de empleados, usuarios y ciudadanos en la gestión. (Destacamos al respecto los trabajos de al menos tres escuelas marxistas de la regulación, todas ellas francesas: La escuela de la Regulación Sistémica, que dirige Paul Boccará; La escuela Parisina de la Regulación, que dirige Roberto Boyar; y la Escuela de la Regulación de Grenoble, que dirige Gerard De Bernis).

Como ya mencionáramos, destacamos que, particularmente la Escuela de la Regulación Sistémica, que dirige Paul Boccará, viene desarrollando todo un programa eco-

nómico-social alternativo, fundamentado en los supuestos antes descriptos, proponiendo una nueva regulación económica de “eficiencia social”, basada en una democratización de la gestión y en la construcción de una nueva institucionalidad de carácter social, aún cuando de forma no estatal, que concrete formas de democracia directa, participativa.

En cuanto a la relación entre democracia representativa o delegativa y democracia participativa o directa, es evidente que la primera tiene aún un largo camino de tareas por delante, mientras que la segunda representa un salto cualitativamente nuevo, en un sentido histórico-progresista y sus posibilidades son las de un desarrollo en una mixtura progresiva entre ambas formas de democracia, donde el interés del nuevo sujeto social pasaría por impulsar la hegemonía de las formas e instituciones de la democracia directa.

Sobre la dialéctica entre democracia representativa y democracia participativa, coincidimos con el ideólogo francés Philippe Herzog, cuando plantea que **el rol y la legitimidad de los partidos y sindicatos del campo progresista, en la democracia representativa, consistiría en utilizar sus estructuras y organizaciones, al igual que el aparato del Estado, para ponerlos al servicio del impulso de formas de democracia directa y de la construcción de la nueva institucionalidad social, no estatal, consecuente.**

EN LA ARGENTINA

La globalización está produciendo dos fenómenos contradictorios entre países desarrollados y subdesarrollados:

Por un lado se generalizan los mismos problemas de desestructuración de la clase obrera tradicional, salarización de capas medias, degradación de las condiciones de trabajo de los “cuadros”, crecimiento del trabajo intelectual, desocupación creciente y estructural, precarización laboral y caída de las condiciones de protección social y de vida de los sectores populares.

Por otro lado aumentan las diferencias socioeconómicas entre países desarrollados y subdesarrollados.

Sin embargo, es mayor la tendencia a que la crisis sea global y a la universalidad de los problemas generados por la etapa actual del capitalismo y por ello, las nuevas construcciones teóricas provenientes del campo progresista, tienen una aplicabilidad también de carácter universal en lo fundamental, sin desconocer las especificidades según el tipo de país.

Es así que también en Argentina crecen las nuevas formas de constitución y de lucha de un nuevo sujeto social en ciernes, donde se combinan formas de lucha típicas de la democracia representativa, con formas nuevas de lucha de democracia directa o participativa, como ser:

Luchas sindicales organizadas, como las huelgas de resistencia ante los avances del plan neoliberal, como las recientes huelgas contra la “flexibilidad laboral”.

Luchas de automovilización, autoorganización y autogestión sociopolítica, de los sectores populares, como es el caso de los “piqueteros”, grupos de gente en general

sin trabajo, o a punto de perderlo, que cortan rutas como forma combativa de resistencia, fenómeno que se desarrolla en todo el país. Con la particularidad, de que cada vez mas se recurre a instituciones no gubernamentales como mediadores o garantes de los precarios acuerdos parciales a los que a veces se llega con el gobierno, como es el caso de la intervención de la organización de ayuda social de la Iglesia Católica “Caritas”, en el reciente conflicto de los “piqueteros” en la provincia de Salta, lo que muestra el descrédito de las instituciones de la democracia representativa y la creciente legitimidad de instituciones de democracia participativa, combinadas con una institucionalidad de autoorganización.

Luchas combinadas entre organizaciones de la democracia representativa, particularmente sindicatos combativos, con múltiples grupos de autoorganización para la resistencia social, como las “marchas federales” de protesta contra el plan socioeconómico neoliberal en aplicación.

En nuestro país hay también un proceso sistemático de construcción social, del nuevo tipo, que combina democracia representativa con democracia participativa, que promueve el desarrollo de esta última y que está siendo impulsado por una organización gremial, la **“Central de los Trabajadores Argentinos” (CTA)**, quien en su línea política y en su praxis, demuestra estar a la vanguardia en la reconstitución de un nuevo sujeto social.

La CTA combina la afiliación de sindicatos con la filiación directa de los asalariados a la Central; busca la vinculación con asociaciones civiles populares de todo tipo, del campo social y cultural, desde diversas ONG, hasta movimientos nacionales como “Los sin Tierra y sin Vivienda”; trabaja conjuntamente con las organizaciones del pequeño empresariado, como APYME, Federación Agraria e Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos; promueve el trabajo en común con intelectuales del campo progresista a través de grandes iniciativas como lo es el “Encuentro Anual por un Nuevo Pensamiento”, y otras actividades similares destinadas a vincular teoría y praxis del movimiento popular, en pos de la generación de ideología alternativa al sistema actual; finalmente desarrolla cada vez más intensos vínculos con organizaciones políticas, sindicales, ONG, e intelectuales de todo el mundo, pero particularmente de América Latina, destacándose las estrechas relaciones con el PT brasileño, quien tiene ya una vasta experiencia en este tipo de nueva construcción, de amplia base social y de democracia participativa.

Si bien el tipo de construcción encarado por la CTA es todavía embrionario, su potencialidad es ilimitada y lo que es fundamentalmente importante y cualitativamente nuevo en nuestro país, es que la iniciativa de esta experiencia haya nacido del sector progresista, organizado sindicalmente, del propio campo de los trabajadores.

Es aquí la realidad y ya no solo el nuevo pensamiento teórico, lo que muestra los inicios y el camino de la reconstrucción de un nuevo sujeto social, munido de nuevas formas organizativas y nuevas propuestas, para enfrentar los desafíos de la época.

Sin embargo, la crisis de la democracia representativa y la precarización de grandes masas humanas, encierran también el peligro potencial de la aparición y desarrollo de movimientos populistas, xenófobos, autoritarios, como también se está viendo en diversos países. Esto torna aún más indispensable para el campo popular, trabajar por la reconstitución del sujeto social y luchar por una democracia participativa, superadora

de la actual democracia representativa en crisis.

Tal vez se estén generando condiciones no para producir "el fin de la historia", como pretendieron recientemente algunos ideólogos reaccionarios, sino para empezar a pasar de la "prehistoria" a la verdadera "historia" construida conscientemente por los hombres, en términos sociológicos de Marx.

BIBLIOGRAFIA

Además de los trabajos incluídos en este libro, señalamos a continuación alguna bibliografía sobre el tema objeto de la presente ponencia (lamentablemente buena parte está en francés y no ha sido traducida al español).

Boccará, Paul.

Gestion, Alternative et Mixité Conflictuelle (coautor), Issues N° 39, Paris, 1991.
Nouvelles Approches des Gestions d'Entreprises (coautor), l'Harmattan, Paris, 1995.
Créativité Institutionnelle, Révolution Informationnelle, Nouvelle Mixité et Avancées Autogestionnaires (coautor), Issues N° 45,46,47,48, Institut des Recherches Marxistes, Paris, 1993/94/95/96.

Cohen-Scali, Pierre. Criteres de Gestion et Intervention dans la Gestion a EDF-GDF, Issue N° 38, Paris, 1990.

Forrester, Viviane. El Horror Económico, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Herzog, Philippe.

Mettre en Mouvement notre Révolution Autogestionnaires, Cahiers du Communisme, Paris, 1991.

Tu Imagines la Politique, Messidor, Editions Sociales, Paris, 1991.

La Société au Pouvoir, Editions Julliard, Paris, 1994.

Quelle Démocratie, Quelle Citoyenneté? (coautor), Editions l'Atelier, Paris, 1995.

Lepetit, Marcel. Comment Disputer le Terrain de la Gestion au Patronat et l'Investir de Maniere Alternative?, Issue N° 38, Paris, 1990.

Mikonoff, Philippe. Intervention dans la Gestion et Nouvelles Technologies, Issue N° 38, Paris, 1990.

Mouriaux, René ; Boccará, Paul ; Cohen-Scali, Pierre ; Chenu, Alain ; Lojkine, Jean ; Terrail, Jean Pierre. Identités Ouvrieres et Salariales Nouvelles, Face aux Débuts de la Révolution Informationnelle, Issue N° 41, Paris, 1992.

Rifkin, Jeremy. El Fin del Trabajo, Paidós, Bs. As., 1997.

-Primer Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento: *"El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo"*, Eudeba/CTA, Bs.As., 1999.

Basualdo, Eduardo ; Hourest, Martín ; Lozano, Claudio ; Fontana, Beatriz. *Instituto de Estudios y Formación de la CTA*. Trabajo y Civilización. Los datos de la experiencia Argentina reciente. Pág. 323.

Ferrante, Juan. Reflexiones en torno al Trabajo y la Política: Los cambios en la conformación del trabajador colectivo. Pág. 197.

González, Horacio. Las Nuevas Formas del Trabajo. La Imagen y el Tiempo en las Luchas Sociales. Pág. 373.

Lozano, Claudio. Crisis en el Pensamiento. La relevancia del debate acerca del Trabajo y la Política en la Sociedad de Fin de Siglo. Pág. 11.

Mendoza, Carlos. Cómo Superar el Desempleo y la Precarización Laboral, mediante una nueva Regulación Económica y una nueva Institucionalidad (Utilización de la "Revolución Informacional" y Democratización de la Gestión). Pág. 313.

-Segundo Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento: *"Democracia, Estado y Desigualdad"*, Eudeba/CTA, Bs.As., 2000.

Lipietz, Alain. Unificar La Legislación Social y Proteger el Medio Ambiente. Pág. 71.

Mendoza, Carlos. Fordismo, Estado de Bienestar, Neoliberalismo, Crisis Sistémica y Necesidad Objetiva de una Nueva Regulación Económica Basada en una Democracia Participativa. Pág. 305.

Mesa de Coyuntura. Instituto de Estudios y Formación de la CTA. Shock Redistributivo y Profundización Democrática.

Ruzcowsky, Alicia y Mendez, Rubens R. Facultad de Ciencias de la Salud y Servicio Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. Estado, Democracia y Desigualdad, Algunas Fracturas en la Construcción de Identidades.

P&T. *Programa de Estudios sobre Población y Trabajo-UNMdP*. Sociedad del Trabajo. ¿Exodo o Nostalgia?. Pág. 165.

Los autores

Louis Chauvel, es sociólogo, conferencista en el IEP (Institut d Etudes Politiques) de París, investigador asociado al Observatorio Francés de Coyunturas Económicas y al Observatorio Sociológico del Cambio. Sus trabajos versan sobre el cambio macrosocial y socio-económico de largo plazo, especialmente sobre la distribución de la renta, del patrimonio y del acceso al trabajo. Recientemente publicó: "El destino de las generaciones, estructura social y cohortes en Francia en el siglo XX" (PUF, 1998)

Michel Verret, filósofo y sociólogo, es autor de una trilogía: "El obrero francés: 1. El espacio obrero, 2. El trabajo obrero, 3. La cultura obrera, reeditada recientemente con prefacios de actualización. Acaba de publicar "Diálogos de vida" (L'Harmattan, 1998).

Paul Bouffartigue, sociólogo, encargado de investigaciones en el CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas) en LEST (Laboratoire d Etudes de Sociologie du Travail) – Aix-en-Provence. Investigador sobre diversas cuestiones vinculadas al trabajo asalariado. Estudió el grupo de ingenieros y publicó en La Découverte con Ch. Gadéa, "Sociología de los cuadros".

Robert Castel, agregado de filosofía, es director de Estudios en la EHESS (Ecole des Hautes études en Sciences Sociales) y director del Centro de Estudios de los Movimientos Sociales. Realiza investigaciones sobre sociología de la siquiatría, del sicoanálisis y de la cultura sicológica. Desde los años 80 trabaja sobre las intervenciones sociales, las políticas sociales y las transformaciones del trabajo. Publicó "La metamorfosis de la cuestión social" (Fayard, 1995)

Marco Oberti, sociólogo, conferencista del IEP (Institut d Etudes Politiques) de París e investigador del Observatorio Sociológico del Cambio. Trabajó sobre las sociedades locales y las clases sociales en Francia e Italia. Publicó: "Las paradojas de las regiones en Europa", "Las ciudades en Europa" (La Découverte, 1997), y otras.

Laurent Mucchielli, historiador y sociólogo, investigador del CNRS (Centre national de Recherche Scientifique), director de la Revista de Historia de las Ciencias Humanas. Sus investigaciones han centrado en la historia de las ciencias sociales, y la sociología de las violencias urbanas. Autor de numerosas obras, entre ellas: "El descubrimiento de lo social. Nacimiento de la Sociología en Francia, 1870-1914" (La Découverte, 1998)

Jean Lojkine, agregado de filosofía, Doctor en sociología, director de investigación en el CNRS (Centre national de la Recherche Scientifique). Recientemente publicó: "El tabú de la gestión." (1997) y "Empresa y Sociedad" (PUF (Presses Universitaires de France), 1998)

PAUL BOCCARA: Profesor de Economía en la Universidad de PICCARDIE – París. Director de la Escuela de la Regulación Sistémica en Francia. Algunas de sus obras y trabajos son: *Etudes sur le Capitalisme Monopoliste d'Etat, sa crise et son issue* – setieme edition, Editions Sociales, París, 1977; *Intervenir dans les Gestions avec de nouveaux critères* – Editions Sociales, París, 1985; *Economie et Gestion d'Entreprise* – Editions Sociales, París, 1987; *Nouvelles Aproches des Gestions d'Entreprises* (coautor), l'Harmattan, París, 1995; *Creativité Institutionnelle, Révolution Informationnelle, Nouvelle Mixité et Avancées Autogestionnaires* (coautor); *Issues* Nº 45,46,47,48, Institute de Recherches Marxistes, París 1993/94/95/96; *Sur les analyses systémiques économiques (de la reproduction matérielle sociale) et anthroponomique (de la régénération humaine sociale)*, Au-delá de Marx: pour des analyses systémiques, ouvertes à la créativité d'une nouvelle régulation, en économie et en anthroponomie, in Congrès Marx International, Actualiser l'économie de Marx , Presses Universitaires de France, Paris, 1996.

CARLOS MENDOZA: Especializado en Economía Política. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de Tesis 11 y Director del Seminario sobre “Democratización de la Gestión para una nueva regulación económica” en Tesis 11. Autor de varios libros y publicaciones, entre los que se destacan. “ La dependencia Económica-Social” (coautor) Anteo – 1985, Bs.As.; “La Cuestión Agraria en la Argentina” (coautor), Anteo, 1985, Bs.As.; “Teoría de la renta capitalista de la tierra”, Anteo, 1985, Bs.As.; “ Los monopolios y el Estado”, Al Frente, 1986, Bs.As.; “Qué hacer con el estado”, Dialéctica, 1990, Bs.As.; “ Los Límites teóricos del Capitalismo”, Tesis 11, 1994, Bs.As.; “ Un nuevo programa económico de cambio social”, Tesis 11, 1997, Bs.As.; “ Cómo superar el empleo y la precarización laboral?” (ponencia), publicado en “El Trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo”, Eudeba/CTA, 1999, Bs.As.; “ Fordismo, estado de bienestar y crisis sistémica” (ponencia) publicado en “Estado, democracia y desigualdad” , Eudeba/CTA, 2000, Bs.As.

TERCER ENCUENTRO NACIONAL POR UN NUEVO PENSAMIENTO

CTA (CENTRAL DE LOS TRABAJADORES ARGENTINOS)

El presente volumen se publica en el marco de las actividades hacia el “Tercer Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento”, a realizarse en Noviembre del 2000, convocado por la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) y numerosas instituciones y organizaciones no gubernamentales de la Argentina, entre las que se cuentan “Kohen & Asociados Internacional” y “Tesis 11 Grupo Editor” (editor y distribuidor respectivamente en Argentina de Actuel Marx y los trabajos presentados en los Congresos Marx Internacional I y II).

El “Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento”, que se realiza anualmente, constituye un evento cultural y político de excepcionales características para los sectores populares de nuestro país, si se tiene en cuenta que es la primera vez que una central de trabajadores argentina hace una convocatoria a organizaciones sociales y culturales e intelectuales independientes, que quieran colaborar con los trabajadores en una tarea conjunta de elaboración de ideas, que contribuya a un cambio progresista de nuestra realidad.

Estos Encuentros se organizan con la participación activa de las regionales de la CTA y numerosas organizaciones e intelectuales independientes en todo el país, constituyendo así una construcción colectiva, democrático-participativa, de carácter permanente y de amplitud nacional, que da lugar a una vasta variedad de actividades complementarias al Encuentro, que constituye el evento de cierre. Este ámbito participativo de reflexión y producción ideológica a través de una cooperación fraternal entre trabajadores, organizaciones e instituciones sociales y culturales e intelectuales independientes, constituye un ejemplo del nuevo tipo de institucionalidad mixta que se desarrolla en todo el mundo y que combina formas de democracia representativa, con formas de democracia participativa, donde una organización sindical representativa, como la CTA, utiliza su estructura y poder de convocatoria para impulsar una construcción del tipo de democracia directa o participativa.

Los dos Encuentros anteriores en 1998 y 1999 dieron lugar a la publicación de los importantes volúmenes “El Trabajo y la Política en la Argentina de fin de Siglo” (Eudeba/CTA, Bs. As. 1999) y “Democracia Estado y Desigualdad” (Eudeba/CTA, Bs. As. 2000), conteniendo cada uno una selección de ponencias e intervenciones.

El “Tercer Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento” se desarrollará bajo el

tema general “Movimiento Social y Representación Política”, que tiene en cuenta el agudo problema actual generado por la profunda crisis de la democracia representativa, en todo el mundo y en particular en nuestro país. Es por ello que consideramos que la temática tratada en el presente volumen, está directamente ligada a la inquietud planteada por el próximo Encuentro, auspiciado por la CTA y demás organizaciones convocantes y pretendemos entonces con esta publicación, hacer un aporte a dicho evento.

Los Congresos de Actuel Marx, en Francia y los Encuentros por un Nuevo Pensamiento auspiciados por la CTA en nuestro país, constituyen, en nuestro entender, hitos de singular importancia en el proceso de renovación del ideario progresista, asunto fundamental en la lucha de los sectores populares por la reconstrucción del sujeto social que impulse los cambios sociales. Es por ello que con la publicación del presente volumen, pretendemos también aportar a la vinculación entre esos esfuerzos, a cuya convocatoria nos sumamos calurosamente.

Carlos Mendoza

ACTUEL MARX

Revista internacional

Publicada en la Imprenta Universitaria de Francia (PUF)

Con la colaboración de la Universidad de París-X

Y del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS)

Presentación de ACTUEL MARX

La Revista

La Colección



Tribuna de discusión

Recursos / Actividades

Congreso Marx Internacional III



Novedades / Próximas actividades

DIRECCIÓN: Jacques Bidet

Comité de Redacción: Gilbert Achcar, Tony Andreani, Christian Barrère, Sophie Béroud, Michèle Bertrand, Jean-Pierre Cotten, Jean-Claud Delaunay, Gérard Duménil, Isabelle Garo, Florence Gauthier, Jacques Grandjonc, Carlos Herrera, Rémy Herrera, François Hincker, Eustache Kouvélakis, Georges Labica, Jean-Marc Lachaud, Jean-Jacques Lercercle, Claude Leneveu, Dominique Lévy, Danièle Linhart, Jean Lojkine, Michael Löwy, Henri Maler, Annie Mordrel-Bidet, Olivier Pascaud, Yvon Quiniou, Emmanuel Renault, Jean Robelin, Marc Sant-Upéry, Catherine Samary, Valérie Séroussi, Yves Sintomer, Nicolas Tertulian, André Tosel, Michel Vakaloulis.

Edición española: Alberto Kohen (Buenos Aires) albertokohen@ciudad.com.ar

Email: ActuelMarx@u-paris10.fr

Redacción: 19 Bd du Midi, 92000 Nanterre, Fax 33 (0) 1 46 95 03 51

Actuel Marx es a la vez una **revista**, una **colección**, un lugar de **coloquios y encuentros**, un **equipo de investigación**, un sitio abierto a **discusiones permanentes**, una **publicación on line**, una red de **vínculos internacionales**.

Actuel Marx quiere ser un instrumento de trabajo para los investigadores, y de reflexión para el gran público.

Vinculada con diversos centros europeos, americanos y asiáticos, a partir de los cuales se opera hoy una renovación del marxismo, *Actuel Marx* se inscribe en el marco del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), UPRESA 8004 (responsable Gérard Raulet) *Philosophie Politique Contemporaine* [Filosofía Política Contemporánea], y de la Universidad de París-X.

La revista se complementa con una colección, *Actuel Marx Confrontaciones*, codirigida por J. Bidet, J. Texier y A. Tosel, que aparece igualmente en PUF. El con-

junto comprende hoy unos sesenta volúmenes.

Actuel Marx organiza especialmente cada tres años el Congreso Marx Internacional en la Universidad de París-X.

Una Tribuna de Discusión permanente permite a todos los investigadores y estudiantes que lo deseen, participar en el trabajo de la revista. Los textos deben dirigirse a ActuelMarx@u-paris10.fr

En este contexto, se realiza especialmente en la Casa de las Ciencias del Hombre el Seminario de Estudios Marxistas. Este seminario reúne regularmente medio centenar de participantes, investigadores, docentes, estudiosos, etc. Iniciado por economistas, fue ampliado luego a las demás disciplinas. Contacto: gerard.dumenil@paris10.fr, o levy@cepremap.cnrs.fr

Si tiene usted preguntas que formular, comentarios, sugerencias o críticas, no dude en enviar un mensaje a *Actuel Marx*.

ENCUENTRO INTERNACIONAL EN PARIS

Gran Hall de La Villette

30 de noviembre a 2 de diciembre 2000

POR UNA CONSTRUCCION CIUDADANA DEL MUNDO

Un año después de Seattle

La cumbre de Seattle, hace un año, constituyó un viraje y un trampolín.

Viraje, por la nueva capacidad de oponerse, a nivel planetario, a un proceso que muchos pensaban ineluctable.

Trampolín, por la construcción de otras lógicas.

Involucrados en esta vía, en la diversidad de nuestras convicciones y de nuestras movilizaciones, es lo que nos motiva, y es la importancia de nuestro trabajo, necesario para inventar las alternativas a la actual mundialización neo-liberal y traducirlas en proposiciones concretas.

Es urgente: la mercadización de todos los dominios de la vida, en cada recoveco del planeta provoca devastaciones que no podemos aceptar.

Reunidos en un colectivo constituido por 10 organizaciones, fundaciones, asociaciones, revistas, periódicos, hemos tomado la iniciativa de invitar a París los días 30 de noviembre, 1 y 2 de diciembre 2000, a todas y todos aquellos que en el mundo, descontentos, indignados, a veces rebelados, buscan otras posibilidades para el desarrollo humano, cualesquiera sea su propio enfoque:

Regulación, humanización, superación del capitalismo. Brevemente, todas y todos aquellos que a través de compromisos o emprendimientos filosóficos, políticos y cívicos evidentemente pluralistas, intentan inventar o crear otro porvenir.

Esta diversidad de aportes de cada uno, permitirá que este encuentro sea fecundo, constituya un momento decisivo del "después de Seattle" y pueda dinamizar por los lazos tejidos, la riqueza de los debates y las contribuciones sobre las alternativas posibles, la contra ofensiva de los pueblos contra el neo-liberalismo.

El desarrollo de las movilizaciones incita a tomar la iniciativa sobre el terreno de las proposiciones.

Encontrémonos en París a fin de mutualizar nuestras experiencias y nuestras ideas por una construcción democrática, ciudadana del mundo.

FIRMAN: *Actuel Marx, Attac, La Cimade, Fundación Copérnico, Espacios Marx, Fundación Jean Jaurés, Amigos de Le Monde Diplomatique, Liga de Docentes, Observatorio de la Mundialización, Testimonio Cristiano.*

Secretariado del Encuentro: 64, Bv. Auguste-Blanqui 75013 PARIS tel.00.33.1.42 17 45 23 fax:00.33.1.45 35 92 04E-Mail: infos@postseattle.org

Actuel Marx, CNRS, 19 Bv. du Midi, 92000 Nanterre, France E-Mail: Actuelmarx@u-paris10.fr

Actuel Marx, edición argentina: E-Mail: albertokohen@ciudad.com.ar

Hacer llegar las inscripciones y adhesiones antes del 1 de setiembre 2000.

Congreso Marx Internacional III

El Capital y la Humanidad

Universidad de París X-Nanterre - Sorbona
del miércoles 26
al sábado 29 de septiembre de 2001

Hacemos desde ahora un llamado a investigadores, centros de investigación, revistas universitarias y demás grupos de trabajo del mundo entero con vistas a una colaboración al Congreso Marx Internacional III, en continuación al Congreso I, 1995, y al Congreso II, 1998.

Una temática argumentada, propuesta por el equipo de *Actuel Marx*, será divulgada en febrero del 2000. Pero veamos ya aquí algunas indicaciones generales.

Este encuentro está organizado, como el anterior, siguiendo el criterio de "Secciones Científicas", tales como Filosofía, Economía, Derecho, Historia, Sociología, Cultura, Ciencias Políticas, Antropología, Psicología, cuya lista aún no está definitivamente cerrada. Este modo permitió profundizar el debate entre investigadores, como lo demuestran los 7 volúmenes de actas originados. De esta manera se podrá asegurar cierta descentralización, necesaria al tamaño de la iniciativa (50 talleres en el Congreso I, 90 en el Congreso II, de 100 a 120 en el Congreso III). Al final del día, el conjunto de congresistas participará en plenarios interdisciplinarios que tratarán temas transversales como socialismo, feminismo, ecología, también desarrollados en los talleres.

Las revistas y equipos de investigación encontrarán, como en el pasado, su lugar. Tratarán directamente con los responsables de las Secciones elegidas en cuyo seno podrán, según la disponibilidad, desarrollar proyectos autónomos.

El tema elegido guía hacia una reflexión ambiciosa que toma vigencia con el inicio del milenio.

El tercer milenio se presenta bajo la égida del capital, agente de una mundialización que prácticamente cierra - económicamente, políticamente y culturalmente - la unidad de la especie humana, y de aquí en más convierte toda cuestión local o particular en un asunto de todos, y el futuro en una causa común. Este proceso de unificación-división, puesto en marcha y continuamente acelerado desde el comienzo de los Tiempos Modernos, culmina en una explotación generalizada de todo recurso humano y material en la perspectiva de la ganancia, en el seno de un mercado mundializado, organizado como un sistema de dominación del centro sobre la periferia.

Hace ya 150 años, el Manifiesto Comunista describía la destrucción del antiguo mundo de la familia, de la ciudad y de la nación. La dominación planetaria del capital financiero lleva a término el ciclo de la monopolización de la riqueza y del poder, el de la atomización de los individuos, de la guerra contra toda forma de solidaridad (clase y nación). Ella penetra, en sus mas íntimas fibras, aunque con consecuencias bastantes diversas, la existencia de cada habitante del planeta : precarización de situaciones,

degradación del trabajo, avasallamiento del cuerpo, apropiación del saber, servidumbre de lo imaginario, arrasamiento de culturas, militarización de espacios (reales o virtuales), amenaza omnipresente del eco-desastre. Los efectos se declinan en todos los niveles : educación, empleo, producción, salud, urbanismo, información, gestión de la ciencia, instituciones cívicas.

Pero aquí se encuentran también las condiciones de emergencia de nuevos actores, capaces de afrontar y volver a poner en cuestión el orden reinante : proletarios, pueblos, mujeres, ciudadanos, intelectuales, campesinos, técnicos, científicos... Ya lo vimos en Seattle, en Chiapas, en Brasil, en Corea, en las euromarchas y en las eurohuelgas, en los movimientos de base que hormiguean en todos los continentes. La idea de cambiar el mundo renace por todas partes. En la era de la comunicación instantánea, la ciencia y la técnica, que ven su poder multiplicado, no dejan de ser ambivalentes. Sin embargo se dibuja la posibilidad de ir más allá de la división entre trabajo intelectual y trabajo operativo, un compartir común de la condición humana : un nuevo hombre ordinario, la generación de ciudadanos del mundo. Nos quedan por descubrir las potencialidades, descriptar los signos, dar un nombre al futuro. A esta toma universal de responsabilidades queremos contribuir.

Para más información dirigirse a

Congrès Marx International III, 19, bd du Midi, F-92000 Nanterre,
Fax : 33 (0) 146950351. Email : Actuelmarx@u-paris10.fr

Puede seguir la preparación del Congreso III en nuestro sitio de internet,
e intervenir en la *Tribune du Congrès Marx International III*.

<http://www.u-paris10.fr/ActuelMarx/>

Plan del sitio

- ✓ Presentación de **ACTUEL MARX**
- ✓ **Congreso Marx Internacional III** (26-29 de septiembre de 2001)
- ✓ **La Revista**
- ✓ **La Colección Actuel Marx Confrontación**
- ✓ **La tribuna de discusión**
- ✓ **Recursos:** Bibliografías; lista de sitios Web; Anuncio de coloquios, seminarios, etc.; Archivos.

Próximas actividades

- ✓ **Seminario de Estudios Marxistas:** 22 de junio
- ✓ **Encuentro internacional:** 30 nov., 1º y 2 de diciembre 2000-07-05

Acaban de aparecer

- ✓ N° 27 de la revista: La hegemonía norteamericana, bajo la dirección de Gilbert Achcar
- ✓ En la colección *Actuel Marx Confrontación*:
La gran depresión medieval siglos XIV y XV, Guy Bois.
Marx 2000, Dir. Eustaquio Kouvelakis.

**Carta dirigida a los directores de revistas
e institutos de investigación que deseen asociarse
al Congreso Marx Internacional III**

Estimadas y estimados colegas:

Una centena de revistas e institutos se asociaron al Congreso Marx Internacional I (1995) y II (1998). Les renovamos nuestra proposición para asociarse al Congreso III, cuyo programa adjuntamos aquí:

Asociarse permite:

- 1) Hacer proposiciones de intervención
- 2) Organizar eventualmente un taller
- 3) Encontrar un lugar gratuito en la librería del Congreso
- 4) Agregar vuestras informaciones en nuestro sitio WEB

Manifestamos nuestro agradecimiento a quienes puedan hacer circular el proyecto de este congreso.

Cordialmente, (J. Bidet)

Nombre de la revista o instituto

Acepta asociarse al Congreso Marx Internacional III (del 26 al 29 de septiembre del 2001)

Eventualmente: propone que haya un debate sobre el siguiente tema y que intervengan las siguientes personas:

Fecha y firma

Retornar a: *Congrès Marx International*: 19, Bd. du Midi, F-92000 Nanterre, France Fax: 33 (0) 1 46 03 51. E-mail Actuel Marx@u-paris10.fr

Indice

Presentación de MARX 2000	5
Introducción	9
¿Por qué la clase obrera perdió la partida?	13
El sistema de clases en la mundialización	21
Clases y generaciones. La insuficiencia de las hipótesis de la Teoría del fin de las clases sociales	31
La crisis de un personal asalariado de confianza. Los cuadros (empleados jerárquicos) desestabilizados	43
Formas y contenidos de una conciencia social entre los jóvenes de los "barrios en dificultades"	57
Violencia urbana, reacciones colectivas y representaciones de clase en los jóvenes de los barrios relegados de la Francia de los años 1990	69
Nuevas relaciones de clase, nuevos movimientos sociales y alternativas al capitalismo	85
Para dejar atrás al proletariado capitalista a través de una seguridad de empleo y formación para todos	99
Las clases sociales y el sujeto social	115
Los autores	127
 Encuentros		
Información sobre el Encuentro del Nuevo Pensamiento.	129
Encuentro por Una Construcción Ciudadana del Mundo	132
Llamado al CONGRESO MARX INTERNACIONAL III. El Capital y la Humanidad	133

Se terminó de imprimir en Stilcograf SRL - Pujol 1046/52,
Buenos Aires en el mes de julio de 2000

MARX 2000

LAS NUEVAS RELACIONES DE CLASE

Congreso Marx Internacional II

Sociología - Economía

Volumen II

¿Por qué la clase obrera perdió la partida?

Robert CASTEL

El sistema de clases en la mundialización

Michel VERRET

Clases y generaciones. Las insuficiencias de las hipótesis de la Teoría del fin de las clases sociales

Louis CHAUVEL

La crisis de un personal asalariado de confianza. Los cuadros (empleados jerárquicos) desestabilizados

Paul BOUFFARTIGUE

Formas y contenidos de una conciencia social entre los jóvenes de los "barrios en dificultades"

Marco OBERTI

Violencia urbana, reacciones colectivas y representaciones de clase en los jóvenes de los barrios relegados de la Francia de los años 1990

Laurent MUCCHIELLI

Nuevas relaciones de clase, nuevos movimientos sociales y alternativas al capitalismo

Jean LOJKINE

Para dejar atrás al proletariado capitalista a través de una seguridad de empleo y formación para todos

Paul BOCCARA

Las clases sociales y el sujeto social

Carlos MENDOZA